Carlos M. Rama

LA HISTORIOGRAFIA
como conciencia histórica

MONTESINOS

La libertad de Grecia expirando en Missolonghi a través del romanticismo pictórico de Delacroix.

Biblioteca de Divulgación Temática / 4

Cubierta: Julio Vivas
© Montesinos Editor
Ramblas 130, 4.º Barcelona-2
ISBN: 84-85859-13-8
Impreso en Litoclub, S.A.
Nápoles, 300 - Barcelona-254
Dep. Leg.: 14569/1981

Prefacio

Para el autor esta obra no sería explicable sin la previa existencia de sus trabajos teóricos *"La Historia y la novela y otros ensayos historiográficos"* (Madrid, Tecnos, 1975, 2da.) *"Nacionalismo e historiografía en América Latina"* (Madrid, Tecnos, 1981)(1), en los que ha desarrollado sus ideas sobre la lógica y gnoseología de la Historia, y ha abordado la experiencia profesional de los países americanos en relación con la ideología.

Efectivamente a través de esos trabajos, y del ejercicio de la docencia de los cursos de Teoría y Metodología de la Historia en las Universidades de Montevideo, San Juan de Puerto Rico, Chile y México, hemos considerado la necesidad de ordenar en forma didáctica el acervo cultural que significa la obra de los historiadores que nos anteceden.

En un ensayo intitulado *"Inventario para una historiografía del pensamiento histórico"* (que se incluye en la citada obra *"La Historia y la novela"*), decíamos que provisoriamente se podría afirmar que "Historia es el quehacer de los historiadores, y por tanto delimitar sus nombres, sus obras, avanzar su tiempo y pesquisar en sus ideas teóricas es adelantar en el conocimiento de esta disciplina".

La afirmación habría que matizarla porque también ingresan en la historiografía, aquellos creadores que como los cronistas son anteriores a la misma Historia, y de igual forma, los teóricos que desde otras disciplinas (como la Filosofía, la Teología, la Lógica) han considerado los problemas

propios de la Historia, y por lo tanto la han enriquecido con nuevas perspectivas.

Nuestra experiencia es que tal inventario por su misma naturaleza es amplísimo, y quien lo intente con fines pedagógicos debe estar dispuesto a una estricta selección si de verdad quiere dar el panorama del conocimiento histórico desde sus inicios hasta nuestros días, y no solamente en su país o en su lengua, sino en todos los sitios donde ha sido expuesto en forma creadora. Obviamente, siempre daremos primacía a los autores que se han ocupado de la historia de nuestros pueblos, sean o no de nuestro círculo cultural, y a aquellos que han sido acercados al conocimiento de los centros culturales por los contactos técnicos, los acontecimientos del mismo devenir histórico, o las afinidades ideológicas que animan a los mecanismos de comunicación de masas, pero no puede olvidarse que la Historia, como todas las formas de conocimiento, debe mucho a todos, e incluso a culturas aparentemente lejanas, a los autores no oficiales, a las corrientes proscriptas y a los nuevos creadores.

En otras palabras, nuestra preocupación ha sido tomar el término inventario no en su definición estricta, sino establecer los grandes términos en que se ha ido estructurando para los estudiosos de lengua española y de nuestros revolucionarios tiempos, el bagaje vivo y positivo que reciben los historiadores de sus antecesores. A eso llamamos *historiografía*, en una palabra que, aunque relativamente nueva, es bastante expresiva sus fines descriptivos, bien distintos de la teoría de la Historia, (incluyendo las pretéritas Filosofía de la Historia y Teología de la Historia), y también de la Metodología de la Historia, a veces citada como didáctica de la Historia, lo que es un error porque ésta designa una disciplina pedagógica.

La Historia de la Historia, (como también se designa a la historiografía), obliga a una presentación cronológica que tenga en cuenta el desarrollo del pasado cultural, su inserción en el mundo político-social, pero al tiempo la circunstancia concreta y eventual de todos y cada uno de los creadores individuales.

Los tratadistas ingleses, como Carr y Oakeshott, han destacado que podría definirse la "Historia como la experiencia del historiador" y asimismo es correcto definir los progresos del conocimiento histórico, a través de la aventura intelectual de sus sucesivos creadores. Por lo pronto es obvio el gran interés que tiene conocer la biografía de cada historiador, sus coordenadas culturales, políticas y religiosas (incluso en aquellos que en los últimos siglos asumen la posición de la Historia como Ciencia).

Cuando se emprende un proyecto tan ambicioso como éste de resumir en escasas páginas el decurso de la historiografía universal (enfatizando sobre los pueblos íberos e iberoamericanos), es inevitable establecer no solamente una selección muy rigurosa, sino asimismo fijar una escala o medida de valor que permita destacar a las primeras figuras de los meros imitadores, y en especial que tenga en cuenta los aportes creadores más que las "figuras" que los mecanismos institucionales postulan en el seno del control social de las nuevas generaciones. No se sorprenda entonces el lector que aquí falten académicos, catedráticos, pretendidas "figuras estelares" y otros "santones" de la cultura, y que en cambio se introduzca al conocimiento de muchos "desconocidos" de la cultura oficial. Tampoco hay que sorprenderse de que intentemos salvar los inconvenientes del provincialismo (que a menudo se enmascara de patriotismo), al considerar conjuntamente europeos y americanos que participan de la misma cultura y en definitiva viven paralelos problemas.

La obra habrá conseguido sus finalidades últimas en la medida que estimule la curiosidad, abra nuevos panoramas, muestre la complejidad y riqueza del mundo del conocimiento histórico, y facilite una visión creadora, progresiva y solidaria sobre nuestro mundo contemporáneo. También de que se aprecie la significación de la historiografía en cuanto conciencia histórica de la Humanidad.

A través de los historiadores avanza un proceso cognoscitivo que es acumulativo, por el cual sabemos cotidianamente más (y mejor) sobre el pasado de la especie.

Además, si examinamos las grandes obras históricas de todos los tiempos es fácil apreciar que revelan motivaciones e intereses distintos. A medida que se enriquece y pluraliza la cultura humana, en la historiografía tenemos visiones nuevas, temas distintos y enfoques originales, que multiplican nuestras posibilidades intelectuales.

Los pueblos toman conciencia de sí mismos, o mejor dicho de su pasado, usando la historiografía, y en este sentido ninguna obra nos puede ser indiferente, sobre todo cuando esas obras surgen en los pueblos de nuestra cultura y de nuestra lengua común.

Algunos de los temas que figuran en esta obra los hemos consultado con nuestros colegas, aunque como es obvio no siempre hemos coincidido con su dictamen, pero queremos agradecerles especialmente su cooperación a los amigos profesores Albert Soboul (Universidad de París), Gabriel Jackson (Universidad de California) y José Roberto do Amaral Lapa (Universidad de Campinas, Brasil).

Definición de la historiografía en el mundo clásico

Es fundamental la consideración de la etapa de nuestro pasado cultural en que se inventa la historiografía, en que se define frente al resto del conocimiento organizado, aparecen sus primeros cultores y se establecen sus iniciales dimensiones, especializaciones y derroteros.

En principio estos hechos se cumplen simultáneamente con el establecimiento del llamado Clasicismo, en el seno de la cultura griega, pero se extienden por el Helenístico, y se imitan en la cultura romana, que a su vez vehicula los beneficios de la Historiografía a todo el mundo mediterráneo. Desde el punto de vista de la historia de la cultura, participan todavía del mundo de la Antigüedad el imperio bizantino y los reinos romano-bárbaros del Occidente, y a través de la Iglesia llega prácticamente hasta los tiempos modernos. Por esta razón hemos preferido hablar del mundo clásico, como sinónimo de Antigüedad y sin tener en cuenta la cronología estrictamente política. Sus grandes episodios son: la *historiografía griega, la historiografía romana; la historiografía cristiano-romana* y *la historiografía medioeval cristiana.*

Entre sus aportes, destaquemos que ya los historiadores griegos habían superado el nivel de la narración, por que intentaron ser explicativamente críticos, y hasta educadores, buscando las fuerzas naturales y humanas que manejan los acontecimientos, y eligiendo entre los hechos aquellos que instruyen al hombre político. Polibio decía que "lo propio de la historia es contar los hechos de acuerdo a la verdad", y a

partir de su obra los grandes historiadores quieren llegar a la previsión de futuro.

Los cristianos, a su vez, aportaron la idea de la vida histórica como la de un combate, cuya lucha durará hasta el Juicio Final. Asimismo para ellos, más allá de las historias locales y nacionales, la Historia debe considerarse la historia del género humano.

La historiografía griega

Es mérito de los helenos no solamente haber inventado la Historia, sino proporcionar también a la historiografía algunos de los grandes modelos todavía hoy valiosos en cualquier reconsideración que intente hacer la Historia de la Historia. Se dirá que, asimismo, los griegos inventaron la filosofía y muchas de las ciencias, y sería largo explicar las razones de la historia de la cultura que hicieron posible tales acontecimientos. En otra ocasión hemos discutido las razones de tales hechos, y ante todas las posibles explicaciones por las cuales el advenimiento de la Historia se dio en el filo de la Epoca Arcaica y de la Epoca Clásica.(2) Aquí corresponde recordar a *Hecateo de Mileto* (circa 502 A.C.), último de los llamados logógrafos, directos predecesores de los historiadores, pero ya animado del espíritu crítico como lo demuestra la frase con que inicia las *"Genealogías"*, la más conocida de sus obras, a saber: "...escribo lo que me parece verdadero, pues las narraciones de los griegos son multiformes y ridículas, o por lo menos a mi me lo parecen". Por su parte, Ciceron calificó a *Heródoto de Halicarnaso* (circa 480-425 A.C.) de "padre de la Historia" y se conserva constancia del éxito que obtuviera cuando en el año 446 A.C., en los Juegos Olímpicos, leyó públicamente sus *"Historias"* (literalmente investigaciones o encuestas). En cuanto al asunto de tal obra Legrand lo ha definido como "Una historia de las guerras médicas precedida de una historia de sus antecedentes, de su preparación y de sus lejanos orígenes".

El intento del Imperio Persa de anexarse la Grecia europea por si sólo merecía ser recordado, pues registra la época del Clasicismo, da conciencia de su unidad nacional a los helenos, y exalta la confianza en sus capacidades a los ciudadanos de las pequeñas "polis" griegas; además, la obra es una especie de "enciclopedia del saber histórico, geográfico, y hasta sociológico de la época" (Châtelet).

Por todo ello se ha podido sostener que Heródoto, también considerado el "padre de la geografía", es incluso el antecesor de la antropología y la sociología, todo lo cual no deja de ser extraordinario y da la dimensión del personaje.

Lo que marcará estos géneros o especializaciones es el repudio de lo absurdo y milagroso y la búsqueda de explicaciones racionales, así como sus capacidades de narrador, propias de un tiempo en que la Historia todavía estaba cercana a sus orígenes literarios.

Tucídides (circa 460-407), ex-general ateniense en la guerra contra Esparta, hombre destacado del partido aristocrático, fue protagonista de algunos de los sucesos que relatara, y para otros se informó debidamente, como resulta de su obra *"Historia de la guerra del Peloponeso"*. Ahora estamos ante una guerra civil entre los mismos helenos, pero de gran significación en la medida que enfrenta dos regímenes antagónicos como son Atenas y Esparta que luchan por la hegemonía en el mundo clásico. No es exactamente una historia nacional de los griegos, como a veces se ha sostenido, pero trasciende la historia de un acontecimiento bélico, en primer lugar por la calidad del autor. Con esta obra surge la llamada "historia pragmática", que tiene propósitos didácticos ("la Historia maestra de la vida" etc.). Su huella se extiende hasta el siglo XVIII. No menos importante es *Polibio de Megalópolis* (205-124 a.C.), el fundador de la historia universal, pues escribió sobre las conquistas de los romanos del Mediterráneo, entonces "el mundo conocido", consciente de que en Roma, como efecto de su imperialismo, confluían las historias locales de Grecia, Oriente y Cartago. Su *"Historia General o Universal"*, es asimismo pragmática, y aunque nos ha

La primera justificación historiográfica de Occidente

La publicación que Herodoto de Halicarnaso va a presentar de su historia se dirige principalmente a que no llegue a desvanecerse con el tiempo la memoria de los hechos públicos de los hombres, ni menos a oscurecer las grandes y maravillosas hazañas, así de los griegos, como de los bárbaros. Con este objeto refiere una infinidad de sucesos varios e interesantes, y expone con esmero las causas y motivos de las guerras que se hicieron mutuamente los unos a los otros.

HERODOTO DE HALICARNASO

El ardor con que los griegos persiguieron el ideal de un objeto del conocimiento que fuese inmutable y eterno puede engañarnos fácilmente respecto al interés que tuvieron en la historia. Puede conducirnos a creer, si no los leemos con atención, que la historia no les interesaba, del mismo modo que el ataque lanzado por Platón contra los poetas puede ser interpretado por un lector poco inteligente como si Platón estuviese reñido con la poesía.

R.G. COLLINWOOD

Las gestas históricas griegas expresadas en su escultura.

llegado mutilada, es testimonio de la obra de un gran historiador de todos los tiempos.

Estos son los tres grandes historiadores de la gran época griega, pero sería injusto no citar a creadores como *Jenofonte* (circa 445-355 A.C.), que continúa la incompleta obra de Tucídides con sus *"Helénicas"*, pero que ante todo llegó a la fama con su *"Anábasis (La Retirada")*, donde relata la participación de diez mil mercenarios griegos en las guerras civiles de Persia, con lo que se inicia la historia de episodios militares. También incursiona en la biografía con su *"Ciropedia"* (retrato de Ciro el Joven).

Si Jenofonte, como Polibio, pertenecen a la Epoca Helenística se debe considerar asimismo la historiografía griega bajo el Imperio Romano, por cuanto, y ahora leídos también por los mismos romanos, florecieron importantes historiadores. Entre ellos destaca, *Plutarco de Queronea* (circa 46-120) autor de las llamadas *"Vidas paralelas"*, en que se aprecia su doble conocimiento de la historia griega y romana (fue el maestro del emperador Adriano). Su obra evoca con propósitos ejemplares, las biografías de igual número de destacados romanos y griegos, ejerciendo una prolongada influencia. Hasta la teoría y la metodología histórica tuvo cultores entre los intelectuales greco-latinos, como es el caso de *Luciano de Samosata* (circa 120-180), también filósofo, autor de un

opúsculo *"Como debe escribirse la Historia"*, para quien "el único fin de la Historia es la utilidad, que sólo de la verdad se desprende... La Historia, pues, si añade la hermosura a la utilidad, tendrá muchos apasionados, pero aunque no tenga más belleza que la propia, no ha de inquietarse por la hermosura".

La historiografía helénica incluso se prolonga en el Imperio Bizantino, o Romano de Oriente, que desde Constantinopla usa como lengua culta el griego, pero se limita a relatar crónicas palaciegas, más cercanas al detallismo y la anécdota que a la gran historia de sus predecesores.

La historiografía romana

La historiografía en lengua latina en tiempos de Roma, como otros aspectos de su cultura intelectual (y tal vez en forma más acusada), tiene relación con la importancia de los aspectos políticos que caracterizan la civilización romana).

Nisard decía que "la lista de los historiadores romanos es corta; compónese de cuatro nombres: César, Salustio, Tito Livio y Tácito", pues saliendo de esa nómina solamente se encuentran autores de segunda fila, de los cuales apenas es rescatable Suetonio. Se trata de personajes que han sido asimismo relevantes en el campo de la vida pública, que han ocupado posiciones en el aparato administrativo y que tienen casi exclusivamente motivaciones políticas para emprender sus obras. Si por un lado ellos rinden tributo a los ejemplos helénicos, es en parte a través de sus textos, en los que el latín adquiere características de lengua culta, capaz de expresar la prosa expositiva y literaria que tan decisiva ha sido en la formación cultural europea.

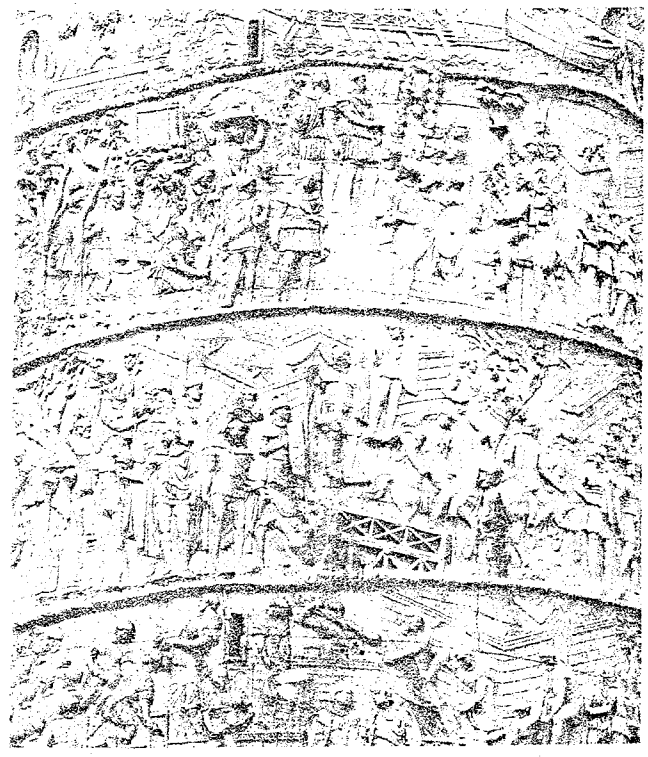
Cayo Julio César (100-44 A.C.), como es sabido, es uno de los personajes más famosos de la historia romana por su papel de dirigente de la fracción popular, creador de la fórmula política conocida como "cesarismo", y conquistador para Roma de las Galias. Hombre de amplia formación intelectual, con un estilo personalísimo, utiliza la historia como

un instrumento político relatando en sus obras "*Commentarii de bello Galica*" y "*Commentarii de bello civili*" las campañas que dirigiera en las Galias (58-52 A.C.) y contra los pompeyanos en los años 49 y 48 A.C. En sus obras Julio César también informa sobre la geografía y costumbres de los países nuevos, o sucesos estrictamente técnicos de sus campañas, y omite colocarse en primera persona en el relato. En definitiva, la suya es una obra que, independientemente de sus orígenes, tiene un lugar en la historia de las letras romanas.

Contemporáneo, y partidario de César, fue *Cayo Salustio Crispo* (87-34 A.C.), que actuó asimismo en forma activa en la vida política de la decadente república romana, culminando con el gobierno de la provincia de Numidia en el norte de Africa, experiencia que será muy útil para la redacción de su obra histórica.

Si César cuenta "lo que ha hecho", Salustio usa la información de que dispone sobre la política romana en "*La conjuración de Catilina*", o sucesos del que fuera reino independiente de Numidia en "*Yugurta*", obras que podrían definirse como monografías sobre temas particulares. "He resuelto —dice el autor— escribir los hechos del pueblo romano, por trozos separados, fijándome en los más dignos de memoria", por lo que cabe suponer que su propósito era integrar sus obras en una empresa más ambiciosa. Más que de hechos militares (típicos de la obra cesariana) se trata de acontecimientos políticos, costumbres, caracteres, y, por tanto, más que narrar, aquí el historiador describe y enjuicia.

Distinto es el punto de partida de *Tito Livio* (58-17 A.C.) integrante del "siglo de Augusto", intelectual cortesano y patriota, que inicia en Roma la historia nacional con su "*Historia de Roma*", de cuyos 142 libros nos han llegado solamente 35. Tardó 21 años en redactarla y fue publicada a medida que se terminaban sus libros, ejerciendo una notable influencia en su medio, coadyuvante con la obra literaria de Horacio y Virgilio, sus contemporáneos. Sus fuentes son los anales y crónicas y los historiadores greco-latinos, pero asimismo las leyendas, tradiciones orales y otras versiones semejantes, por lo



Columna de Trajano esculpida en mármol pentéliro. Año 113 de nuestra Era.

que ha sido acusado de elaborar una obra de escasa veracidad. Sus móviles son pedagógicos y patrióticos, valorizando el pasado romano, sus virtudes viriles y tradicionales, la religión y el principio de autoridad, acorde con la política cultural del nuevo Imperio.

Muy distinto es el punto de partida de *Cayo Cornelio Tácito* (54-120 D.C.), que comenzó a escribir obras históricas después de los cuarenta años, habiendo desempeñado diversos cargos públicos bajo los emperadores de la familia cesariana.

En su *"Historia de los Césares"* (que originariamente comprendía 30 volúmenes), y en sus *"Anales"* (16 volúmenes, que también nos han llegado en forma fragmentada), enjuicia severamente a los emperadores que estudia con gran elocuencia, mordacidad y gravedad. Se ha sostenido que era un republicano enemigo de la institución imperial, pero filosóficamente es un estoico. Antes de abordar estos temas palatinos, publicó breves obras igualmente valiosas como el diá-

El primer ejemplo de Historia Universal

"Lo peculiar de mi obra y lo que causará la admiración de los presentes es que así como la Fortuna ha hecho inclinar la balanza de casi todos los acontecimientos del mundo hacia una parte, y los ha forzado a tomar un mismo rumbo, así también yo en esta historia expondré a los lectores bajo un sólo punto de vista el mecanismo de que ella se ha servido para la consecución de todos sus designios. Esto es principalmente lo que me ha incitado y movido a escribir esta obra, como asimismo haber notado que ninguno en mis días había emprendido una historia universal, cosa que entonces hubiera estimulado mucho menos mi deseo."

POLIBIO

logo *"De los oradores o de las causas de la corrupción de la elocuencia"*, *"La Vida de Agrícola"* y *"Germania"*. De la última obra se podría decir que es asimismo antropológica porque explica las costumbres de los pueblos germánicos en los tiempos del desastre de Varo.

Cuando Nisard no incluye a *Cayo Suetonio Tranquilo* (69-128 D.C.) entre los primeros historiadores romanos tiene en cuenta su especialización biográfica, que le lleva al detallismo banal, pero su popularidad ha sido inmensa. Este exsecretario del emperador Adriano, en sus *"Doce Césares"* (que incluye desde Julio César a Nerva), recuerda a Jenofonte por el interés que muestra por la anécdota, la vida familiar y hasta el escándalo. Contemporáneos a estos autores romanos, y a otros menos importantes que por lo demás conocemos fragmentariamente, se leyeron en Roma los autores griegos que escribían en su lengua como el citado Polibio, Plutarco, Luciano y el judío *Flavio Josefo* (37-95 D.C.), autor de *"Antigüedades judaicas"* y *"Guerra judaica"*, que introduce la historia de su pueblo en el seno de los lectores greco-romanos.

La historiografía cristiana: San Agustín

Si técnicamente la historiografía cristiana corresponde a una época de decadencia de los estudios históricos, desde el punto de vista de la historia cultural de Europa tiene una significativa importancia.

En primer lugar, porque como toda la civilización romano-cristiana sintetiza el aporte cultural judío a la cultura clásica romana, y establece las bases sobre las cuales se desenvolverá la vida intelectual europea hasta el Renacimiento.

El cristianismo, aceptando la idea de la unidad del género humano ("obra de un Dios único que creó al hombre y planeó y dirige su peregrinación sobre la tierra"), fue llevado a

integrar la historia sagrada del pueblo elegido relatada en el Antiguo Testamento con el legado de la historiografía clásica relativa al mundo pagano mediterráneo.

Ese pasado no puede ser producto del azar, sino expresión de la voluntad divina, por lo que corresponde interpretar y estudiar los hechos pretéritos para explicarlos y extraer la lección correspondiente. Como para los clásicos la Historia es "magistra vitae", sólo que ahora no va orientada a las minorías cultas sino a una feligresía iletrada y neófita.

Entre los llamados padres de la Iglesia encontramos historiadores como es el caso del obispo de Césarea, *Eusebio* (circa 260-340), autor en griego de una *"Historia de la Iglesia Cristiana"* (aparecida hacia 324 o 325), prototipo de la historia eclesiástica durante siglos de cristianismo. Allí se parte del Nuevo Testamento considerado pieza histórica, que se continúa y complementa. También Eusebio de Cesárea inició la versión cristiana de la historia universal con su *"Chronicon"*, que conocemos ante todo por su versión latina complementada por el obispo de Milán, *San Jerónimo* (347-420). Este mismo Padre de la Iglesia inicia el género de la biografía apologética con su *"Liber de viris illustribus"*, en el que incluye apóstoles, santos, sabios y hombres piadosos cristianos.

Tanto Eusebio como Jerónimo, junto con *San Atanasio* y *Sulpicio Severo,* establecieron las bases de un género especialmente usado en el Bajo Imperio y la Edad Media: la hagiografía, merced al cual cuentan la vida de los mártires y de los santos. Entre ellos destaca *San Gregorio de Tours* (538-593), que aparte de su *"Historia de los francos"*, publicó siete libros en los que relataba milagros, uno de vidas de Santos Padres y varias vidas separadas de santos locales, así como el mismo *Eginardo* (circa 770-840), que contribuyó con cuatro libros sobre el descubrimiento y los milagros de los Santos mártires Marcelino y Pedro. Pero entre los Padres de la Iglesia que se ocupan de asuntos históricos, ninguno tiene las dimensiones intelectuales que alcanza el obispo de la ciudad africana de Hipona, *Aurelio Agustín* (354-430), conocido en el santoral como *San Agustín.*

Su vida en la que cabe destacar el hecho de que participó originariamente en la herejía arriana, hasta convertirse al cristianismo ortodoxo, consta en las *"Confesiones"* (397 a 401), obra notable en el género de la autobiografía intelectual.

Pero su trabajo principal, y con el que queda fundada la teología de la Historia, es *"De civitate Dei contra paganos" ("La ciudad de Dios")*, dada a conocer entre 413 y 436, que suscita y explica la conmoción creada en el Mediterráneo por la toma y saqueo de Roma por Alarico en el año 410. Agustín, que tiene una sólida preparación clásica (había sido profesor de retórica, y era un estudioso del neo-platonismo), escribe esta obra con el propósito polémico de rebatir la acusación que hacían los paganos a los cristianos, a los que responsabilizaban de la decadencia del Imperio y de la crisis de la cultura.

Su interpretación del pasado y del presente es rigurosamente teológica, pues como dice: "Aquel gran Dios, autor y único dispersador de la Felicidad, esto es, el Dios verdadero, sólo es el que da los reinos de la tierra a los buenos y los malos, no temerariamente y como por acaso, mediante que es Dios y no Fortuna, sino según el orden natural de las cosas y de los tiempos, que es oculto a nosotros y notísimo a El, al cual orden de los tiempos no sirve y se acomoda como súbdito, sino que El, como Señor absoluto, le gobierna con admirable sabiduría y como gobernador le dispone".

Agrupa el pasado en seis edades que comienzan por Adán, continúan con Noe, Abraham, David, el cautiverio de Babilonia, hasta llegar a la sexta, que inicia Jesucristo (que durará hasta el fin de los siglos). La séptima y Eterna se abrirá con el Juicio Final. Esto supone integrar la información del Antiguo Testamento hebraico con la cultura clásica (a la que critica aunque presume que Platón tuvo atisbos de la Verdad).

Toda la historia es un combate y la caída de la "civitas terrae" (Roma) ha sido castigo divino por sus pecados. Corresponde establecer la "civitas Dei", donde desaparezcan los vi-

Miniaturas en un manuscrito del siglo XI de los Sermones *de San Agustín.*

cios y se cumpla la voluntad divina, que en definitiva propaga y defiende el cristianismo ortodoxo a través de su Iglesia. Agustín se ocupó asimismo de cuestiones teológicas (*"De gratia et libero arbitrio"*, 388-395, por ejemplo) y contribuyó a la extensión del monaquismo en su diócesis africana y en el resto del Mediterráneo. Su influencia trascenderá a la Edad Media, y es apreciable, por ejemplo, en el alemán Martín Lutero, monje agustino y padre de la Reforma.

Los textos de los Padres de la Iglesia fueron decisivos en la formación del clero de los reinos romano-bárbaros, y entre ellos los de los visigodos, instalados en el sur de la actual Francia (con capital en Tolosa) y después solamente en España, teniendo por sede central a Toledo.

Entre los que cultivan la Historia en tierras peninsulares se destacan *Orosio de Braga*, gran admirador de San Agustín, romano cristiano, pero que sustenta el principio de "que todo el mundo conocido es patria por igual", mientras que el obispo de Sevilla, *San Isidoro* (560-636), al tiempo que hace un encendido elogio de la Hispania, asimismo hace suyo el bando de los conquistadores godos con su *"Historia de los reyes godos, vándalos y suevos"*, obra más crónica que de Historia. También se ocupó al estilo de su tiempo de la biografía religiosa con su libro *"De viris illustribus"*, y tomando la periodización de San Agustín editó una *Chronicon"*, que apoyada en los antecedentes de Eusebio de Cesárea y San Jerónimo, lleva la relación histórica hasta los tiempos del rey godo Sisebuto (615, que corresponden al reinado del emperador bizantino Heraclio).

En definitiva, los trabajos de Isidoro, Orosio y del obispo gallego *Hidacio* (circa 388-470) constituyen nuestras fuentes más importantes sobre el fin del Imperio Romano y los tiempos de los reinos romano-bárbaros en la península ibérica, hasta la invasión musulmana.

La historiografía en la Edad Media

Es notorio que durante los mil años que dura la época medioeval prácticamente desaparece la Historia. La ruralización de la vida cotidiana, su general inseguridad, la crisis de las unidades políticas estatales, el atraso de la cultura intelectual explican tal situación. En los hechos la tradición historiográfica Clásica se prolongó en la Alta Edad Media, a través de los eclesiásticos que escriben crónicas en latín, como el caso de San Gregorio de Tours, que relatando la vida de San Martín nos da informaciones sobre los francos, o a su vez, San Isidoro de Sevilla, propagandista de los visigodos. Las Cruzadas, la reanimación del comercio, el surgimiento de las universidades, explican a partir del siglo XIII la presencia de cronistas que escriben en las lenguas vernáculas. Así, en Francia la serie de grandes cronistas como *Geogfroy de Villehardouin, Marechal de Champagne, Jean de Joinville* (autor de una vida de San Luis), *Jean Froissart,* que en sus crónicas narra "grandes maravillas y bellos hechos de armas" y *Philippe de Commynes,* hombre de Estado y autor de unas *"Memorias"* sobre reyes de la dinastía de los Capetos, todos los cuales instauran el uso del francés como medio de expresión para sus memoriales y anales. En otro capítulo nos referiremos a los cronistas medievales ibéricos, que por entonces también comienzan a expresarse en las "lenguas vulgares", abandonando el latín de sus predecesores eclesiásticos. El contacto con Bizancio o la posibilidad de conocer a los autores griegos clásicos a través de las traducciones de los árabes y el impulso dado a las crónicas por las cortes reales, estimulará el espíritu crítico y una mayor exactitud filológica. Desde el siglo XII tenemos incluso autobiografías, de las cuales la más famosa fue la del parisino *Abelardo* (1079-1142) y crónicas urbanas, como la *"Gesta Hammburgensis Ecllesiae"*, de Adam de Bremen.

En tiempos de Carlomagno el cronista *Egicardo* (circa 770-840).

Orden teológico e historia

"Aquel gran Dios, autor y único dispensador de la Felicidad, esto es, el Dios verdadero, sólo es el que da los reinos de la tierra a los buenos y los malos, no temerariamente y como por acaso, mediante que es Dios y no Fortuna, sino según el orden natural de las cosas y de los tiempos, que es oculto a nosotros y notísimo a El, al cual orden de los tiempos no sirve y se acomoda como súbdito, sino que El, como Señor absoluto, le gobierna con admirable sabiduría y como gobernador le dispone".

SAN AGUSTIN

La historiografía alentó asimismo en las demás civilizaciones medievales, pues como hemos señalado, en Bizancio se prolongó la tradición helénica, aunque a través de cronistas no superiores a los de Europa Occidental, pero hay que tener en cuenta también a la civilización musulmana, que por su implantación ibérica preferimos considerarla dentro del capítulo correspondiente a España y Portugal.

Poco conocemos de la historiografía de las civilizaciones asiáticas y africanas, que poco o nada influyen en nuestra cultura histórica, aunque mención aparte merece la historiografía china, por razones obvias.

En otras civilizaciones orientales es difícil apreciar elementos historiográficos autónomos de la hagiografía y de la literatura, pero en el pueblo menos religioso del Oriente, y creador de muchas obras significativas de la historia universal, nos referimos al pueblo chino, hay elementos interesantes. Así debemos citar al Heródoto chino, *Sima Kian* (148-86 A.C.) y, desde el punto de vista técnico, cabe destacar la historia general de China de *Sima Kuang* (1019-1086), que en su crónica introduce notas para hacer la crítica de sus fuentes.

Las hoy llamadas ciencias auxiliares de la Historia son usadas ya por *Zang Xue Cheng* (1738-1801) —un contemporáneo de la Revolución Francesa— que además sintetiza y reflexiona filosóficamente sobre el pasado de su pueblo.

La historiografía de los tiempos modernos

Definitivamente agotadas las corrientes culturales provenientes de la Antigüedad Clásica y del Cristianismo del Imperio Romano, los Tiempos Modernos definirán para la historiografía en los siglos XIV al XVIII, inclusive, una nueva perspectiva, en la que no falta sin embargo el ejemplo de la historiografía clásica a través de los modelos de Polibio y Tito Livio...

En el Humanismo y el Renacimiento, será de nuevo la historia política y junto a los intereses de la clase burguesa, los que definirán a los nuevos historiadores modernos, primero italianos como *Maquiavelo* y *Guicciardini,* y más tarde ya unida a la crisis de la religiosidad occidental, en el resto de Europa. El surgimiento de la erudición histórica y la aparición de la filosofía de la Historia (incluso antes de *Voltaire*) coinciden ya con la etapa de las Revoluciones Burguesas, que cierra la Revolución Francesa y sus secuelas en la península ibérica y en sus colonias americanas.

La historiografía italiana del Humanismo y el Renacimiento

En Italia, durante los siglos XIV, XV y primera mitad del XVI, se dieron un conjunto de condiciones particularmente favorables para el desarrollo de la cultura y la supera-

ción de la Edad Media. Por lo pronto, se vivió una gran prosperidad, resultado del ascenso de las ciudades-Estados dedicados al comercio marítimo como Génova y Venecia, las regiones industriales como Florencia y Milán, aparte de Roma, que disfrutaba de grandes ingresos por ser sede pontificia. En esta Italia se inventa, si así puede decirse el capitalismo, y la burguesía establece las pautas del sistema económico que le caracteriza.

Por otra parte, no hay nada parecido a un sistema estatal centralizado y no se conoce la censura. La Iglesia sólo establecerá la Inquisición a mediados del siglo XVI.

El contacto con Bizancio, que acrecentó el exilio de millares de intelectuales que huían de los turcos, permitió reencontrar los antecedentes helénicos de la historiografía, que en su versión latina eran más accesibles en Italia que en ninguna otra región europea. Junto al "renacer" de la Antigüedad, y no solamente en la Historia, es necesario que los intelectuales modernos se expliquen los problemas típicos de una época de crisis y transición, dominada por los factores políticos, totalmente secularizados. Volvemos, en una palabra, a reencontrar historiadores, y algunos de ellos tan importantes como las primeras figuras de la Antigüedad Clásica.

En el siglo XIV *Petrarca* (1304-1374) y *Bocaccio* (1313-1373), aunque no eran estrictamente historiadores, estudiaron el mundo antiguo y sus grandes personajes históricos, usando los textos originales latinos. Bocaccio nos ha dejado dos biografías, con una misión histórica moderna una de Dante y otra de Petrarca, donde no aparecen prodigios ni milagros.

Más propiamente historiadores serán los también italianos *Leonardo Bruni* (1369-1444), canciller de Florencia, que escribe la historia de su ciudad-Estado, naturalmente en latín. El napolitano *Lorenzo Valla,* que encontraremos al servicio del Reino de Aragón, inicia la crítica histórica.

Pero será en Florencia, y a partir de la revolución de 1494, donde se desarrollará más ampliamente la historiografía, apareciendo dos autores originales: *Nicolás Maquiavelo* (1469-1527) y *Francisco Guicciardini* (1483-1540).

Maquiavelo y su concepción de la historia

Si no fuesen tan claras como el sol las virtudes que entonces imperaban y los vicios que ahora reinan, sería más parco en mis afirmaciones... Pero siendo la cosa tan evidente, me atreveré a decir con toda claridad lo que pienso de aquellos y de estos tiempos, para que los jóvenes lectores de mis escritos puedan abominar los actuales y disponerse a imitar los antiguos... Porque es deber de hombre honrado enseñar a los demás el bien que por la malignidad de los tiempos y de su suerte no ha podido realizar. Acaso, siendo muchos los capaces de hacerlo, alguno más amado del cielo pueda ejecutarlo.

carta a Francisco Vettori

En toda mi narración jamás he querido excusar un acto malo con motivo honroso, ni denigrar una obra laudable suponiéndola hecha con propósito contrario. Que prescindo por completo de la adulación se conoce en todas las partes de mi historia, y especialmente en los discursos y razonamientos públicos y privados.

Historias florentinas, dedicatoria

MAQUIAVELO

Maquiavelo es famoso en las ciencias sociales por haber lanzado la ciencia política con su obrita *"El príncipe"* (escrita en 1513, aunque publicada en 1531), inspirada (se discute) en César Borgia o en el "rey católico" Fernando de Aragón. Había sido Secretario de la Señoría y su Embajador y, expatriado por razones políticas, escribirá sus obras históricas, que son menos conocidas. En verdad, ya antes había escrito la biografía de un condotiero de Luca, llamado Castruccio Castracani, obra pragmática y escasamente crítica.

Su obra histórica por excelencia es la voluminosa *"Historia de Florencia"*, humanista por su método (como en Tito Livio o Tucídides, no le faltan discursos en boca de sus personajes centrales), pero donde críticamente está muy alejada de la literatura, secularizada y útil para una reconstrucción auténtica del pasado florentino.

Maquiavelo llega incluso a sostener para la Historia el carácter de conocimiento capaz de la previsión, cuando considerando la obra de Tito Livio concluye: "De suerte que, examinando con atención los sucesos de la Antigüedad, cualquier gobierno republicano prevé lo que ha de ocurrir, puede aplicar los mismos remedios que usaron los antiguos, y de no estar en uso, imaginarlos nuevos, por la semejanza de los acontecimientos".

Guicciardini tuvo una experiencia personal política más amplia, pues fue, además de embajador de Florencia como Maquiavelo, servidor del Papa León X, y sus obras le revelan más estrictamente como historiador que a su paisano y predecesor.

Su fama se debió a la *"Historia de Italia"*, en la que vincula la historia interior de los pequeños Estados peninsulares con la política exterior, a través de un texto explicativo, razonado, y que apunta a valorar el patriotismo italiano. En esta obra, y más todavía en la *"Historia de Florencia"*, que sólo se publicó en 1859, supera los orígenes literarios y de imitación de los modelos clásicos al suprimir discursos y arengas y utilizar la documentación original.

Si éstos son los principales historiadores, no pueden omi-

tirse algunos otros nombres de autores menores como es el caso de Giorgio Vasari (1511-1574), autor de una obra famosísima *"La vida de los mejores pintores, escultores y arquitectos"* (1550), inestimable para estudiar el arte renacentista. También ese es el caso de *Eneas Sylvius Piccolomini,* que en 1458 fue nombrado Papa adoptando el nombre de Pio II (1405-1464), notable humanista y autor de numerosas obras de historia política y eclesiástica, aparte de su propia autobiografía.

En Italia, finalmente, apunta la erudición, como es el caso de *Flavio Biondo,* más conocido por *Blondus* (1388-1463), que estudió la Roma antigua y la historia del imperio romano, logrando un modelo historiográfico muy imitado especialmente fuera de Italia en el siglo siguiente.

Humanismo, Reforma y Contra-Reforma en Europa

Las principales cortes europeas (Francia, Inglaterra y España) contratan humanistas italianos para escribir las historias de sus respectivas dinastías y personajes regios. En todas partes esto supone una transitoria vuelta al latín, pronto sustituído de nuevo por las lenguas vernáculas de los discípulos locales. En la corte francesa están de moda las memorias y no tardan en aparecer los primeros eruditos como *Guillaume Budé* (1468-1540), fundador del Colegio de Francia, el jurista *Jacques Cujas* (1522-1590) y *Jean Bodin* (1530-1596), que obtuvo la fama con su tratado *"De la República"* (1576), y publicó en latín nada menos que un *"Método para escribir la Historia"* (1566), donde combate la historiografía cristiana e introduce ideas nuevas y progresistas.

Entre los cultores ingleses del Renacimiento hay dos tan importantes como *William Camden* (1594-1623), que escribió *"Britania"* y *"Anales"*, en latín y al estilo italiano, y el famoso filósofo y político *Francis Bacon* (1561-1626), autor

asimismo de una historia del reino de Enrique VII, donde hasta incluye hechos económicos junto a la legislación positiva.

La Pre-Reforma, la Reforma y la Contra-Reforma, si por una parte significaron cierta renuncia a los temas políticos, y una reivindicación de la tradición historiográfica cristiana, también nos dejaron contribuciones a la Historia.

Erasmo de Rotterdam (1469-1536) editó críticamente el Nuevo Testamento y la obra de San Jerónimo, en versiones que repudió el Concilio de Trento, incluyéndolas en el *"Index"*.

Buena parte de la polémica de reformistas y católicos se hizo a través de publicaciones históricas. Así, los luteranos con las *"Centurias de Magdeburgo"*, con las que polemiza *César Baronius* a través de sus *"Anales Eclesiastici"*. San Ignacio de Loyola escribe su autobiografía, que completa Pedro De Rivadeneira, primero en latín (1572) y luego en español.

La erudición histórica

En el siglo XVII y comienzos del XVIII, nace la erudición moderna, base de la historiografía contemporánea, y es interesante observar que, aunque este acontecimiento está vinculado a la empeñosa labor de ciertas órdenes religiosas, domina asimismo la expresión de las obras eruditas en lenguas vernáculas, abandonando el latín, hasta entonces lengua cultural común de los europeos.

La tradición humanista se sigue manifestando, extendiéndose a países como Holanda y Alemania, con renombrados juristas como *Hugo Grotius (Grocio)* (1583-1645), que escribe —por encargo de los Estados Generales de las Provincias Unidas de los Países Bajos— la historia de la guerra de los holandeses contra España, *"De rebus belgicis"* y *Samuel de Pufendorf* (1632-1694), profesor primero de Heidelberg y después en Lund (Suecia), que escribió —aparte de obras jurídicas inspiradas en el derecho natural y muy citadas inter-

Ante los libros de historia, en el silencio de su biblioteca, Maquiavelo medita acerca de los grandes hombres de la antigüedad.

nacionalmente— sobre la historia de los mencionados países en que enseñó y en especial sobre el rey sueco Gustavo Adolfo.

En las polémicas religiosas se hace famoso el abate francés *Jacques-Bénigne Bossuet* (1627-1704), con sus obras *"Tratado de la comunión bajo las dos especies"* y *"Variaciones de las iglesias protestantes"* (1688). Nombrado maestro del delfín de Francia (después Luis XV), escribe para su uso el *"Resumen de la Historia de Francia"* y el famosísimo *"Discurso sobre la historia universal"* (1681), que si no son obras originales por su información, porque siguen fielmente a Polibio y a los Padres de la Iglesia, actualizan en cambio la teología de la Historia, retomando el pensamiento de San Agustín y San Jerónimo. Su tesis es que la Providencia guía la historia, pero destacando que la voluntad divina admite que los acontecimientos históricos sean explicables por causas naturales y humanas, lo que supone la aceptación en principio del concepto racionalista. Asimismo, su interpretación subraya que la Iglesia como Institución priva en la sociedad humana, incluso por encima de la Corona, como lo demuestra el curso de la Historia.

Inmensa importancia tiene el advenimiento, organización y expansión de la erudición histórica, obra ante todo de congregaciones religiosas como los benedictinos, jesuítas, oratorianos y dominicos. Los primeros, a través de la Congregación de Saint-Maur, instalada en Saint-Germain-des Prés en 1621, hacen la edición crítica de las obras de los Padres de la Iglesia en griego y latín, y además la historia de la Iglesia Católica. Se distingue especialmente *Jean Mabillon* (1632-1707) autor de una gigantesca *"Anales"* de la Order de San Benito (publicada entre 1668 y 1701).

Pero los benedictinos hicieron más, porque pusieron la bases de las ciencias auxiliares de la Historia, imprescindible para los trabajos de erudición, como son la Diplomática (por entonces "arte que enseña las reglas para conocer y distinguir los diplomas y otros documentos solemnes", *"Diccionario de la Lengua Española"*, Real Academia Española, Ma-

drid, 1970), la **Paleografía** ("Arte de leer la escritura y signos de los libros y documentos antiguos", *idem*) y la **Cronología** ("Arte que tiene por objeto determinar el orden y fechas de los sucesos históricos", *idem*), publicando los primeros manuales para el uso de los investigadores.

Los jesuítas abordaron las colecciones de documentos conciliares, el inventario y edición de los historiadores bizantinos y —ante todo—, bajo la dirección del padre *Jan van Bolland* (1596-1665), la vida de los santos. Los llamados "bollandistas" o "bolandistas" consitituyen una sociedad de jesuítas instalada en Amberes que, a partir de 1630, y siguiendo las técnicas de su fundador, estudiará hasta 1773 y reanudará sus tareas en 1837, para establecer críticamente las biografías del Santoral.

También hubo eminentes laicos que se distinguieron en estos trabajos, como el filósofo alemán *Gottfried Wilhelm Leibnitz* (1646-1716), historiador de la dinastía de Brunswick-Luneberg, que lleva estas tareas a las universidades alemanas, y en Italia *Ludovico Muratori* (1672-1750), que durante un cuarto de siglo edita la colección de las obras de los escritores italianos y otra gigantesca recopilación crítica de las instituciones italianas medievales (1738-1742). En Francia, desde 1706, la llamada Academia de las Inscripciones se especializa en estas tareas eruditas, como dependencia de la Academia Francesa.

Pero ninguno de estos autores logró tantos lectores y acumuló tantas polémicas como el francés *Pierre Bayle* (1647-1706), erudito y al mismo tiempo crítico demoledor de la historia tradicional en su reiteradamente editado *"Diccionario histórico y crítico"* (1697), publicado en Holanda y que influyó en Leibnitz y Voltaire y desarrolló los beneficios del método de la crítica histórica.

Esta erudición histórica, sin la cual la posterior formulación de la historiografía como ciencia no hubiera sido posible, por el momento se autodefine como un "arte", o "artes prácticas", pero ya en manos de universitarios y académicos,

tiende a secularizarse, y expresarse en las lenguas vernáculas, y en especial en francés.

La filosofía de la Historia

Si bien es cierto que la filosofía de la Historia fue popularizada por Voltaire, con anterioridad se inician sus primeras obras, e incluso fuera de Francia, como es el caso del italiano *Giambattista Vico* (1668-1744).

Este maestro napolitano, ferviente católico, reacciona contra el cartesianismo, y retorna en algún sentido a Polibio. En su obra *"La ciencia nueva y los principios de la filosofía de la historia"* (1725) lanza la teoría de los *corso* (avance) y *ricorsi* (retroceso). Compara la historia de diferentes pueblos y concluye que todos siguen la misma orientación, tratando de mejorar por la razón la condición humana *(corso)*, pero las pasiones deshacen ese avance, por lo menos parcialmente *(ricorsi)*. Es, si pudiera decirse, un progresista a largo plazo, o un progresista secular, pero no constante o regular. Mientras para Bossuet Dios actúa como ser superior y exterior al mundo, para Vico es un Ser inmanente, por lo que se le ha calificado de panteísta.

En Alemania la filosofía histórica, en autores influidos por el protestantismo, es también providencialista, y aportan variantes interesantes, como *Gothold Lessing* (1729-1781), autor de *"El perfeccionamiento del género humano"* (1780) y el pastor y docente *Johan Gottfried Herder* (1744-1803), autor de *"Filosofía de la Historia de la Humanidad"* (1774) y de *"Ideas sobre la filosofía de la historia de la Humanidad"* (1784), de gran resonancia hasta nuestros días.

En estas obras Herder sostuvo que no existe una Humanidad unitaria sino pueblos distintos y particulares, cada uno de ellos animado por su "espíritu del pueblo" *(Volksgeist)*, que le da una originalidad genética, orgánica, independiente

de la voluntad humana individual, pero ligado a las condiciones del medio natural y a las circunstancias históricas. Por la educación se pueden acercar los pueblos y llegar a una especie de cultura universal.

Estos autores están en el origen de la corriente teórica llamada *historicismo,* que los autores germánicos consideran, junto con la Reforma, como su aporte más original a la cultura occidental. Así sus contemporáneos *Johann Joachim Winckelman* (1717-1768), que escribió una *"Historia del arte en la Antigüedad"* (1764), la primera que se ha escrito sobre tema semejante, pues no se trata de una colección de biografías como en la citada obra del italiano Giorgio Vassari y también *Justus Moser* (1720-1794), que inició en la historiografía otra nueva rama al escribir la primera historia constitucional, administrativa y social (1762).

No faltarán los filósofos de la Historia en la Inglaterra del siglo XVIII, con nombres tan ilustres como *David Hume* (1711-1776), autor de *"Historia de Inglaterra desde la invasión de Julio César hasta la revolución de 1688"* (1754); *Edmond Burke* (1729-1797), unos de los grandes teóricos del conservadurismo político con su obra *"Reflexiones sobre la Revolución Francesa"* (1790) y *Edward Gibbon* (1737-1794), autor de las muchas veces reeditada *"Historia de la decadencia y de la caída del Imperio Romano"* (1776-1788). En América Española fueron prohibidas por la Inquisición (aunque no por eso dejaron de leerse) las obras del inglés *William Robertson* (1721-1793), *"Historia de América"* (1777) y la obra todavía más interpretativa del abate *Guillaume Raynal* (1713-1796), *"Historia filosófica y política de los establecimientos y del comercio de los europeos en las dos Indias"* (1790), que tuvo hasta 1820 nada menos que setenta reediciones en francés, aparte de ser traducida a varios idiomas europeos. Será en Francia, país casi hegemónico en materia cultural en el siglo XVIII, donde encontraremos los más importantes aportes a la historiografía universal, y en especial a la filosofía de la Historia. Se trata de autores como *François Marie Arouet de Voltaire* (1694-1778), cuya importancia me-

rece que se le considere por separado; *Charles de Secondat, marqués de Montesquieu* (1689-1755), el ginebrino *Juan Jacobo Rousseau* (1712-1778), que no fue exactamente un historiador, aunque publicó una famosa autobiografía, *"Confesiones"* (1782), e influyó en el pensamiento democrático durante un siglo. Tampoco Montesquieu es un historiador profesional, pero se le ha señalado como uno de los últimos exponentes de la filosofía de la Historia, antecedente de la Filosofía Social y, en definitiva, de la Sociología. Menos erudito, y hasta menos crítico que Voltaire, se destaca sin embargo en *"Consideraciones sobre las causas de la grandeza y decadencia de los romanos"* (1734), *"Cartas persas"* (1721), e incluso trata de la Historia en la más famosa de sus obras *"El espíritu de las leyes"* (1748).

Racionalista, lejano discípulo de Maquiavelo, y hasta de Polibio, se ha dicho que su obra es una refutación del providencialismo de Bossuet. La vida humana está dominada por las leyes naturales ("las leyes son las relaciones que resultan de la naturaleza de las cosas"), pero el hombre es libre y, aunque sometido a las pasiones, puede buscar su felicidad mediante la razón. Como historiador, se interesa exclusivamente por la política, y demuestra ser un noble liberal, admirador de Inglaterra, país donde vivió durante mucho tiempo.

Estos grandes autores (invariablemente citados en todos los textos) oscurecen la presencia a finales del siglo XVIII de autores menores pero más sistemáticos en nuestro campo como son los franceses *Anne Robert Turgot* (1727-1781) y *Antoine, Marqués de Condorcet* (1743-1794), contemporáneos de la Revolución Francesa de 1789, y los alemanes *Friedrich Schiller* (1759-1805) y *Georg W. Hegel* (1770-1831). Turgot, que fue ministro de Luis XVI y autor de una obra intitulada *"Reflexiones sobre la situación de los americanos de los Estados Unidos"*, define junto con la famosa obra de Condorcet, *"Esbozo de un cuadro histórico, de los progresos del espíritu humano"* una interpretación filosófica de la Historia que valoriza los avances espirituales cumplidos por la Humanidad. Detalle elocuente: Condorcet había edi-

tado la obra de Voltaire y será citado por Auguste Comte como su precursor.

La visión roussoniana fue recogida especialmente en el proto-romanticismo germánico, como es el caso del citado Schiller, autor en este campo historiográfico de la *"Historia de la revuelta de los Países Bajos"* (1788) y de la *"Historia de la guerra de los Treinta años"* (1791).

Al estilo de Rousseau, aquí se concibe la historia como un género literario, introduciendo los sentimientos y el pueblo como protagonista (en definitiva la pequeña burguesía, hasta entonces excluida de las obras anteriores donde sólo figuraba la nobleza y el clero), usando lo pintoresco y el llamado "color local".

Más consistente y de grandes resonancias es el aporte de Hegel a la historiografía, expresado ante todo en su obra *"Lecciones sobre la Filosofía de la Historia"* (1837), en la que el profesor de la Universidad de Berlín sostenía que "La presencia del espíritu general, que es visión e imagen en el arte, sentimiento y representación en la Religión, es, para la Historia Universal, la verdad espiritual en toda su extensión de interioridad y exterioridad".

Esta perspectiva idealista (no diferente de la de los citados maestros franceses) será seguida literalmente por la mayoría de sus discípulos, portavoces intelectuales del absolutismo prusiano; *Ludwig Feuerbach* (1804-1872), que encabeza la llamada ala izquierda hegeliana, recogerá el método dialéctico, puesto al servicio de una concepción epistemológicamente materialista, y religiosamente atea, que tendrá a su vez un extenso discipulado, entre los que se destacan *Karl Marx, Friedrich Engels, Mijail Bakunin* y otros.

Voltaire

Decía Georges Lefebvre que "Voltaire es el maestro de la Historia racionalista y, a nuestros ojos, el fundador de la Historia verdaderamente moderna".

Voltaire protagonizó ya en el siglo XVIII al "escritor comprometido", que sufrió cárcel y exilio por fidelidad a sus ideas, y fue prácticamente el "primer hombre de letras" que por contar con una masa considerable de lectores pudo mantener una independencia personal (en una época revolucionaria), que le permite exponer públicamente su crítica a las ideas e instituciones feudales de su tiempo.

No solamente fue un autor de obras de ficción (poesía, teatro, novela), un polemista notable, un "liberalista" fecundo hasta sus 84 años, un corresponsal epistolar de talento, sino asimismo un historiador y, además, un teórico de la Historia, que merece un lugar junto a Tucídides, Maquiavelo o Michelet, para citar algunas cumbres internacionales.

Solamente por su labor de demolición de mitos, errores, supercherías, fanatismos y lugares comunes sobre el pasado histórico, merecería ya Voltaire un lugar en las Ciencias Históricas, en la estela de Pierre Bayle y acorde con los progresos de la erudición histórica. Basta leer el *"Diccionario filosófico"* (1764), que es la más difundida de sus obras de este tipo, sin necesidad de considerar los opúsculos que dedica a famosos personajes como Juana de Arco o el rey San Luis, para demostrarlo.

Voltaire pasó de la crítica a la elaboración de obras históricas originales con *"Historia de Carlos XII"*, sobre la historia sueca y el vencido de Poltava, la *"Historia de Rusia bajo Pedro el Grande"* y, ante todo, *"El siglo de Luis XIV"* (1751).

Es en esta última obra donde Voltaire hace uno de sus aportes más originales a las ciencias históricas: la historia de la cultura. Como apéndice al análisis de la vida política de Francia y Europa en el período del rey Sol, (y es bueno recordar que por entonces la historia es ante todo y exclusivamente historia política), agrega un texto dedicado al estudio de las artes, las letras y las costumbres. Molière y Racine, por ejemplo, y por vez primera, son considerados como personajes históricos y no menos importantes que los generales y ministros de Versalles. En 1756 con su *"Ensayo sobre las costumbres"* no solamente volverá a esa línea, sino que plantea un

Voltaire escribiendo, según una figurilla de tierra de la época.

antecedente de la sociología de las costumbres del siglo XIX, tan apreciada por los positivistas americanos e ingleses, pero que no deja de ser por ello una obra de tipo histórico.

El método que propone Voltaire, tal como lo resume Friedrich Meinecke, es que "No se debe cuidar tanto por reunir una enorme multitud de hechos, que se eliminan unos a otros, sino por juntar los principales y los más verídicos, que puedan servir de guía al lector y hacerlo juzgar por sí mismo de la extinción, del renacimiento y de los progresos del espíritu humano, a enseñarle a reconocer los pueblos por sus propias costumbres".

No sólo Voltaire destacó el error de lo que los franceses han llamado después "la historia de acontecimientos" y, toda-

vía más, la falacia de limitar las obras históricas a una suerte de biografías de grandes personajes, prefiriendo "reconocer los pueblos por sus propias costumbres", sino que introdujo entre los historiadores, como personaje central, la sociedad.

La misma denominación de "philosophie de l'histoire" es una invención voltariana, que sistematiza ideas ya adelantadas por Vico, y el hecho se fecha en 1765. Entre Voltaire, Herder, Hegel, Saint Simon y Comte es incluso difícil hacer diferencias, y si en el último se proclama el nacimiento de la Ciencia Social, es innegable que sus plenteamientos idealistas siguen encajando en el marco de la clásica filosofía de la Historia volteriana.

La creencia en el progreso, forjado por los "grandes hombres", a través de brillantes etapas (v.g. el Siglo de Pericles o el Siglo de Luis XIV), "ese lento refinamiento de una humanidad bestial, o bárbara en sus orígenes, gracias a la feliz conjunción de poder y saber que el mismo Voltaire decora con nombre prestigioso, entonces no sospechoso, de *civilización*" (Robert Muzi).

Su impacto entre sus contemporáneos, y no solamente franceses, fue considerable, pero todavía hoy es el autor francés del siglo XVIII que tiene más especialistas y merece más estudios, superando incluso a su rival y contemporáneo, Jean Jacques Rousseau.

Nuevas consideraciones sobre la Historia

Tampoco nos satisface mucho que en su historia antigua el señor Rollins nos hable con toda seriedad del rey Nabis que permitía a aquellos que le traían dinero que abrazasen a su esposa y arrojaba a aquellos que se lo negaban en los brazos de una linda muñeca de un exacto parecido con la reina y armada de puntas de hierro bajo su corpiño. Nos reímos cuando vemos que tantos autores repiten, uno tras otros, que el famoso Otón, arzobispo de Maguncia, fue asaltado y devorado por un ejército de ratas en el año 698; que unas lluvias de sangre inundaron la Gascuña en 1017; que dos ejércitos de serpientes lucharon cerca de Tournai en 1059. Los prodigios, las predicciones, las pruebas del fuego, etc., ocuparon actualmente el mismo rango que los cuentos de Herodoto.

Quiero hablar aquí de la historia moderna, en la que no encontramos ni muñecas que abrazan a los cortesanos ni obispos comidos por las ratas.

VOLTAIRE

La historiografía del XIX: "el siglo de la Historia"

El siglo diecinueve ha sido llamado por los tratadistas "el siglo de la Historia" y las razones de esa denominación merecen reflexionarse.

Lo fue en cuanto que en este siglo se definió la Historia como un conocimiento científico y, perfeccionando sus métodos técnicos, se independizó de la literatura y creció como disciplina científica simultáneamente al surgimiento de otras Ciencias Sociales como la Sociología por ejemplo.

Esto resultó del uso del empirismo a través de la utilización de la erudición histórica, que como vimos había sido creada en los Tiempos Modernos, pero que, por vez primera en Alemania, se vinculó directamente a la Historia, ejemplo que fue imitado en diversos países, y en especial en Inglaterra y los Estados Unidos. Pero se llegó también a parecidas conclusiones, plasmadas en obras originales, a través del racionalismo de los autores franceses que llevaron a sus últimas conclusiones los trabajos que les habían precedido de Voltaire, Montesquieu y Saint Simon.

Asimismo, y no solamente en Alemania, Francia, Inglaterra y Estados Unidos, sino en todas partes, avanzó notablemente la organización de las instituciones complementarias de la labor de los historiadores, como es el caso de los archivos, publicación de fuentes, bibliotecas, revistas, asociaciones especializadas, y se perfeccionaron las llamadas disciplinas auxiliares, y en primer lugar la Diplomática, la Epigrafía, la Numismática, la Arqueología, y ante todo la Prehistoria. Po-

siblemente tales transformaciones no habrían sido posibles, o por lo menos se habrían cumplido en un plazo mayor, si no hubiera existido el aliciente de un masivo interés de los lectores del siglo por la Historia. En primer lugar dejando de ser exclusivo acervo de los príncipes o los poderosos, la Historia ingresa en los estudios organizados en forma regular, por lo menos en Francia desde 1862, y antes para los universitarios.

La idea, surgida de la Revolución Francesa, que hacía de la Historia un instrumento para forjar una nacionalidad, adquiere singular importancia en los nuevos Estados Nacionales y, en primer lugar en Alemania e Italia, pero también en la periferia de Europa como es el caso de Grecia y Bélgica desde 1830, las nacionalidades escandinavas y eslavas (algunas no definidas todavía como Estados como es el caso de checos, servio-croatas, polacos) y, con más razón, en las nuevas repúblicas de las Américas. Es obvio que no siempre ese nacionalismo facilitó una auténtica objetividad histórica y, al contrario, no faltaron los casos en que la historiografía se puso al servicio del imperialismo o del militarismo.

Desde mediados del siglo XIX las ideas socialistas adquieren una incontestable presencia cotidiana y se manifiestan por el sindicalismo y los partidos o movimientos sociales, lo que llama la atención sobre los temas de la historia del "cuarto Estado", del mismo modo que la liberación de las colonias inglesas, francesas, españolas y portuguesas reveló un mundo americano hasta entonces escasamente estudiado.

La comunicación científica e intelectual en general es más frecuente entre los distintos países (por lo menos al nivel europeo occidental), lo que permite aprovechar rápidamente los progresos que se operan en cada uno de los grandes Estados. G.P. Gooch observa con razón: "El mundo tuvo que esperar hasta el siglo XIX, la época del Segundo Renacimiento, para conseguir la libertad de pensamiento y de expresión, la penetración en distintas épocas y la juiciosa ecuanimidad de las que depende la ciencia histórica". En verdad, tales principios en el último cuarto de siglo se habían conseguido en Francia, Holanda, Inglaterra, Estados Unidos,

Suiza, los países escandinavos y algunos países latinoamericanos, pero, faltaban en muchas partes, incluyendo vastas zonas europeas, aunque también es cierto que los efectos nefastos de la censura religiosa, política y militar se anularon en los centros más activos, y esto fue un estímulo importante.

Consideremos seguidamente las manifestaciones nacionales más importantes, y las escuelas historiográficas que surgen en el siglo, representativas de las nuevas corrientes de pensamiento. Por muy explicables razones trataremos por separado los países de la península ibérica europea y los de América Latina.

La historiografía científica alemana: Leopoldo von Ranke

Durante el siglo XIX no solamente la historiografía en lengua alemana se constituyó en la expresión más prestigiosa de las Ciencias Históricas, sino que también representó el más logrado fruto de su visión científica, admirada e imitada en todos los demás países.

La crítica histórica y el método erudito que se habían desarrollado en Francia e Italia en los siglos XVI y XVII, no solamente se retoman en Alemania sino que se incorporan definitivamente a las obras históricas. En vez de historiadores narradores o filósofos de la Historia como los de otros países los autores alemanes parten del conocimiento de las fuentes, utilizan las ciencias auxiliares, cuentan con sólidos apoyos de los gobiernos, las universidades y las academias y, ante todo, con un público tan vasto como entusiasta. La erudición alemana si bien es cierto que se ve propiciada por la ola nacionalista (que culmina el proceso de la unidad germánica en 1870), es también limitada en su búsqueda de la objetividad por la pasión nacional y termina por ponerse al servicio del prusianismo.

Se considera que la filología y la historia de las religiones

han estado en la base del desarrollo de la crítica histórica alemana. Ya *F.A. Wolf*, en 1795, con la publicación de *"Prolegomena ad Homerum"*, había iniciado la crítica erudita filológica, que se amplia con *Franz Bopp* (1791-1867), autor de *"La gramática comparada de las lenguas indo-europeas"* (1833-1852), *Jacob Grimm* (1785-1863), que estudia la historia de la lengua alemana, y otros. Serán autores alemanes los que renovarán el estudio sistemático de la antigüedad como los latinistas *Berthold Georg Niebuhr* (1776-1831) y *Theodor Mommsen* (1817-1903), y helenistas como *Karl Gottfried Müller* (1797-1840) y *Johan Gustav Droysen* (1808-1884). Desde 1829 los investigadores alemanes contaron en Roma y en Atenas con centros de investigación, y la Academia de Berlín inició la publicación de un *"Corpus"* de inscripciones griegas, y por iniciativa de Mommsen, en 1847, el famoso *"Corpus Inscriptionum latinarum"*, que comenzó a publicarse en 1862.

El mismo método de examinar las fuentes manuscritas y editarlas cuando eran auténticas y útiles, en beneficio de la investigación, se empleó para la crítica bíblica y la historia religiosa, alentado por profesores como *David Friedrich Strauss*, autor de una *"Vida de Jesús"*, (1835) y *Theodor Harnak* (1817-1889), que edita a los escritores cristianos primitivos. Ese movimiento pronto trascendió a la historia institucional y política, alentado por el ex-ministro prusiano *Barón de Stein* (1757-1831), que en 1819 funda la *Sociedad para el estudio de la historia alemana* y que con subvenciones de los gobiernos de Prusia y Austria, comienza a editar en 1826 los *"Monumenta Germaniae Historica"*, colección de fuentes (Escritores, Leyes, Actas imperiales, Cartas y Antigüedades) sobre el pasado del pueblo alemán.

Este ejemplo fue imitado, y complementado, por otros eruditos como *Johan Friedrich Bödmer* (1785-1863) que desde 1831 inició la edición de los volúmenes llamados *"Regesta"*, y en 1843 las *"Fontes rerum germanicarum"*, mientras que el profesor *Jaffé* editaba las actas pontificias y las academias de Berlín, Munich y Viena publicaban asimismo

documentos hasta entonces guardados en los archivos oficiales.

Los profesores y autores alemanes no solamente auspiciaron ese movimiento sino que lo utilizaron para renovar sus obras, como lo demuestran figuras tan notables como el citado Niebuhr, *Leopold von Ranke* (1795-1886), que se coincide en considerarlo el más importante de los historiadores alemanes del siglo XIX, y *Theodor Mommsen (1817-1903)*, en cuya consideración merece que nos detengamos.

Niebuhr pertenecía a una familia danesa de origen germánico y su padre y el mismo historiador estuvieron primero al servicio del reino de Dinamarca y después adscritos al reino de Prusia. Habiendo dimitido de la vida política, y animado de una fuerte pasión nacionalista, en 1810 comenzó su docencia en la nueva Universidad de Berlín enseñado la Historia romana, y luego de una larga estancia en Italia, pasó a ser profesor de la Universidad de Bonn. Su gran obra fue la *"Historia romana"*, de la que hizo entre 1811 y 1831 dos ediciones muy distintas, que mereció el elogio de los entendidos y que traducida al inglés se convirtió pronto en texto de las universidades inglesas. Con ella puede decirse que se termina la hegemonía que venía ejerciendo a través de los siglos Tito Livio, y se inicia la nueva historiografía romana, que será retomada por Mommsen. Este era un jurista liberal, interesado ante todo en el estudio de las instituciones y notable erudito, aparte de periodista muy activo. Como editor de los *"Corpus"*, profesor de la Universidad de Berlín y, ante todo, autor de la *"Historia romana"*, que comienza a editarse en 1849, tuvo una fama notable. Reconociendo sus dotes de escritor la Academia de Estocolmo le concedió en 1902 el Premio Nobel de literatura.

La especialización de Ranke fue ante todo la historia política europea de los siglos XVI y XVII, pero la novedad más importante que aportó fue de tipo metodológico.

Sus palabras son elocuentes: "A la historia se le ha asignado la tarea de juzgar el pasado, de instruir al presente en beneficio de las edades futuras. Mi trabajo no aspira a cum-

plir tan altas funciones. Su objeto es sólo mostrar lo que de hecho ocurrió", y en otra ocasión hablando de sus comienzos como historiador, afirma: "Descubrí por comparación que la verdad es más interesante y hermosa que la ficción. Me desvié de esta, y decidí evitar toda invención e imaginación en mis trabajos y sujetarme a los hechos". Su producción escrita se inicia en 1824 con una *"Historia de las naciones latinas y teutónicas"* y cubrirá nada menos que sesenta y dos años. Utilizando ante todo los archivos del imperio austríaco (incluidas las famosas "relaciones venecianas" de los embajadores de la República de Venecia) y otras fuentes documentales, edita obras tan leídas como *"La historia de los Papas"* (1834-1836), *"Alemania en tiempos de la Reforma"*, (1839-1847) y la serie de *"Príncipes y pueblos de la Europa del sur"*, (1827).

En una segunda etapa, y utilizando ahora los archivos franceses, ingleses y alemanes, escribe su serie de *"Historia de Francia"*, *"Historia de Inglaterra"*, *"Nueve libros de historia prusiana"* y *"Aportaciones a la historia de Alemania"*, y otras obras menores.

En 1880 (el autor tenía ochenta y cinco años...) comienza a publicar su última obra, la *"Historia Universal"*, de la que vio impresos antes de morir los primeros seis volúmenes, aunque ya había dictado (pues no podía leer ni escribir), el séptimo tomo, que llega hasta mediados de la Edad Media. La influencia de Ranke en la historiografía alemana se multiplicó a través de las instituciones y el discipulado que alentó a lo largo de su fecunda existencia. Entre sus discípulos se contó, por ejemplo, el príncipe Maximiliano de Baviera que nombró a Ranke presidente de la Academia bávara, y más tarde apoyará a su discípulo *Heinrich von Sybel* (1817-1895), que en 1856 comenzará la publicación de la revista "Historische Zeitschift", publicación profesional de los historiadores alemanes. Sybel, que antes de actuar en Munich fue profesor en Bonn, y que había de terminar su carrera como director de los archivos prusianos, es autor de una *"Historia de Europa durante la Revolución Francesa"*, donde aporta un punto de vista original sobre la significación social y económica de los

Leopoldo von Ranke. El afirmó en Europa la supremacía de la erudición alemana.

hechos de 1789. Otros discípulos directos de Ranke fueron *Waitz* (que dirigió la edición de los *"Monumenta"*) y Giesebrecht, autor de una *"Historia de la era imperial alemana"*.

G.P. Gooch dice sobre Ranke algo tan categórico como que "vino a ser, por encima de toda comparación, el más grande escritor histórico de los tiempos modernos, no sólo porque fundó el estudio científico de los materiales y porque poseyó en un grado no superado el temperamento crítico, sino porque su capacidad de trabajo y su longevidad le permitieron producir un mayor número de obras de primera calidad que a cualquier otro escritor. El afirmó en Europa la supremacía de la erudición alemana, y nadie se ha acercado nunca tanto al historiador alemán". Si Ranke había actuado ante todo en la primera mitad del siglo XIX, entre sus discípulos y los llamados integrantes de la "escuela prusiana" alemana se aprecia más claramente el aspecto nacionalista, en definitiva alejado de la objetividad científica.

La primera figura de la "escuela prusiana" fue el citado Droysen, que aunque se iniciara como helenista, enseñando en Kiel hizo suya la causa de Prusia en la guerra con Dinamarca y pasó a escribir sobre temas como *"Historia de la política prusiana"*, en elogio de la dinastía de los Hohenzollern. Sybel, también en una segunda etapa de su existencia, se dedicó a estudiar los orígenes del imperio alemán. El tercero de los grandes autores de esta escuela, todavía más nacionalista y militarista que los anteriores, es *Heinrich von Treitschke* (1834-1896), a pesar de ser un sajón de origen checo. Panfletista patriótico, se caracterizó por su antisemitismo y antisocialismo, pero tuvo el favor de la monarquía prusiana que auspició su *"Historia de Alemania en el siglo XIX"* (1879-1894), que quedó incompleta con la muerte del autor dos años más tarde. Tuvo la crítica desfavorable de Ranke y Mommsen, pero se coincide en reconocerle calidades polémicas.

Estos autores y escuelas no agotan la totalidad de la historiografía alemana del siglo XIX, donde cabe anotar la presencia de los escritores socialistas, los historiadores de la cul-

tura, los positivistas, los historiadores del derecho, los geopolíticos, la escuela de historiadores católicos liberales, y otros grupos o tendencias, demostrativas del vigor y difusión que alcanzan los estudios históricos en los países de lengua alemana.

La historiografía liberal francesa: Jules Michelet

Los temas históricos fueron durante muchos años en Francia un cauce para reiterar el pensamiento liberal y participar de la agitación política que llevará a las revoluciones de 1830 y 1848.

El recuerdo de la Gran Revolución de 1789 seguía presente, y la nueva generación intelectual burguesa se sentía heredera de sus tradiciones. Pragmáticamente extraían de la historia argumentos para combatir a la aristocracia y restaurar el poder del Pueblo (es decir, del Tercer Estado burgués). Por tal razón se consideraban herederos de la tradición historiográfica racionalista del siglo XVIII (Voltaire, Montesquieu, Turgot, Condorcet), siendo asimismo admiradores de la Inglaterra liberal.

La Revolución Francesa es reivindicada exaltando a los Girondinos y la etapa liberal revolucionaria. Si bien es cierto que excluyen de la historia a la Providencia y aceptan el determinismo científico popularizado en las ciencias de la naturaleza, y también el progreso, no aceptan en cambio el despotismo ilustrado y son políticamente constitucionalistas. A diferencia de sus antecesores admiten la religión, casi siempre en los términos del deísmo.

Esta historiografía liberal francesa incluye dos vertientes, apreciables ante todo al nivel de su exposición.

Hay por lo pronto una "escuela de historiadores narradores", muy influida, como otras manifestaciones culturales de la época, por el Romanticismo que arranca del *"Genio del cristianismo"* (1802), del literato Chateaubriand. Se aprecia en obras como la *"Historia de las cruzadas"*, de *Michaud*

(1813) y ante todo por *Agustín Thierry* (1795-1856), a quien también impresiona el novelista romántico inglés Walter Scott. Sus obras, popularísimas, como *"Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos"* y *"Los relatos de los tiempos merovingios"*, se basan directamente en las crónicas y leyendas, a través de una narración animada y atrayente.

La otra escuela es la de los "historiadores explicativos", más directamente vinculados a la tradición filosófica, y que acercaba la Historia a los orígenes de la Sociología.

Su primera figura es el ginebrino *Leonardo Sismondi* (1775-1842), que se instaló en Toscana donde estudió las instituciones, la historia de la agricultura y del comercio, publicando en 1807 su *"Historia de las repúblicas italianas"*, obra no menos liberal que las anteriores y muy directamente emparentada con la concepción de la historia de la cultura volteriana. Desde 1821, ahora en Francia, inicia la edición de su *"Historia de los franceses"*, que "es el primer examen detallado y completo de todo el campo de la historia francesa".

Pero las grandes figuras de esta corriente son, ante todo, *Pierre Guizot* (1787-1874), también protestante, y además educado en Ginebra como Sismondi, anglófilo, profesor en la Sorbona, miembro de los "liberales doctrinarios" y ministro del rey Luis Felipe después de 1830.

Este racionalista experimental, en obras como la *"Historia de la civilización en Francia"*, (4 volúmenes) o la *"Historia de la civilización en Europa"*, trata de explicar los hechos políticos por las transformaciones de la civilización y la cultura. Su importancia en la vida política de los Orleans le sirvió para desarrollar y estimular los estudios históricos, creando instituciones eruditas útiles a los historiadores. Ya en 1821 se había creado la *École des Chartes* para formar archivistas y en 1846 se creará la *École d'Athènes* para los arqueólogos. También Guizot instala la Comisión de Archivos (1841), el Comité de Trabajos Históricos, (que desde 1835 edita la *"Collection des Documents inédits"*), la Comisión de Monumentos Históricos (1837), la Sociedad de Historia de Francia (1835) y la *Académie des Inscriptions et Belles Let-*

Por una revisión de los postulados historiográficos

"Períodos de avance, de seguridad y pacífico disfrute —como al fin y al cabo fue el siglo XIX para el Historiador profesional— engendran una cierta actitud hacia el pasado, como tiempos de derrota y colapso producen otra actitud distinta, y traen consigo la necesidad de explorar en busca de nuevas rutas.

"Hay necesidad de una nueva Historia, de una nueva actitud hacia la Historia, y de una reconsideración de todos nuestros postulados sobre la Historia... El siglo XX todavía se halla a la busca de una Historia que le sea adecuada y exenta de los prejuicios de una época ya pretérita".

G. BARRACLOUGH

tres que retoma las ediciones eruditas de los benedictinos.

Un helenista, *Víctor Duruy* (1811-1894), será también minitro, ahora en el Segundo Imperio, y dará un nuevo impulso a estas instituciones, creando en 1868 la *École Pratique des Hautes Etudes* de París y la École de Roma. Se desarrolla la egiptología, se editan las inscripciones romanas de Africa y abren el Museo de Saint Germain -en-Laye para la prehistoria. Francia, aunque no alcanzaba el nivel de inversiones y trabajos de Alemania, se colocaba ventajosamente con vistas a una futura historia científica, y esto se puede apreciar no tanto con figuras menores de la historiografía liberal (como *François-Auguste Mignet,* 1796-1884 y *Adolphe Thiers,* 1797-1877, cultivadores de la historia política de la Revolución y del Imperio,), sino en una figura como Michelet. *Jules Michelet* (1798-1875) es un historiador que ha sido considerado en muchas latitudes como el creador más original del siglo XIX, representativo en diversos sentidos de las características de la historiografía francesa.

Hijo de modestos impresores (él mismo fue obrero gráfico), hizo con grandes dificultades sus estudios, y se consideró siempre del "pueblo", fiel a la tradición revolucionaria familiar, hostil a la aristocracia y a la Iglesia. No solamente era un liberal, sino también un romántico y Lefebvre lo caracteriza como "sensitivo, soñador, poeta, imaginativo".

Dedicado tempranamente a la enseñanza, publica su *"Resumen de historia moderna"* (1827) al tiempo que traduce al francés *"La ciencia nueva"* de Giambatista Vico. La Revolución de Julio le permite viajar a Alemania (donde admira a Niebuhr) e Italia, reuniendo materiales para su *"Historia de la república romana"*.

Pero su obra más importante, que por sí sola le daría la gloria, es su *'Historia de Francia"* (cuyos primeros seis volúmenes se editan entre 1833 y 1843) y que Gooch califica como "la obra más original que se ha escrito sobre la historia de Francia".

A partir de 1840, en parte bajo la influencia de Edgard Quinet, pasa del liberalismo a la democracia, a la que perma-

necerá fiel hasta su muerte, lo que explica que después del golpe de Estado de Napoleón III en 1851 sea revocado como profesor y expulsado de los Archivos Nacionales. Termina entonces la *"Historia de Francia"* y una *"Historia de la Revolución"*, en total once volúmenes. Viviendo aislado en la campiña, en exilio interior, escribe entonces una serie de libros de divulgación sobre la naturaleza como *"El pájaro"*, *"El insecto"*, *"La mar"* y *"La montaña"*, entre 1856 y 1868, que le muestran interesado en las nuevas ciencias y radicalizado políticamente, lo que confirman los tres volúmenes de su última obra *"Historia del origen de los Bonaparte"*. De todas sus obras podríase afirmar lo que escribiera al final de la *"Historia de la Revolución"*: "Desde la primera página hasta la última hay un sólo héroe, el pueblo", que para él es la pequeña burguesía, los *san culottes*.

En cambio de los "grandes personajes" (reyes, generales, políticos) Michelet introduce un nuevo personaje histórico, cuya acción y psicología interpreta. Como idealista le interesan ante todos los ideales colectivos, pero no cae en la metafísica, aunque admite la religiosidad. Georges Lefébvre no vacila en calificarle "el más grande de nuestros historiadores", por su don de observación, por su capacidad en resucitar los movimientos del espíritu, y "dar a los hechos mismos una vida de que es incapaz el análisis positivo de darnos la impresión correcta".

Vinculados al ejemplo de Michelet los historiadores franceses posteriores a los años 40 del siglo XIX, siguen siendo ante todo historiadores de la vida política, y oscilan entre el mero liberalismo (como *Alfonse de Lamartine* y *Alexis de Tocqueville*) y el socialismo (como *Louis Blanc*) pasando por el liberalismo democrático, como es el caso de *Edgar Quinet*. En verdad *Alfonse de Lamartine* (1790-1869) no era un historiador profesional, ni puede decirse que su *"Historia de los Girondinos"* sea técnicamente ejemplar. Pero su éxito en el gran público fue extraordinario ("fue la primera obra histórica que devoraron las mujeres"), se reeditó profusamente, influyó a un vasto público dominado por el romanticismo, y

Jules Michelet. *Hijo de modestos impresores (él mismo fue obrero gráfico), hizo con grandes dificultades sus estudios, y se consideró siempre del "pueblo".*

hasta convirtió al autor en un efímero personaje político en la revolución del 48. Muy distinto es el caso del noble *Alexis de Tocqueville* (1805-1859), uno de los creadores mejor dotados del siglo XIX, que había estudiado Derecho, ejercía como magistrado y hacia 1820 y tantos fue enviado a los Estados Unidos para estudiar el régimen penitenciario. De ese viaje resultó su famosa obra *"La democracia en América"* (1835), hoy uno de los clásicos de la Ciencia Política, que su autor definía como "la imagen de la democracia para aprender lo que debemos esperar de su progreso". Liberal doctrinario y, por cierto, no proclive a la democracia, fue diputado y en 1849 ministro de Asuntos Exteriores, pero se retiró a la vida privada como consecuencia del golpe de Estado napoleónico, inicando su etapa como historiador. Utilizando los fondos documentales de provincias publicó en 1856 el primer tomo de una obra importansísima *"El Antiguo régimen y la Revolución"*, cuyo segundo volumen quedó incompleto a la hora de su muerte. Allí demuestra que la centralización política no era invención de los revolucionarios del 89, y que más que una absoluta contradicción entre el *Ancien Régime* y la Revolución había habido secuencias institucionales y políticas considerables.

Tanto Louis Blanc (de quien nos ocuparemos al considerar los historiadores socialistas), como Edgar Quinet, estaban influidos por los aportes metodológicos de Jules Michelet, especialmente sobre el tema de la historia de las revoluciones.

En verdad, Quinet (que a su vez, como apuntáramos, influye en las ideas generales de Michelet) no era un historiador-narrador, sino un historiador-filósofo, continuador de la tradición volteriana. *Quinet* (1803-1875) es el autor de *"Las revoluciones de Italia"* (1848-1852) y *"La revolución"* (1865, aunque escrita en 1854), que fue preparada en el destierro sin apoyo documental erudito, pero utilizando ideas novedosas, en especial en lo que atañe a la cuestión religiosa.

Pero estas últimas obras son ya contemporáneas de las editadas por socialistas y positivistas, que muestran una distinta faceta de la historiografía francesa del siglo XIX.

La historiografía positivista

De las dos grandes arquitecturas ideológicas que se lanzaron en el siglo XIX, el positivismo y el socialismo, es muy explicable que la primera se hiciera presente en primer término en el mundo de la historiografía y diera los elementos básicos o generales necesarios a un conjunto valioso de creadores, especialmente en Francia.

No en vano *Auguste Comte* (1798-1857) había dado a conocer en París la *filosofía positiva* en su famoso *curso* de 1839 a 1842, retomando una línea de pensamiento moralista, progresista, pro-científica, industrialista, racionalista y burguesa, que tenía sólidos antecedentes en el mundo intelectual francés.

Comte no era un historiador, pero sus "leyes positivas" intentan explicar la sociedad, apoyándose en una interpretación del pasado humano, que no implica la utilización del método histórico ni la observación y estudio de los hechos históricos.

Como *ideólogo,* o mejor *idealista* al estilo hegeliano, entiende que los hechos sociales decisivos son las ideas y el desarrollo intelectual del hombre, de lo que resulta su famosa *ley de los tres estados,* según la cual la Humanidad ha pasado de la *fase teológica* a la *metafísica* y debe ingresar en la *época positiva,* en que desaparecidas la religión y la metafísica, domine la ciencia en una sociedad controlada por los industriales. La escuela historiográfica positivista francesa tiene nombres tan prestigiosos como *Hipólito Taine, Sainte Beuve, Albert Sorel, Fustel de Coulanges, Ferdinand Brunetiére* y *Ernest Renan.*

Al contrario de los historiadores de la anterior generación liberal, estos autores no se acantonan en la historia política, sino que actúan asimismo en la historia literaria, la historia del arte o la historia religiosa. Tampoco participan de la vida política en los términos combatientes de sus predecesores, y no rehusan ponerse al servicio del Segundo Imperio para "realizar las reformas desde lo alto".

Históricamente esto corresponde a una época en que las masas intervienen activa y directamente en la vida social y política y cuando las interpretaciones científicas y económicas desplazan las intuiciones románticas precedentes. El realismo avanza en las artes con nombres tan famosos como Flaubert, Zola, Courbet, etc.

El autor más representativo de esta corriente es *Hipólito Taine* (1828-1893), que había comenzado por ser un liberal influido por la filosofía de Spinoza y Hegel, pero los acontecimientos de 1848-1852, lo dejaron al margen de la Universidad y dieron una nueva perspectiva a sus escritos, ahora en la estela comteana.

En sus trabajos *"Ensayo sobre Tito Livio"* (1856) y *"Los filósofos franceses del siglo XIX"* (1856) se enfrenta a la filosofía tradicional pero sus obras fundamentales son *"Historia de la literatura inglesa"* (1863) y *"Los orígenes de la Francia contemporánea"* (1870). Utilizando los conceptos de las ciencias naturales entiende en la primera que los personajes históricos se explican a través de la *raza,* el *medio* y el *momento histórico.* En su última gran obra, en tanto que admirador de la aristocracia inglesa, elitista, contrarrevolucionario, prejuicioso filosóficamente, ataca la tradición liberal y revolucionaria, pero enriquece la perspectiva histórica con nuevos puntos de vista.

Entre sus discípulos o admiradores se destacan *Albert Sorel* (1842-1906), un historiador profesional, autor de una obra tan importante como *"Europa y la Revolución Francesa"* (8 volúmenes entre 1885 y 1906), igualmente hostil a la revolución democrática y que sostenía la importancia de la tradición en materia de política exterior y *Ferdinand Brunetière* (1849-1906) que escribió una gran *"Historia de la literatura francesa",* aplicando a la evolución de los géneros literarios las técnicas de las ciencias naturales.

También contemporáneo de Taine fue *Charles-Augustin de Sainte-Beuve* (1804-1869), famoso crítico literario decimonónico, cuya obra histórica más importante es la *"Historia de Port-Royal"* (1840-1860), en que analiza psicológica-

mente a los intelectuales jansenistas. Aceptó ser Senador bonapartista. Había estudiado medicina, lo mismo que Hipólito Taine y otros positivistas.

Pero los autores más importantes de esta corriente en Francia son sin lugar a dudas *Numa-Denis Fustel de Coulanges* (1830-1889), su contemporáneo, y *Ernest Renan* (1823-1892). En primer lugar por razones técnicas, pues tuvieron una preparación más profesional y adecuada para su especialización.

Fustel de Coulanges era un historiador universitario, profesor en Estrasburgo y en París, autor de numerosos trabajos de erudición, aparte de sus obras maestras *"La ciudad antigua"* (1864) e *"Historia de las instituciones políticas de la antigua Francia"* (en seis tomos, de los cuales solamente aparece en 1875 el primero, se publican póstumamente los tres siguientes, y Camille Jullian redacta sobre sus notas los dos últimos). Ahora sí encontramos una amplia utilización de la erudición, al punto que Fustel se jactaba de haber estudiado todos los textos latinos desde el siglo VI A.C. hasta el siglo X de la Era Cristiana. Si la técnica es científica no puede sin embargo afirmarse que su método fuera inductivo, porque parte de ideas preconcebidas antigermánicas, pero hace ingresar en la historia temas como las creencias populares y las costumbres sociales.

Sobre estos problemas teóricos Renan escribió una obra importantísima, y muchas veces citada, *"El porvenir de la ciencia"* (escrita en 1848, aunque publicada en 1890). Se trata del primer especialista de la segunda mitad del siglo XIX en historia de las religiones, tema en que se había interesado al estudiar —cuando era seminarista— la obra de Strauss y de otros estudiosos alemanes. Después de su salida del seminario en 1845 se dedica al estudio de la filología oriental publicando en 1855 su *"Historia general y sistema comparado de las lenguas semíticas"*, que le lleva a ingresar en el Colegio de Francia en 1862. Pero la publicación del primer tomo de sus *"Orígenes del cristianismo"* en 1863, dedicado a la *"Vida de Jesús"* provoca una violenta campaña de los católicos ul-

tramontanos y es suspendido en sus funciones no siendo repuesto sino por la Tercera República después de 1870.

En verdad Renan no negaba la existencia de Jesús ni sus méritos como personaje histórico, aunque no le consideraba divino. Demás está consignar que esa obra ha sido una de las más leídas en el siglo XIX y seguramente mucho más que su serie *"Historia del pueblo de Israel"* (que se comienza a publicar en 1887 y se terminó de editar en forma póstuma en 1893), lo mismo que su *"Corpus de Inscripciones semíticas"*, obra de erudición patrocinada por la Academia de Inscripciones de París. Su adhesión a los principios de la libertad, la razón y la ciencia, le dieron en Francia, en los últimos años de su vida, una especie de liderazgo intelectual.

El positivismo historiográfico aunque es menos apreciable fuera de Francia, no deja de tener valiosos adherentes en otros países europeos del siglo XIX, aparte de América como veremos oportunamente.

En Inglaterra se coincide en señalar las figuras de *Henry Thomas Buckle* (1822-1862) y *F. William Maitland* (1850-1906), y en Alemania *Karl Lamprecht* (1856-1915), que corresponde ubicar y valorar.

Buckle, con su obra *Historia de la civilización inglesa,* tuvo una enorme influencia no solamente en su país sino en los Estados Unidos, como se aprecia en el historiador del Derecho que fue Maitland, autor de la *"Historia del derecho inglés"* (1895) y otras obras importantes.

En Alemania el positivismo dominará la historiografía literaria a partir de *Wilhelm Scherer* (1841-1886), autor de la *"Historia de la literatura alemana hasta la muerte de Goethe"* (1879-1883).

La historiografía socialista

La última, cronológicamente, de las nuevas corrientes renovadoras de la historiografía del siglo XIX es la integrada por las diferentes tendencias del socialismo.

Compartiendo con el socialismo el aspecto racionalista, y acentuando el carácter científico de la Historia, al igual que el positivismo y el empirismo anglo-germano, en la segunda mitad del siglo, y a medida que se definen y estructuran las grandes ramas de esta nueva ideología, aparecen aportaciones originales a la teoría de la Historia y hasta obras concretas realizadas de acuerdo a sus ideas.

Ya en la época del "socialismo de transición", y en el ambiente de la revolución parisina del 48, *Louis Blanc* (1811-1882) se distinguió por dos obras muy leídas en su tiempo: *"Diez años de historia francesa"* (1840), una historia de la primera década del reinado de Luis Felipe de Orleans y al mismo tiempo un alegato republicano, la segunda creación, más técnica, es una *"Historia de la Revolución Francesa"* (12 volúmenes editados entre 1844 y 1862). Desde el 48 vivió exiliado en Inglaterra.

El marxismo dotará al socialismo de una teoría de la Historia propia a través de las obras específicas de Engels y Marx. La definición del "socialismo científico" como "materialismo histórico" aludía a la importancia que al factor histórico daba en su interpretación a la vida social. Marx y Engels, aparte de sociólogos y economistas, por sus teorizaciones, y algunas de sus obras, fueron asimismo historiadores, como sucediera también con Comte y los positivistas. Como decía Engels, "Las causas finales de todo cambio social y de toda revolución política hay que buscarlas, no en la mente de los hombres, ni en el concepto elevado que los hombres tengan de la eterna verdad y de la justicia, sino en las distintas maneras que ha habido de producción y de cambio. No en la filosofía sino en la economía de cada época determinada".

La idea avanzada en el *"Manifiesto Comunista"*, según la cual la historia universal no es otra cosa que la historia de la lucha de clases, introducía un concepto sociológico nuevo y fecundo. También el concepto de estructura social (común asimismo con el positivismo), pero ahora enriquecido por la

distinción entre infraestructura y superestructura como básico para la comprensión de la dinámica social.

Engels es el autor de un opúsculo, *"Historia de las rebeliones campesinas de Alemania"*, y Marx escribe varias obras de historia contemporánea como *"El 18 Brumario de Luis Bonaparte"* (1851), *"Las luchas de clases en Francia"*, aparte de acometer diversos aspectos de la historia económica en su obra máxima *"El capital"*.

En la medida que sus doctrinas se convirtieron en el dogma de una colectividad política estallaron polémicas interpretativas sobre su pensamiento, incluso en materia histórica. Así, por ejemplo, los "socialistas revisionistas" que acaudillaba Eduardo Bernstein hacían suya una afirmación, según la cual, el marxismo "junto al desenvolvimiento y la influencia de las fuerzas productivas y de las condiciones de producción, (debe) tener en cuenta las nociones de derecho y de moral, tradiciones históricas y religiosas de cada época, las influencias geográficas y otras influencias naturales entre las cuales se encuentra la naturaleza del hombre y de sus facultades intelectuales".

Fue, sin embargo, su gran rival en el seno del Partido socialdemocrático alemán, el publicista *Karl Kautsky* (1859-1938), quien practicó en forma más constante la historia, ya como historiador en su *"Cristianismo primitivo"*, ya como editor por cuenta de la República de Weimar de la papelería secreta de los Hohenzollern.

En Francia, ya en vísperas de la primera guerra mundial, destaca el líder socialista *Jean Jaurés* (1859-1914), profesor de filosofía, y cuya tesis de doctorado versó sobre *"Los orígenes del socialismo alemán en las obras de Lutero, Kant, Fichte y Hegel"*, editando una gran *"Historia socialista de la Revolución Francesa"* (1901-1904).

Este fue también el tema del anarquista *Pedro Kropotkin* (1842-1918), que durante su prolongado exilio en Londres se dedicó al estudio de la antropología, la geografía y la ética, redactó igualmente (aparte de sus memorias) una *"Historia de la revolución Francesa"* (1905). En la línea de Louis Blanc y Jean

Dibujo de Steinlen para el periodico "Le Petit Sou" (1900), a proposito de una jornada de lucha social.

Jaurés reivindica el "cuarto estado" y el carácter popular y espontáneo de la *gran revolución.*

En el socialismo, como en todas las grandes corrientes ideológicas, no han faltado las obras de memorias, las historias de sus movimientos, las biografías de sus grandes personajes, y especialmente se ha aportado a la historiografía el tema de la historia de los movimentos obreros y sociales, todo lo cual se apreciará mejor en el siglo XX, cuando los diversos movimientos alcancen su expansión mundial. Pero en el siglo XIX, en la medida que es una corriente revolucionaria, perseguida por los poderes represivos y al margen de las universidades —donde apenas asoma en algunas países el positivismo— alienta en sectores muy débiles para expresarse intelectualmente en forma notoria y difundida.

La historiografía de lengua inglesa

La escuela histórica inglesa durante el siglo XIX no tiene el prestigio internacional que acompaña a los científicos alemanes, e incluso a los ensayistas franceses.

Las reformas administrativas y la adopción de nuevas formas de organización que faciliten el acceso de la documentación a los historiadores se obtienen en forma más tardía. Una comisión de la Cámara de los Comunes consigue editar en 1837 los *"Statutes of the Realm"*, que recopila las leyes promulgadas por la Corona, y al año siguiente se crea el *"Record Office"*, archivo nacional al que le encomienda publicar el *"Public Record Office"*. Sólo en 1869, con la *"Commission of Historical Manuscripts"*, se intenta el inventario de los archivos de provincia, y en 1878 se funda la *Royal Historical Society.*

La utilización de la erudición para la elaboración de obras históricas estará a cargo de los profesors de las prestigiosas Universidades de Oxford (entre los que se destacan el obispo *Stubbs,* y el autor de la *"Historia de la conquista normanda"*, Edward Augustus Freeman) y de Cambridge *(See-*

ley profeta del imperialismo inglés con *"La expansión de Inglaterra"*, *Creighton*, profesor de Historia Eclesiástica y autor de una *"Historia del Papado"* y *Lord Acton"*, que entre 1895 y 1902 inició la edición de la *"Historia moderna de Cambridge"*). Sttubs y Creighton fueron asimismo obispos anglicanos, y todos estuvieron fuertemente influidos por la historiografía alemana a la que tomaron como modelo.

Tiene Inglaterra, sin embargo, durante este siglo un público lector amplio y entusiasta para las obras históricas, que cimentó la reputación de autores como *Thomas Babington Macaulay* (1800-1859), *George Grote*, *Thomas Carlyle* (1795-1881) y su discípulo *Froude*, aparte de los ya citados *Buckle* y *Maitland*, que consideramos entre los historiadores positivistas.

Macaulay, es un brillante narrador, exponente destacado de la visión liberal decimonónica, fue incluso diputado por el partido *whig* a partir de 1830 destacándose como orador contra la esclavitud y a favor de la reforma electoral de 1832, y aparte de su *"Historia de Inglaterra hasta el reinado de Jacobo II"*, era famoso por sus *"Critical historical Essays"*, muchas veces reeditados.

Presentando la primera de esas obras (1848), decía: "Mi objeto y mi intento han sido componer, al mismo tiempo, la historia del pueblo y la del gobierno, señalar el progreso de las bellas artes y de las industrias, relatar la formación de las sectas religiosas y las fases del gusto literario, describir las costumbres de las varias generaciones y no descuidar tampoco las revoluciones que cambiaron las maneras de vestir, los enseres domésticos, los banquetes, las diversiones públicas", etc. Especialmente en sus *"Ensayos"* se aprecia que para Macaulay la historia es un ramo de la literatura, y su obra tiene los méritos de un estilo colorido (se le ha llamado el Rubens de los historiadores...), pero también se le ha reprochado su partidarismo, sin perjuicio de reconocerlo como el más importante de los historiadores ingleses de su tiempo. No menos famoso y polémico fue Carlyle, aunque políticamente de un signo muy distinto. Este calvinista escocés ad-

quirió reputación en 1837 con su *"Revolución francesa"* (obra panfletaria contrarevolucionaria) y manifestó su repudio de la democracia y la ciencia en *"Los héroes y el culto de los héroes"*, (1841) serie de semblanzas de personajes históricos a los que prodiga su elogio. Finalmente, llevado por su admiración a Prusia, escribió su *"Historia de Federico el Grande"* (1858-1865). Su discípulo Froude reivindica al rey Enrique VIII en una obra polémica y ataca a los irlandeses en *"Los ingleses en Irlanda"*, que refuta W.E.H. Lecky con sus ocho volúmenes *"Historia de Inglaterra en el siglo XVIII"* (1878-1890).

El profesor Grote no intentó temas tan discutibles, pero consiguió para su *"Historia de Grecia"* (12 volúmenes entre 1846 y 1856) el favor del público. Había sido diputado *whig* entre 1830 y 1841, y esa experiencia le fue útil para la comprensión de la democracia ateniense y la vida política helénica.

Las obras de Macaulay, Carlyle y Grote fueron traducidas a todas las lenguas cultas, y ante todo ejercieron directa influencia en los demás países de lengua inglesa, aparte de los refugiados políticos que por entonces tenían asilo en Inglaterra, entre los que se contaron los historiadores socialistas, Marx, Engels y Kropotkin, que por entonces usaban los servicios del British Museum.

La historiografía norteamericana, como la de todos los Estados nacionales recientes, se inicia por el estudio del proceso independentista, y de sus personajes fundamentales. En ella se destacó el profesor de Harvard *Jared Sparks* que editó entre 1834 y 1838 doce volúmenes de la correspondencia de George Washington y dirigió una *"Biblioteca de biografías americanas"*.

Se señala en *George Bancroft* (1800-1891) la madureza de la historiografía norteamericana, y se le considera su primer "historiador nacional". Después de estudiar en Harvard, obtuvo un doctorado en Alemania, donde frecuentó a los grandes historiadores de su tiempo. Pertenecía al partido demócrata, y se identificaba con la tradición jeffersoniana, incluso

El conocimiento del presente por el pasado y viceversa

"La Historia en sus dos sentidos —la investigación llevada a cabo por el historiador y los hechos del pasado que él estudia— es un proceso social, en el que participan los individuos en calidad de seres sociales, y la supuesta antítesis entre la sociedad y el individuo no es sino un despropósito interpuesto en nuestro camino, para confundirnos el pensamiento. El proceso recíproco de interacción entre el Historiador y sus hechos, lo que he llamado el diálogo entre el pasado y el presente, no es diálogo entre individuos abstractos y aislados, sino entre la sociedad de hoy y la sociedad de ayer. La historia, como dijo Burckhardt, es el conjunto de lo que una época encuentra digno de atención en otra. el pasado nos resulta inteligible a la luz del presente y sólo podemos comprender plenamente el presente a la luz del pasado. Hacer que el hombre pueda comprender la sociedad del pasado e incrementar su dominio de la sociedad del presente, tal es la doble función de la Historia".

E. H. CARR

al nivel expansionista, pues actuará en el gobierno en los tiempos de la guerra contra México. También fue embajador de su país en Londres y Berlín. Su obra por excelencia es la *"Historia de los Estados Unidos"*, (que se edita en 10 volúmenes entre 1834 y 1874, aparte de dos volúmenes de 1882 dedicados a la *"Historia de la formación del gobierno federal"*), y con ella aparece el "primer relato minucioso y coherente de la historia de las ex-colonias inglesas".

Al estilo inglés de Macaulay y Carlyle, Estados Unidos contará con autores narradores seguidos por el gran público y considerados incluso ventajosamente en el movimiento literario nacional como *Washington Irving* (1783-1859) y *William Prescott* (1796-1859), que coincidieron en cultivar los temas españoles e iberoamericanos. También integra el "middle group" de los historiadores norteamericanos *John Lothrop Motley* (1814-1877).

Irving, hijo de una rica familia neoyorkina, se dio a conocer en las letras antes de interesarse en la historia. Vivió muchos años en Europa y desde 1826 en España, donde utilizando la recopilación de Navarrete, escribió la *"Vida de Colón"* (1828), primera obra en idioma inglés sobre el Descubridor. Dos años más tarde editó la *"Crónica de la conquista de Granada"* (su obra preferida), y en 1842 volvió a Madrid, esta vez como embajador de su país. Sus últimas obras fueron dos biografías dedicadas a Mahoma y a Washington.

También es una figura del mundo literario su contemporáneo Prescott, al que en 1824 su amigo, y más tarde biógrafo, el profesor *George Ticknor* (1791-1871), autor de una *Historia de la literatura española"* (1849), interesó en el tema español. Contando con la colaboración del profesor madrileño Pascual de Gayangos, escribirá la *"Historia del reino de Fernando e Isabel"* (1836), que según G.P. Gooch "es la primera obra histórica producida en América que gozó de renombre universal". Más popular en su tierra fue, sin embargo, *"Conquista de México"* (1843), al que seguirá *"Conquista del Perú"* (1846), románticas exaltaciones de los Conquistadores. Su última obra, siempre con la colaboración téc-

nica de Gayangos, fue la biografía *"Felipe II"*, de la cual entre 1855 y su muerte se habían publicado los tres primeros volúmenes. La obra de Prescott, que coincide con el despojo a México de la mitad de su territorio y el establecimiento de la penetración en el Caribe, popularizó entre los norteamericanos los asuntos históricos españoles e hispanoamericanos.

No menos popularidad, por otras razones, tuvo la obra del bostoniano Motley, que estudió en Alemania y participó en el servicio diplomático. Su primera obra histórica *"El ascenso de la república holandesa"* (1856), como más tarde *"Los Países Bajos"* (3 volúmenes que editó en Londres entre 1860 y 1869), y finalmente *"Vida y muerte de John Barneveld"* (1874, 2 volúmenes), tuvieron una favorable crítica, se tradujeron a diversas lenguas y "representaron el punto culminante de la literatura histórica americana" (G.P. Gooch).

Por estos autores y esas obras se podría pensar que la historiografía norteamericana se volcaba hacia los temas exóticos, y adquiría una preocupación cosmopolita, cuando en verdad lo que dominarán serán los temas locales, imbuídos de un fuerte nacionalismo. Este se ve más claro a finales del siglo con autores como *Francis Parkman* (1823-1893), el Almirante *Alfred Thayer Mahan* (1840-1914) o el profesor *Frederick Jackson Turner* (1861-1932), que cultivan temas estrictamente americanos, y admiten la influencia del positivismo historiográfico.

Parkman, que también nació en Massachussetts y estudió en Harvard, último de los grandes autores de la Nueva Inglaterra, que conocía profundamente la vida de las últimas tribus indias, historia las guerras coloniales de Inglaterra con Francia en América del Norte. Era un imperialista admirador de la fuerza militar, como el almirante Mahan cuyas obras fundamentales inició con la publicación de *"La influencia del poder marítimo en la Historia, 1660-1783"* (1890).

Con Turner, la historiografía norteamericana alcanza su madurez y encuentra un tema propio y original: la frontera. Profesor de la Universidad de Wisconsin, se doctoró con una tesis intitulada *El carácter e influencia del comercio indio en*

Wisconsin (1891), pero su obra más famosa, que iniciara hacia 1893 es *"La frontera en la historia americana"* (1920). Sostiene que el individualismo "fronterizo" fue decisivo para el desarrollo de la democracia americana, pero sus tésis son aplicables a otros países nuevos de colonización europea.

Poco sabemos de la literatura historiográfica en los Dominios (Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Africa del Sur) y menos de las colonias del Imperio Inglés en el siglo XIX, obviamente influidos por la producción intelectual metropolitana.

La historiografía contemporánea

La historiografía contemporánea, por lo menos en la medida que nos permite apreciarla estos primeros ochenta años del siglo XX, presenta grandes dificultades para sintetizarla en pocas páginas.

No se trata de un problema de perspectiva, como habitualmente se dice en estos casos, sino que tal dificultad proviene de la frondosidad y riqueza de su crecimiento y expansión.

Expansión en primer lugar de tipo geográfico, porque con el progreso intelectual universal ya no se trata de inventariar o considerar las creaciones intelectuales de algunos pocos países de Europa Occidental, sino que ahora participan de manera creciente los demás países europeos, pero también los de América, Asia, Oceanía y hasta Africa.

El volumen de especialistas se ha multiplicado, por referencia a las cifras del siglo XIX. La expansión de los estudios universitarios, su implantación en todos los países y regiones, la multiplicación de los efectivos de alumnos, profesores e investigadores en materia de Ciencias Históricas está muy lejana de las pequeñas vanguardias intelectuales de años anteriores.

A nuestro parecer, ahora no se puede estudiar la historiografía considerando a cada uno de los más importantes países como una escuela o tendencia autónoma. A pesar de las dos grandes guerras mundiales y de la división del mundo en un campo capitalista y otro socialista, y hasta por encima del

foso que establece la economía entre los países industriales y los no industriales, se puede afirmar que hay una verdadera universalización de la historiografía.

Los progresos en materia de comunicaciones, la existencia de instituciones regulares de intercambio intelectual, la prodigiosa marea de las publicaciones técnicas o de divulgación, aparte de editoriales, y otras formas de intercambio de información, hacen que los aportes originales de los creadores circulen rápidamente y se puedan pronto detectar discípulos, imitadores o continuadores de cada uno de ellos en los puntos más distantes e inverosímiles del planeta.

En verdad, de insistirse en el tratamiento metodológico país por país, habría que anotar en primer lugar el agotamiento y crisis de la historiografía alemana. Ya a finales del siglo XIX el desarrollo del nacionalismo mostraba a personajes como Mommsen relativamente aislados en su liberalismo y espíritu científico, pero la política militarista del Estado reforzó el patrioterismo y con el nazismo no solamente se esterilizó para la Historia una generación de universitarios, sino que se dispersaron por el mundo muchos de sus potenciales exponentes intelectuales. En la primera mitad del siglo XIX es Francia quien toma el relevo de Alemania, en la medida que se ha asimilado el método científico, la erudición no es separable de la creación, y florecen especializaciones, instituciones, publicaciones y centros que demuestran no solamente su tradicional originalidad, sino también su pujanza y capacidad de ejemplo. Sin ánimo ni capacidad para agotar tan amplio territorio, nos interesa solamente mostrar algunas de las nuevas y destacadas especializaciones de la historiografía, cuya presencia e importancia no significa obviamente que se hayan dejado de cultivar los aspectos clásicos de la historia política, la historia eclesiástica, la historia de las instituciones o las historias particulares del arte, de la literatura, del Derecho, etc.

Más aún, corresponde destacar que en todos y cada uno de esos terrenos se hacen grandes avances, se producen obras nuevas y originales que superan las de siglos anteriores y se

vive una renovación fundamental. Lo que demuestra en definitiva el vigor y frondosidad de la historiografía de nuestro mundo actual es que, aparte de toda la tradicional historiografía aparecen corrientes técnicas o profesionales, que cultivan un terreno nuevo, y abren nuevas perspectivas al estudioso.

Tal es el caso, por ejemplo, de la *Historia de la cultura o de la civilización,* muy vinculada por lo demás a la *Historia intelectual o de las ideas,* de la *Historia económica y social,* de la *Historia de los movimientos obreros y sociales* y de la *Historia de las revoluciones, guerras y crisis* que consideramos por separado en las páginas siguientes.

Muchas de estas especializaciones estaban implícitas en las consideraciones teóricas de los historiadores del siglo XIX, e incluso en aquel siglo se avanzaron los primeros pasos en su cultivo sistemático, pero será característica del siglo XX que merezcan una creciente atención, aparezcan en los planes de estudio de los Departamentos de Historia y, ante todo, merezcan ser escogidos sus temas en los libros importantes de nuestro tiempo.

Nos ha parecido igualmente obligado destacar ciertos aspectos instrumentales del siglo XX, sin los cuales es difícil comprender su prodigioso desarrollo, y que a pesar de tratarse de asunto, en sí mismo no técnicos, son decisivos sin embargo para explicarnos la Historiografía de nuestros días. Nos referimos, por ejemplo, al movimiento de las asociaciones profesionales de historiadores, a las empresas editoriales que explotan el interés de la Historia de las masas o a la existencia de una red de revistas especializadas o de divulgación como antes no existiera.

No insistimos en cambio en las antiguas instituciones, v.g. las universidades cuya presencia arranca de la Edad Media, pero cabe anotar su mayor poder y riqueza, sus mayores medios y los servicios que prestan a un estudiantado de Historia cada vez más numeroso.

Otros aspectos nos interesan destacar en este proemio. Así, el mayor contacto que en el siglo XX se observa entre la

Historia y las demás disciplinas del conocimiento. No se trata solamente del tradicional trasvase de especialistas, aunque no faltan los economistas, sociólogos, literatos, artistas o científicos naturales que ingresan en el cultivo sistemático de las Ciencias Históricas, sino que tenemos aquí especialmente en cuenta los mutuos servicios que entre sí se prestan las disciplinas, de lo que resulta que la Historia se ha visto enriquecida y estimulada en su crecimiento por los avances de la Economía, la Demografía, la Sociología, la Piscología, el Derecho, la Etica y la Epistemología, aparte de las ciencias naturales, sin contar las disciplinas auxiliares como la Arqueología, la Diplomática, la Archivística, etc.

No es extraño, pues, que la misma Teoría de la Historia se haya enriquecido, y nadie podría hoy enfrentarse a la Historia aplicada sin tener no solamente un conocimiento previo metodológico, sino también ideas claras sobre el lugar de la Historia en el conocimiento y sus problemas fundamentales.

No han faltado en el siglo actual teóricos, y hasta filosófos de la Historia, autores que a veces en forma aislada y en otros casos como resultado de su misma experiencia como profesionales de la Historia, han aportado consideraciones nuevas y originales sobre la problemática de la Historia. Una vez más la praxis renueva la teoría, y ésta es imprescindible para intentar cualquier praxis.

Historia de la cultura o de la civilización. Historia de las ideas

Si bien es cierto que estas ramas especializadas de la Historia son muy típicas del siglo XX, no menos verdadero es que tienen amplios antecedentes en las épocas precedentes. La misma denominación, y la primera experiencia conocida de "historia de la cultura" corresponde a Voltaire con su "*Siglo de Luis XIV*", y a lo largo del XIX tenemos aportes valiosos a considerar, con la particularidad de que apuntan a diversas interpretaciones u orientaciones posibles.

Así, los historiadores positivistas como el inglés Buckle y el alemán Lamprecht, intentaron historias globales de la civilización de sus respectivos países, en que los clásicos elementos políticos se integraban con las demás manifestaciones creativas del hombre.

La Historia de la civilización inglesa, de Buckle, aunque es un cuadro integral de la época que estudia, está presidida por el principio de que "Las verdades morales son estacionarias, las intelectuales progresivas, y así es muy improbable que el progreso de la Sociedad depende del saber moral, que ha permanecido igual durante muchos siglos, y no del saber intelectual, que ha progresado sucesivamente a lo largo de las centurias".

Esta tendencia de los positivistas a mezclar la historia de la civilización (o de la cultura, porque tienden a usarse ambos términos indistintamente) con la historia de las ideas apuntaba también en Voltaire, a quien interesaba especialmente mostrar los avances del progreso.

También se aprecia en Karl Lamprecht, que se había iniciado con una monografía sobre la vida económica renana en la Edad Media, y se hace famoso al publicarse los cinco tomos de su "*Historia Alemana*" (1891) en que sustituye el método narrativo por el genético y divide la historia de Alemania por las maneras de pensar distinguiendo un período primitivo (simbolista, convencional y de tipismo), en segundo lugar, y a partir del Renacimiento, el individualismo, para llegar a la época contemporánea donde triunfa el subjetivismo. El pensamiento ideológico está en relación con una determinada organización material y económica, y por esa razón se ha dicho de este autor que en su formación han intervenido tanto Comte y Taine como los marxistas. Fue en Alemania donde se habló más durante el siglo XIX de la "kulturgeschichte" (en parte por la imposibilidad antes de 1870 de definir adecuadamente una historia política nacional), pero interpretándola en forma muy distinta a los autores que hemos citado.

Para autores como *W.H. Riehl* (1823-1897), muy favo-

Alemania. Bismarck y Napoleón III después de la batalla de Sedán. Museo de historia. Berlín.

rable a la sociología histórica, en su *"Historia natural del pueblo alemán"*, valoriza las costumbres populares, la vida artística y la relación con el medio natural. Siendo director del Museo Nacional de Munich dirige la obra colectiva *"La tierra y el pueblo de Baviera"*. Su contemporáneo *Gustav Freygtag* (1816-1895), formado en la filología, publica entre 1852 y 1866 sus *"Escenas de la Historia alemana"*, en que trata de las costumbres y modos de vida.

Se entiende mejor que se trata de una de las opciones posibles en esta especialidad si consideramos la obra del profesor de la suiza Universidad de Basilea *Jacob Burckhardt* (1818-1897), que hace suya la distinción entre civilización (dominio de los hechos materiales) y cultura (hechos espiri-

Los historiadores florentinos según Burckhardt

Además, los grandes historiadores florentinos de comienzos del siglo XVI, son ya mismos gentes de un mundo por completo distinto del de los latinistas Jovio y Bembo. Escriben en italiano no sólo porque no pueden competir ya con la refinada elegancia de los ciceronianos de entonces, sino porque, como Maquiavelo, sólo quieren reproducir en directas formas vitales los asuntos captados con su viva intuición, y porque, como a Guicciardini, Varchi y la mayoría de los demás, les interesaba de todo corazón, lograr que su interpretación sobre la marcha de los acontecimientos alcanzara la más amplia y profunda difusión. Aun cuando escriben solamente para un escaso círculo de amigos, como Francesco Vettori, por íntimo impulso se sienten forzados a dejar testimonio de hombres y acontecimientos y explicarse y justificarse sobre su propia participación en estos últimos.

JACOB BURCKHARDT

tuales) cuando afirma "La historia de la cultura penetra en la historia de la Iglesia, del derecho, de la literatura, del comercio, de la moral, etc., según sus necesidades, pero no se trata de ser ella todas estas..."

Tenía sólida preparación en teología, filología y arte (dominio este último en que publicó diversos libros muy estimados) y en *"La época de Constantino el Grande"* (1852) describe la psicología colectiva de una época de transición y crisis. Su obra maestra ha sido *"La cultura de Italia en el Renacimiento"* (1860), sin discusión "una de las (obras) más originales de la literatura histórica" de todos los tiempos (G.P. Gooch).

Caracteriza aquella época por la diferenciación entre lo objetivo y subjetivo, el debilitamiento de la autoridad y la desintegración de la creencia. En contra de lo que sugiere su título no estudia especialmente las artes plásticas, pero acude constantemente a las fuentes literarias.

El maestro suizo está directamente entre los antecesores del historiador holandés *Johan Huizinga* (1872-1945), que llegó a enseñar en la Universidad de verano de Santander (España), y fue tempranamente difundido en lengua española. Su obra máxima es *"El otoño de la Edad Media"* (1923), en que utilizando como fuentes los cronistas medievales, recrea el ambiente de Borgoña de finales del siglo XIV y del XV, pero considerando especialmente la vida e ideales de los estamentos privilegiados de la nobleza y el clero.(3)

Si bien es cierto que la historia de las ideas se presenta mezclada con la historia como historia de la cultura (o de la civilización), casi siempre proveyendo de hipótesis o tesituras centrales, y tiene incluso comunes antecesores, como es el caso de Voltaire, en el siglo XIX se comienzan a apreciar sus primeras manifestaciones. Del punto de vista teórico deberá mucho al socialismo marxista con su concepto de "ideología", pero será en Inglaterra donde podemos anotar obras específicas como las del citado William Lecky, con sus libros *"Historia del racionalismo"* y la *"Historia de la moral europea desde Augusto hasta Carlomagno"*. Lord Acton acometió

una *"Historia de la libertad de pensamiento"* y ya en el siglo XX, el profesor *J.B. Bury* escribe un libro sobre *"La idea del progreso"*.

Los filósofos de la Historia del siglo XX, e incluso algunos destacados teóricos, como es el caso de Friedrich Meinecke, que ya hemos considerado en otra parte, aportan obras importantes en esta especialidad.

En español, la influencia de Ortega y Gasset, la obra creadora y ejemplar de José Gaos, han determinado por lo menos en la América Latina toda una importante escuela que cultiva estos temas, a menudo considerados bajo el ángulo restringido de la historia de las ideas filosóficas.(4)

A nuestro juicio el exponente más original de esta especialización en el siglo XX lo constituyó el historiador holandés, aunque escritor en lengua francesa, *Bernard Groethuysen* (1880-1946) heredero del pensamiento marxista, pero que abordó exclusivamente esta temática de la historia de las ideas. Su gran obra *"La formación de la conciencia burguesa en Francia durante el siglo XVIII"*, corresponde a su tesis de doctorado.

Habría que citar asimismo el *"Rabelais"*, de Lucien Febvre, el *"Erasmo en España"*, de Marcel Bataillon, *"La idea del descubrimiento de América"*, del mexicano Edmundo O'Gorman.

A menudo, en vez de historia de las ideas se ha hablado de *historia intelectual*, y siendo más amplia la denominación parece más adecuada para definir este campo de la Historia, especialmente teniendo en cuenta los aportes metodológicos de autores como el fundador del psicoanálisis, el médico vienés Sigmund Freud, que no ha dejado de incursionar en la historia (recuérdense sus monografías sobre Moisés y Leonardo de Vinci) y la obra del sociólogo alemán Karl Mannheim *"Ideología y utopía"* (1936).

Pero en definitiva la clásica historia de las ideas apunta a los aspectos creativos, originales, y a la personalidad de los inventores de símbolos e imágenes, cuando también es interesante a los historiadores las opiniones de las masas, las creen-

cias medias, los prejuicios, la agresividad, etc. Estos aspectos tienden a ser cubiertos por la reciente *Historia de las mentalidades* que se ha comenzado a cultivar en Francia desde hace pocos años, en parte inspirándose en la obra, a la fecha clásica, de Michel Foucault, *"La historia de la locura en la época clásica"*.

Historia económica y social

A menudo se asegura que el desarrollo de la historia económica y social es deudora de las ideas de interpretación histórica popularizadas por el marxismo, pero considerando las obras publicadas ya en el siglo XIX, habría que convenir que no son muchas las que se inspiran en el socialismo, pero que en cambio todas son deudoras del prodigioso desarrollo de las ciencias sociales, y en especial de la Economía Política y la Sociología.

Desde Leonardo Sismondi a Karl Lamprecht en el capítulo dedicado al siglo XIX hemos destacado obras que abordan este tipo de temas, pero es interesante ver cómo a fines de ese siglo se perfila esta especialización al nivel universitario, y tiene medios de expresión propios.

En particular habrían de señalarse las personalidades de *W. Roscher* (1817-1894), a quien se ha llamado "el padre de la historia económica", por sus libros *"Historia de la economía popular"* y la *"Historia de la Economía política en Alemania"*, y a los también alemanes *Friedrich List* (1789-1846) y *Karl Knies*. Por otra parte, por lo menos en el caso de Francia, la sistematización universitaria de la Sociología a cargo de Emile Durkheim, profesor de la Universidad de París, que continúa las doctrinas de Auguste Comte, pero en el cual pueden encontrarse aportes del socialismo, facilitará el desarrollo de la historia social, ya sea en el aspecto conceptual, como a través de los trabajos monográficos de sus discípulos.

No puede entonces sorprender que a fines del siglo XIX, y comienzos del actual la historia económica y social se haga

un lugar en las universidades y tenga para considerar su temática y problemas, órganos de expresión adecuados.

En 1893 *Georg von Below* (1858-1927) fundaba en Leipzig la "Zeitschrift für Sozial und Wirtschaftsgeschichte", que en 1900 se transforma en "Vierterljahrschrift", mientras que en 1908, en París, salía la "Revue d'Histoire Economique et Sociale". Para los países de lengua inglesa tenemos en 1927 "The economic History Review" de Cambridge y en Harvard al año siguiente el "Journal of Economic and Business". Mayor difusión tuvo la última de estas grandes empresas, la revista francesa de *Lucien Febvre* y *Marc Bloch* "Annales d'Histoire Economique et Sociale", de 1929, que después de la Segunda guerra mundial pasaba a llamarse "Annales-Economie-Sociétés-Civilisations" (1946).

En años más recientes han proliferado este tipo de publicaciones en países como Italia, Inglaterra, Escandinavia, Portugal, etc. En el seno del C.I.S.H. (Comité Internacional de Ciencias Históricas) los historiadores especializados en la historia económica están agrupados en una comisión, mientras que los que se interesan por la historia social acompañan a los especialistas en historia de los movimientos obreros y sociales.

En Francia se incorpora esta especialización a los estudios universitarios y esto favorece la publicación de obras originales, como la de Paul Mantoux, sobre *"La revolución industrial en Inglaterra"* (1906), la presencia del economista *François Simiand* (1873-1935), especializado en temas monetarios, *Ernest Labrousse* cuya tesis versa sobre la *"Historia de los precios y rentas en el siglo XVIII en Francia"* (1933), *Marc Bloch* (1886-1944), autor de *"Los caracteres originales de la historia rural francesa"* (1931) y más recientemente *Pierre Vilar* cuya tesis de doctorado es *"Cataluña en la España moderna. Investigaciones sobre los fundamentos económicos de las estructuras nacionales"* (1962). Aunque en Alemania esa producción no es tan sostenida y como el resto de la historiografía se ve afectada por el predominio del fascismo, en los tiempos de la República de Weimar hay un

conjunto de brillantes creadores cuyas teorías o interpretaciones se discuten mundialmente como es el caso de *Max Weber* (1864-1920), sociólogo, economista y también historiador, autor original en sus obras póstumas *"Economía y sociedad"* (1920-1921) e *"Historia social y económica"* (1924) y sus contemporáneos *Ernst Troeltsch* (1865-1923), que fue además subsecretario de Educación del Estado de Prusia y, como Weber, interesado en los orígenes del capitalismo, y también *Werner Sombart* (1863-1941), autor de *"El capitalismo moderno desde el fin de la Edad Media"* (1902, y 1921-1928). En verdad, estos autores no desdeñan utilizar simultáneamente a la historia económica, la historia de las ideas o la historia intelectual para dar una explicación inteligible sobre la época que consideran, y en especial sobre el surgimiento del hombre burgués y el régimen capitalista en Europa Occidental.

Historia de los movimientos obreros y sociales

La historia de los movimientos obreros y sociales comienza por ser cultivada en el seno de la corriente socialista, pero ya en el siglo XIX se distingue como una especialización académica, en buena parte impulsada por los progresos de la sociología y la demografía histórica.

En Francia el profesor *Emile Levasseur* (1828-1867) con su *"Historia de las clases obreras en Francia"* (1859-1867) es un precursor en una línea que llega en Alemania a *Ernst Bloch,* al estudiar los movimientos social-religiosos de la Reforma (*"El espíritu de la utopía"*, 1918-1923 y *"La esperanza como principio"*, 1959).

Pero será en el siglo XX, respaldada por el ascenso de los mismos movimientos obreros y sociales, y también por la difusión de los estudios sociológicos, demográficos y económicos y el avance de la erudición aplicada ahora no solamente a la historia de los Estados, que avanzará esta especialidad historiográfica.

De obligada mención (porque une la historia social con la historia intelectual y es un destacado exponente del aporte del socialismo a esta problemática) es el húngaro de lengua alemana *Georg Lukács* (1885-1970), que en 1923 publica *"Historia y conciencia de clase"*, aunque posteriormente cultiva la historia de la literatura y de las ideas con obras tan notables como *"La novela realista"* o *"El asalto a la razón"*.

El anarquismo proveyó un erudito, el austríaco *Max Nettlau,* (1865-1944) "el Herodoto de la anarquía" (Rudolf Rocker), autor de obras gigantescas como la *"Vida de Bakunin"* (en cinco volúmenes, de los cuales sólo conocemos fragmentos) y la *"Historia del anarquismo"*, (10 vols.) del que se han publicado resúmenes y algunos capítulos y libros.

Corresponderá al alemán *Max Beer,* que fue corresponsal muchos años en Londres del periódico socialista "Vorwarts" de Berlín, intentar la primera obra general sobre el tema con su *"Historia general del socialismo y de las luchas sociales"* (1924).

En los años recientes el profesor inglés G.D.H. Cole presentará su obra en siete volúmenes, *"Una historia del pensamiento socialista"* (1957) y todavía más recientemente el profesor Jacques Droz, de la Universidad de París, dirige la obra colectiva *"Historia del socialismo"* (1974-1978), en cuatro grandes volúmenes, que en cierto sentido viene a sustituir la suscripta por Edouard Dolléans, *"Historia del movimiento obrero de 1830 a nuestros días"*, que publicó en París 1948-1953.

Dolléans, conjuntamente con Michel Crozier dirigió la serie bibliográfica-cronológica *"Movimientos obreros y sociales"*, que a partir de 1953 y con el auspicio del Institut Français d'Histoire Sociale abordaron los antecedentes históricos de Francia, Inglaterra, España, Italia, los Estados Unidos y América Latina.

En ese mismo año de 1953 se creó en París la llamada *Comisión de Historia de los Movimientos Sociales,* que integró como organismo técnico especializado el C.I.S.H. organizando, en el seno de los congresos internacionales de historia-

dores, investigaciones colectivas sobre temas como la Primera Internacional; los movimientos obreros en las luchas de liberación nacional, el movimiento obrero en la crisis de 1929, etc. En esta comisión participaron activamente el Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam (la biblioteca y archivo más importante para estos temas de Europa Occidental), el Instituto Feltrinelli de Milán, el archivo de los sindicatos suecos, y otras instituciones similares, junto a personalidades de estudiosos. Después de estar presidido por *Georges Bourgin,* (historiador de la Comuna de París), en el congreso de Estocolmo de 1960, y ahora bajo la presidencia de Ernest Labrousse, ampliando su área de estudio, la entidad pasó a denominarse *Comisión de Historia de los Movimientos Sociales y de las Estructuras Sociales,* siempre con sede en París. En la misma se integran personalidades como el profesor japonés *Kohachiro Takahaski* (especialista en el tránsito del feudalismo al capitalismo), el mexicano *Silvio Zavala* y el ruso *Vladimir Trujanovsky,* lo que da una idea de la extensión y frondosidad de sus contactos internacionales.

Historia de las revoluciones, guerras y crisis

Por su misma definición la Historia se interesa particularmente por los períodos más dinámicos del pasado, y ante todo por los aspectos conflictivos como son por ejemplo las crisis, guerras y revoluciones. Esto ya se aprecia en la antigua Grecia con Heródoto, Tucídides y Polibio, y en Roma con Julio César y Salustio, pero será especialmente en el "siglo de la Historia" cuando aparecen en mayor número libros de estudios alusivos. Así, en Francia desde 1830 en adelante, los libros polémicos dedicados a la Revolución Francesa de 1789 (a los que suman el alemán Sybel y el inglés Carlyle). La Universidad de París, precozmente y por iniciativa de la administración comunal de la ciudad, en 1886 creó una cátedra de "Historia de la Revolución Francesa", que inició el profesor

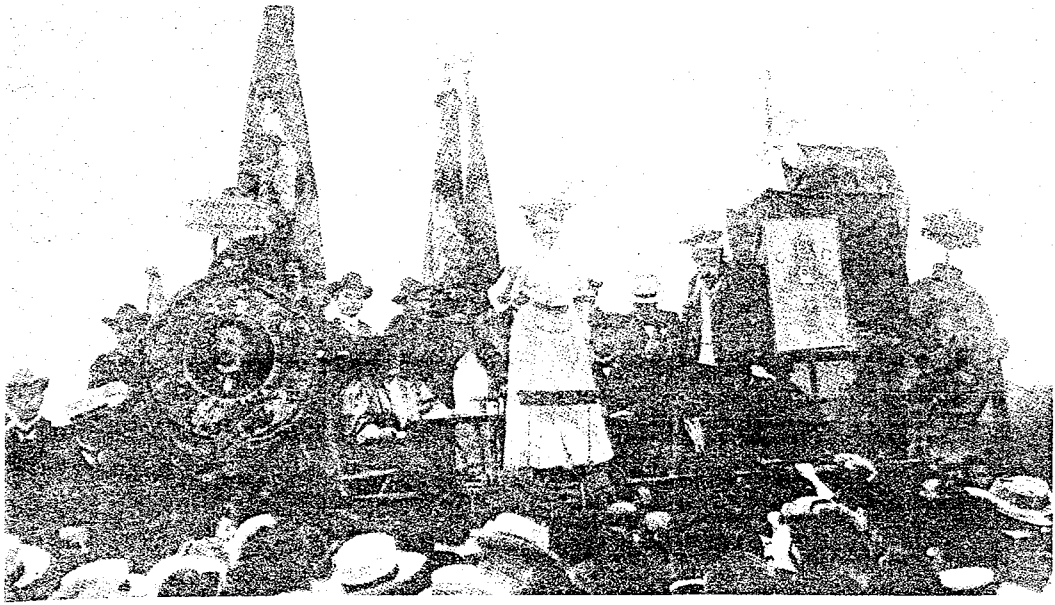
Aulard. En el siglo XX tendrá personalidades tan destacables como *Albert Mathiez* (1874-1932), *Georges Lefébvre* (1874-1959) y *Albert Soboul*, su actual titular.

Mathiez, que admiraba la contemporánea Revolución Rusa, favoreció especialmente el estudio de Robespierre y del jacobismo, como resulta de su gran obra *"La revolución Francesa"* (4 volúmenes entre 1922 y 1930),(5) sucediéndole Lefebvre, que publicó en 1932 su tesis sobre *"El gran miedo en la Revolución Francesa"*. Esta línea llega a nuestros días con Soboul, que ha estudiado temas como *Los sans-culottes del año II"* (su tesis de doctorado).

Temas particulares, como es el caso del jacobinismo, la *Vendée, o la historia local, han merecido la fundación de* sociedades especilizadas, que celebra reuniones, hacen publicaciones y promueven ediciones.

Lo mismo ha pasado con la Revolución rusa de 1917 —base recordar al gran historiador inglés E.H. Carr y su *"Historia de la Rusia Soviética"* (1950)— o en América con las Revoluciones Independentistas tanto en los EE.UU., para la de 1776, como en América Latina para el proceso de 1790 a 1824. Ciertos conflictos internos sin embargo han merecido un mayor interés por parte de los historiadores que las mismas y famosas revoluciones de la Epoca Contemporánea, y ese es el caso de la guerra civil española de 1936-1939, que según algunas estimaciones ya ha suscitado más de treinta mil publicaciones, si hemos de atenernos a las estimaciones bibliográficas de Juan García Durán.

En cuanto a las guerras internacionales, y sin perjuicio de las muchas obras que venimos citando que se ocupan de famosos conflictos del pasado (por ej. la Guerra de los Cien Años, la guerra de Troya, o las guerras napoleónicas), es interesante consignar que la hondura de las llamadas Guerras Mundiales de 1914-1918 y 1939-1945 favoreció, desde su misma iniciación, un estudio sistemático. Es ejemplar el Instituto creado por el gobierno francés y que dirigiera el profesor *Pierre Renouvin*, experto en historia de las relaciones in-



Rosa Luxemburgo habla en un congreso socialista (1907).

ternacionales, cuya biblioteca y archivo se hospeda en el castillo de Vincennes en la capital francesa.

Lo mismo ha sucedido en el episodio de la "resistencia" antifascista durante la dominación nazi de Europa, y hay actualmente institutos de estudio ejemplares en países como Italia y Yugoslavia, aparte de los centros de los países del Este.

En la República Democrática Alemana, la cátedra de historia de Leipzig, que honrará en su tiempo Karl Lamprecht, ha hecho numerosas publicaciones sobre el estudio comparativo de las grandes revoluciones y algunos de esos trabajos se han publicado en la "Zeitschrift für Geschichtswissenschaft" de la Universidad Humbolt de Berlín Este, bajo la dirección de los profesores *Manfred Markov* y *Friedrich Kossok*.

El concepto de crisis es muy típico de los historiadores, y se usa y, diríamos, que se abusa en su utilización, pero limitado a los casos de crisis económicas. Teniendo en cuenta aquellas que por su importancia tienen relevantes consecuencias no sólo económicas, sino políticas, sociales y culturales, mucho se escribe en el siglo XX sobre el tema, tal vez bajo el

estímulo del conocimiento directo del "Crack" de 1929 en la Bolsa de New York.

Aparte de Pitirim Sorokin han hecho aportes interesantes a estos temas los profesores Crane Brinton, autor de *"Anatomía de las revoluciones"* (1940); sobre las "revoluciones" latinoamericanas, la obra de Edwin Lieuwin, en *"Generales versus presidentes. Neomilitarismo en América Latina"* (1964) y el estudio de *Walter Laqueur* sobre *"El terrorismo"* (1977).

Filósofos y teóricos de la Historia en el siglo XX

Como género historiográfico la llamada filosofía de la Historia parecería haberse agotado, cuando a mediados del siglo XIX da a luz la Sociología y al tiempo la Historia se define como género científico.

Sin embargo, en el siglo XX hay autores que concitaron el interés de los lectores, aunque en definitiva son anacrónicos filósofos de la Historia, como el alemán *Oswald Spengler* (1880-1936), el español *José Ortega y Gasset (1883-1955),* de tanta resonancia en España y citado en el extranjero como una de sus escasas contribuciones al pensamiento historiográfico internacional, y el italiano *Benedetto Croce* (1896-1952). También hay sociólogos, que (como en su tiempo hicieron aquellos fundadores de la Sociología que se llamaron *Augusto Comte* y *Carlos Marx*), vuelven a incluir el pasado histórico en sus trabajos como es el caso de *Pitirim Sorokin* (1889-1968), ruso-finés establecido en los EE.UU. Asimismo tenemos teóricos de la Historia, que aparte de los problemas prácticos o aplicados de la historiografía, consideran problemas teóricos, como es el caso del alemán *Friedrich Meinecke* (1862-1954), y el del difícilmente clasificable *Arnold Toynbee* (1899-1975), el más leído de los historiadores del siglo XX, no solamente en su patria Inglaterra, sino también en las distintas lenguas a que se ha traducido su *"Estudio de la Historia"*.

La gran expansión del marxismo no podía de dejar de consignarse en este capítulo, y deben anotarse autores originales como el ruso *M.N. Prokovsky* (1868-1932).

Spengler, cuyas obras introdujo en España y países hispanohablantes la "Revista de Occidente", de Madrid, no fue justamente un académico. Era Licenciado en Ciencias Naturales, docente en institutos de señoritas, y en 1918 saltó a la fama al publicar *"La decadencia de Occidente"*, obra tan admirada como discutida, y en la que el público alemán vio una expresión del mundo de frustración y fracaso de la derrota de la Primera Guerra Mundial. En años posteriores aparecieron obras menores como *"Prusianismo y socialismo"* (1919), *"El hombre y la técnica"* (1931), y en 1936, *"Años decisivos"*, en las que se aprecia su adhesión al nacional-socialismo.

Este autor que se consideraba a sí mismo "el primero y último de los historiadores universales y profeta político al mismo tiempo", retoma la vieja filosofía de la Historia Alemana (Herder, Goethe), el racismo y la reciente literatura nietzscheana, para sostener en *"La decadencia de Occidente"* que la civilización europea occidental está viviendo su "invierno" fatal, época de generales victoriosos, filósofos escépticos y crisis moral.

El catedrático de Metafísica de la Universidad de Madrid, profuso publicista y ocasional político liberal republicano, que fue José Ortega y Gasset, se formó intelectualmente en la Alemania weimeriana, de cuyos escritores fue traductor y editor en castellano.

Sobre temas históricos dejó publicadas obras como *"La Historia como sistema"* (1936) y *"Del Imperio romano"* (1941), volumen en que reunió los artículos publicados el año anterior en el diario "La Nación" de Buenos Aires. Su ya famosa obra *"España invertebrada"* (1921) se subtitulaba *"Bosquejo de algunos pensamientos históricos"*, pero ante todo reunió sus opiniones filosóficas sobre el tema de la unidad y diversidad hispánicas.

En definitiva, su influencia no pudo ejercerse directamente, por cuanto la publicación de las citadas obras coincide

con la guerra civil y el exilio, pero finalmente se traducirán en España especialmente a través de sus discípulos *Julián Marías*, cultivador de la historia de la filosofía, y del tratadista de la teoría de la Historia, e historiador de las ideas, *Juan Antonio Maravall*.

Por su parte, el filósofo napolitano *Benedetto Croce*, que se autodefine como neo-hegeliano, que tuvo un papel destacado en el antifascismo en los años de la dictadura mussoliniana, frecuentó la historiografía en obras como *"Historia de Europa en el siglo XIX"*, *"La filosofía de Giambattista Vico"*, *"Teoría e Historia de la historiografía"* (1916) y ante todo *"La historia como pensamiento y como acción"* (1938), traducido al español por Enrique Diez Canedo con el título de *"La historia como hazaña de la libertad"* (1942). En esta obra, llevado por su concepción historicista, llega a proclamar que no hay otra realidad fuera de la historia ni otro conocimiento posible fuera del histórico.

Sorokin fue, además de profesor de la Universidad de Petersburgo, miembro del gobierno socialista ruso de Kerenski, y al triunfar los comunistas se expatrió convirtiéndose en 1930 en decano del Departamento de Sociología de la Universidad norteamericana de Harvard. La mayor parte de su obra está en inglés, y en 1942 publica *"Crisis de nuestra era"*, que en cierta medida continúa con *"Filosofías sociales de una edad de crisis"* (1950), obras que no son estrictamente sociológicas, sino de filosofía social, o si se quiere de filosofía de la Historia, retomando las actitudes metodológicas de los fundadores de la ciencia social en el siglo XIX.

Meinecke dejó una obra tan original como diversa. Como historiador está en la línea de sus ideales maestros Leopoldo Ranke y Jacobo Burkhardt, en obras importantísimas como *"Idea de la razón de Estado"* (1924) y *"Génesis del historicismo"* (1936), en la difícil especialidad de la historia de las ideas. Pero sus conocimientos teóricos y epistemológicos (fue también discípulo del filósofo Guillermo Dilthey), aparte de ser contemporáneo de Max Weber y Ernst Troelsch) se aprecian en obras como *"Ciudadanía universal y Estado nacio-*

nal" (1919), *"Casualidades y valores"* (1925) y *"La catástrofe alemana"* (1946). Consideraba "osados dilettantes" a Spengler, Werner Sombart, Lamprecht y hasta a Federico Nietzsche, e hizo nuevos aportes a los asuntos teóricos y metodológicos de la Historiografía. Resistente ante el nazismo como su amigo y contemporáneo Benedetto Croce, le corresponderá ser rector de la Universidad Libre de Berlín Oeste en 1948.

Toynbee, al contrario de Spengler al que tantas veces se le ha comparado, tuvo sólida preparación técnica y desempeñó una brillante carrera académica. Educado en el Balliol College de Oxford, desde 1919 enseñó en la Universidad de Londres Historia y Literatura Bizantinas, pero a partir de 1925 se convirtió en "un polihistoriador y científico político" al aceptar la cátedra de Historia Internacional y el cargo de director de investigaciones del Real Instituto de Asuntos Internacionales, también de Londres. En su *survey* anual hasta 1946, constan sus colaboraciones, pero ante todo entre 1934 y 1954 publica los diez volúmenes del *"Estudio de la historia"*, que serán un verdadero *best seller*, que supera en Inglaterra a la misma literatura de ficción.

Aunque Toynbee reconoce la impresión que le produjo *"La decadencia de Occidente"*, y su obra parece retomar el tema de la comparación entre las civilizaciones, sus ideas generales son muy distintas, pues es cristiano y socialista, utiliza fuentes primarias y eruditas, y llega a conclusiones muy distintas. La historia universal se resume hasta ahora en el nacimiento, apogeo y decadencia de veintiuna civilizaciones (la mayoría asiáticas, aunque hay en América la incaica y la maya-azteca, y en Europa la helénica, la cristiana oriental y la cristiana occidental). La crisis final de nuestra civilización puede evitarse en la medida que se vuelva a la religiòn y se superen los "estados tribales" en una experiencia internacional pacífica.

Con la instalación del primer Estado socialista de la historia y de la reactivación del marxismo revolucionario en la

Qué es la historia

"La Historia no ha sido escrita una vez para siempre, pues ella no está hecha de materia muerta ni fijada una vez para siempre. Al contrario ha estado en perpetua gestación, y todavía ella lo es, y lo será mañana como ayer, que ella evoluciona con la civilización de los hombres y de los acontecimientos que marcan su existencia y que a menudo los instruyen".

GEORGES LEFEBVRE

"Estudiar al historiador antes de estudiar los hechos.
"Mi primera contestación a la pregunta de qué es la Historia será pues la siguiente: un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado".

E.H. CARR

URSS, se plantearon en forma abundante los problemas historiográficos.

El caso de una historiografía marxista-leninista, auspiciada por un Estado poderoso en pleno proceso industrializador, lo ilustra la personalidad y la obra de *Mijail Nicolaiech Pokrovsky*. Ya en 1910-1943, este especialista en la historia medieval había publicado en el exilio la obra en cinco volúmenes *"Historia de Rusia desde los tiempos primitivos"*, en que se declaraba marxista. Triunfante la revolución de octubre, su manual *"Bosquejo de historia de la cultura rusa"* será declarado de uso obligatorio en la Unión Soviética, y su autor será —junto a Lunacharsky— responsable del Comisariado de Cultura del Pueblo. Entre sus realizaciones está la fundación de la Sección Histórica de la Academia de las Ciencias de la Unión Soviética y la reorganización de los archivos históricos de la URSS. Deutscher lo califica de "historiador estaliniano ortodoxo", decisivo en la formación de la nueva historiografía rusa, y por extensión en el ambiente intelectual patrocinado por el comunismo internacional.

La heterodoxia de los "marxismos" en años más recientes han multiplicado contradictorios teóricos e historiadores en diversos países.

Las grandes empresas editoriales

La combinación de un extenso público lector al que ingresan las capas medias, con los recursos técnicos de las industrias gráficas modernas, y la concentración de estudiosos en las universidades europeas, da como resultado la edición de obras monumentales, a menudo redactadas por verdaderos equipos de historiadores.

Será en el siglo XIX, primero en Alemania, donde se edita la *"Allgemeine Geschichte in Einzeldarstellungen"*, bajo la dirección de *Guillermo Oncken* (1838-1905), que se publicó entre 1879 y 1893 en cuarenta y cinco volúmenes. Una empresa similar llevó adelante el también liberal italiano *Ce-*

sare Cantú (1804-1895), con su *"Storia universale"*, de 35 volúmenes, editada entre 1838 y 1846, pero con la particularidad de que es de su exclusiva autoría.

En Francia los profesores de la Sorbona *E. Lavisse* y *A. Rambaud,* entre 1893 y 1901 editaron una *"Histoire Générale"* en 12 volúmenes, pero ninguna se hizo tan famosa en los ambientes cultos, como la serie inglesa que dirigió el profesor de Historia Moderna de la Universidad de Cambridge, *Lord Acton* (1834-1902), con el título de *"Cambridge histories"* (con series para Antigua, Medieval y Moderna), redactadas por capítulos por los docentes de la citada universidad. Su rival, la Universidad de Oxford, bajo la dirección de *Sir George Clark,* en 1934 comenzará la publicación de una también famosa *"Oxford History of England"*.

Esta última ya corresponde al siglo XX, donde a partir de 1920 este tipo de obras tiene mucha aceptación, destacándose los franceses con la figura de *Henri Berr,* y su serie "La evolución de la Humanidad", obras sintéticas de tipo introductorio, con abundante bibliografía y a cargo de las primeras figuras de la historiografía francesa, e incluso respaldadas por una revista especializada. La *"Histoire générale"* paralelamente la vuelve a intentar editar el helenista *Gustave Glotz.*

Este tipo de empresas llega a nuestros días ya sea por la reedición (y actualización) de las viejas series, como es el caso de las publicadas por Cambridge, Oxford, L'Evolution de l'Humanité, etc., en que sustituyen autores, o se actualizan viejos textos, pero manteniendo la arquitectura global de las series, ya por la edición de nuevas colecciones.

Así la alemana de Wilhem Goetz y reeditada por Golo Mann, *(Propileos)* (traducida al español), las soviéticas que responden a las nuevas directivas marxistas rusas, las abundantes series norteamericanas y, ante todo, las colecciones a nivel nacional en las que cabe destacar para España la dirigida por Ramón Menéndez y Pidal, actualmente reeditada por el profesor José María Jover.

En el siglo XX, y por lo menos en los países capitalistas

Los recursos técnicos de las industrias gráficas modernas, y la concentración de estudiosos en las universidades europeas, da como resultado la edición de obras monumentales.

más importantes, a menudo estas series son promovidas y financiadas por las grandes editoriales comerciales, que apuntan a un público extenso. Así, en Alemania Daumnitz y Fischer; en Francia P.U.F. y Colin; en España Salvat y Espasa-Calpe; etc.

Una de las novedades típicas de nuestros tiempos es la acrecentada participación en estas actividades de los gobiernos, a través de los organismos internacionales. La iniciativa en América partirá de la Organización de Estados Americanos (O.E.A.) que por medio de su organismo ejecutivo, la Unión Panamericana, promueve el llamado Instituto Panamericano de Historia y Geografía que, con abundantes fondos, alienta numerosas actividades tendientes al acercamiento entre historiadores norteamericanos y latinoamericanos y la concentración de actividades comunes. Con sede primero en México y después en Caracas, se hacen diversas reuniones, publicaciones técnicas y profesionales, siempre controladas

por los gobiernos adheridos a la O.E.A., y en última instancia favorables a los planes yanquis.

La UNESCO, desde París, al organizarse las Naciones Unidas, en algún sentido retoma esa iniciativa pero en un plano más técnico e independiente, como lo demuestra la edición de su *"Historia del desarrollo científico y cultura de la Humanidad"*. Ha sido una empresa verdaderamente internacional, por haber participado en ella una cincuentena de historiadores de varios países del mundo, por haber compartido la dirección de los 10 volúmenes especialistas muy reputados, y ante todo porque a través de sus reuniones de trabajo y la publicación de la revista "Cahiers d'Histoire Mondiale" se ha hecho la correspondiente discusión de los materiales aportados.

Posteriormente, la UNESCO ha emprendido una *"Historia de Africa"*, sumando la participación de los mismos historiadores africanos a la de especialistas de otros países.

Las revistas y asociaciones de historiadores

Actualmente no son solamente las universidades, las oficinas especializadas de los gobiernos, los partidos y otros centros ideológicos como las Iglesias, los interesados en promover (y controlar) los estudios históricos. Nos hemos referido en otra parte a las editoriales, en que los empresarios en virtud de la demanda del gran público culto, organizan ediciones en forma de colecciones, a veces al alcance de las capas populares, pero ya en el siglo XIX comenzaron a editarse revistas técnicas especializadas, utilísimas en primer término para conocer las novedades bibliográficas y las noticias sobre los avances de la investigación científica. Estas publicaciones en principio representan los distintos países y escuelas históricas, y así debemos inventariarlas.

En Alemania será Sybel el fundador de la "Historische Zeitschrift" (1857); en Francia Gabriel Monod funda en 1876 la "Revue Historique", que existe todavía; en Inglaterra la "English Historical Review" en 1886, siguiendo el modelo

de las anteriores y bajo la dirección de Lord Acton. En Italia la iniciativa es incluso anterior y está a cargo del historiador *Gino Capponi,* que edita en 1841 el "Archivo Storico Italiano".

Simultáneamente, tendieron a agruparse los historiadores en entidades profesionales de las cuales dio el modelo Alemania con la *Comisión Histórica,* que bajo la presidencia de Ranke se instaló en 1842, después de que fracasara su "Revista histórico-política" (1832-1836).

A pesar de las rivalidades promovidas por el nacionalismo, este tipo de entidades inició contactos y relaciones regulares que finalmente llegaron al nivel europeo, aunque con participación norteamericana, cuando en el año 1926 y en la sede del Ateneo de Ginebra de la ciudad suiza, se constituía el *Comité Internacional de Ciencias Históricas,* C.I.S.H. de acuerdo a la sigla en lengua francesa.

Esta entidad ha coordinado tareas de investigación a nivel mundial, promovido el encuentro y directo conocimiento de los historiadores entre sí, y favorecido medidas tendientes a facilitar los estudios históricos ante todo en Europa y la América del Norte. De su acción entre 1926 y 1939 cabe destacar la realización de los primeros ocho congresos mundiales de profesionales, cumplidos en diferentes ciudades europeas. La Segunda guerra mundial suspendió sus actividades, que se reanudaron en 1946, y que le permitieron tres años más tarde integrarse con otras cinco organizaciones internacionales de humanistas en el llamado *Consejo Internacional de la Filosofía y de las Ciencias Humanas* (C.I.P.S.H.).

Finalmente, en 1950 se reanudaron (y ahora con sede en París) los congresos internacionales estableciéndose que se cumplirían cada cinco años. El Décimo Congreso Internacional de Ciencias Históricas se celebró en la ciudad de Roma y tuvo el interés de que en él se incorporaron los historiadores de los países comunistas, y en el siguiente (que correspondió a Estocolmo en 1960) los representantes de países del Tercer Mundo. En Viena, en 1965, las delegaciones de los Estados Unidos y la Unión Soviética impusieron el criterio de estable-

cer la sede de estos congresos en forma alternada en América y el este de Europa, y así hemos tenido el XIII Congreso en Moscú, el XIV en San Francisco y en 1980 el XV en la ciudad rumana de Bucarest. De la importancia de estas reuniones da una idea el hecho de que al congreso de Roma asistieron mil quinientos delegados, mientras que en Bucarest eran dos mil quinientos. En cuanto a los países representados, que en París eran exclusivamente los de Europa Occidental, en 1980 ya eran sesenta, aunque es de anotar que —carente de mayores recursos— sigue siendo una reunión en que escasean los historiadores del Tercer Mundo. De América Latina han estado representados en forma regular solamente Argentina, Brasil, México, Uruguay y Cuba. Aparte del congreso, las comisiones nacionales y el secretario general (que tiene su sede en París) el C.I.S.H. coordina las tareas de institutos, federaciones, comisiones y asociaciones de especialistas. Allí se encuentran junto a antiguas especializaciones (historia eclesiástica, historia de las instituciones, numismática, onomástica, estudios renacentistas, etc.) las nuevas orientaciones típicas del siglo XX, como la historia económica, la historia de los movimientos obreros y sociales, la historia de las universidades, etc.

Todas estas entidades editan una masa considerable de trabajos, informes e investigaciones, y en particular —siempre con los auspicios de la UNESCO— la gran *"Bibliografía Internacional de Ciencias Históricas"*. Otra novedad interesante del siglo XX ha sido la presencia de los organismos internacionales dependientes de las Naciones Unidas en el campo de las investigaciones históricas, ya sea en forma indirecta a través del patrocinio de las actividades del CISH, ya coordinando y organizando reuniones internacionales o a través de la edición de publicaciones especializadas, entre las que se cuentan en fechas recientes las dedicadas a la historia universal, y a la historia de Africa *("Cuadernos de Historia Universal")* La Organización de Estados Americanos, financia y edita la "Revista de Historia de América" en la ciudad de México.

También, muy típico de nuestros tiempos, es el florecimiento de numerosísimas asociaciones de historiadores, según sus especializaciones, países o regiones. A niveles continentales merece destacarse el esfuerzo cumplido en América Latina a partir de 1974 cuando en México se produjo el *Primer Encuentro de Historiadores Latinoamericanos,* y se creó la *Asociación de Historiadores de América Latina y del Caribe,* que en 1977 organizó el Segundo Encuentro, esta vez en la ciudad de Caracas con la participación de unos cuatrocientos cultores de la Historia.

Otro fenómeno muy típico de la segunda mitad del siglo XX son las revistas de gran tiraje y de divulgación histórica, dedicadas a los jóvenes estudiantes y al público en general, donde a menudo incluso grandes historiadores dan a conocer sus conclusiones o difunden sus preocupaciones, pero sin el aparato erudito propio de las revistas técnicas especializadas.

El nivel intelectual en estas publicaciones no siempre es significativo, pero no faltan aquellas que poseen una orientación más definida, o están a cargo de especialistas originales, como es el caso de "Past and Present" la revista londinense donde se lee a *Eric Hobsbawm (el autor de "Rebeldes primitivos",* 1959), *George Frederick Elliott Rudé ("La muchedumbre en la historia",* 1958) y *Edward Thompson* (autor de la serie *"La formación histórica de la clase obrera inglesa", 1963).*(6)

Escuelas y autoridades del siglo XX

Como antes señalábamos, es difícil aludir en un texto breve a todas y cada una de las escuelas, tendencias o autores de la historiografía contemporánea. Pero fuera de las especializaciones específicas a que hemos aludido, merecerían recordarse autores como el belga *Henri Pirenne* (1862-1935), autor de la destacable obra *"Las antiguas democracias de los*

Países Bajos", y de numerosos libros para el estudiantado universitario.

Aparte del citado Mommsen, solamente otra vez en el siglo XX la Academia sueca honró a un historiador en la persona del conocido político inglés *Winston Churchill* (1874-1965), autor —aparte de sus valiosas memorias de guerra— de una *"Historia de los pueblos de lengua inglesa"*.

A nivel nacional debe destacarse el auge de la plural escuela historiográfica italiana, donde aparte del citado Benedetto Croce y su maestro, el historiador de la literatura *Francesco De Sanctis* (1817-1883), y ya vinculados con la censura determinada por la dictadura fascista, hay autores de la talla de *Antonio Gramsci* (1891-1937), *Federico Chabod, Gaetano Salvemini, Luigi Salvatorelli* o *Carlo Cipolla* (nacido en 1922).

Gramsci no es un historiador, pero sus conocidos *"Cuadernos de la Cárcel"* (1948-1951) renovaron el marxismo italiano reivindicando su carácter historicista. Chabod pertenece a la tradición liberal, emparentada con Croce y De Sanctis, y su obra más importante es la *"Historia de la idea de Europa"* (1961). Pocos maestros han dejado una impronta tan decisiva como Salvemini, parte de cuya vida como antifascista transcurrió en los EE.UU. Salvatorelli recupera el clásico tema italiano del siglo XIX con su obra *"Pensamiento y acción del Risorgimento"* (1963) y Cipolla es un historiador de la economía, desde 1957 docente también en los EE.UU.

Efectivamente, los Estados Unidos se han enriquecido, a partir de 1930 de la llegada de estudiosos de Europa y América Latina, y con el respaldo de bien dotadas instituciones (universidades, bibliotecas, archivos, fundaciones y centros científicos) han amparado un movimiento historiográfico importante.

En este siglo hay autores como *Charles Beard* (1874-1948), autor de obras como *"Interpretación económica de la constitución americana"* (1913) y *"El ascenso de la civilización americana"*; *Vernon L. Parrington* (1871-1929), con su libro *"Grandes corrientes del pensamiento americano"*

Contra el fetiche de los documentos

El descubrimiento masivo del documento ha hecho creer al historiador que en la autenticidad documental estaba contenida toda la verdad. "Basta —escribía muy recientemente aún Louis Halphen— con dejarse llevar en cierta manera por los documentos, leídos uno tras otro, tal y como se nos ofrecen, para asistir a la reconstitución automática de la cadena de los hechos. Este ideal, "la historia incipiente", culmina hacia finales del siglo XIX en una crónica de nuevo estilo que, en su prurito de exactitud, sigue paso a paso la historia de los acontecimientos, tal y como se desprende de la correspondencia de los embajadores o de los debates parlamentarios. Los historiadores del siglo XVIII y de principios del XIX habían sido mucho más sensibles a las perspectivas de la larga duración, la cual sólo los grandes espíritus como Michelet, Ranke, Jacobo Burckhardt o Fustel supieron redescubrir más tarde. Si se acepta que esta superación del tiempo corto ha supuesto el mayor enriquecimiento —al ser el menos común— de la historiografía de los últimos cien años, se comprenderá la eminente función que han desempeñado tanto la historia de las instituciones como la de las religiones y la de las civilizaciones, y, gracias a la arqueología que necesita grandes espacios cronológicos, la función de vanguardia de los estudios consagrados a la antigüedad clásica. Fueron ellos quienes, ayer, salvaron nuestro oficio.

FERNAND BRAUDEL

(1927), y también investigadores de temas originales como *Richard Hofstader* (1916-1970) autor de una *"Historia del anti-intelectualismo en la vida americana"* (1963) y antes del *"Darwinismo social en el pensamiento americano"* y *Lynn T. White* (nacido en 1907), estudioso de la tecnología medieval europea.

Mayoritariamente los historiadores norteamericanos se ocupan del pasado de su pueblo, pero en el siglo XX no faltan quienes evoquen sus lazos con Europa como el especialista de las migraciones *Oscar Handlin*, autor de *"los desarraigados"* (1951) y *Robert R. Palmer* (nacido en 1909), que entre 1959 y 1964 publicó en dos volúmenes *"La edad de la revolución democrática: una historia política de Europa y América, 1760-1800"*, muy vinculada con la escuela francesa.

De la misma Francia, a que nos hemos referido tantas veces, corresponde destacar a los grandes hispanistas, aparte de Pierre Vilar que ya citamos. Pensamos en *Fernand Braudel*, que en 1949 publicó *"El Mediterráneo y el mundo medieval en la época de Felipe II"*; *Jean Sarrailh*, autor de una monografía sobre el siglo XVIII español; y a *Marcel Bataillon*, cuya tesis sobre *"Erasmo y España"* hizo época, y su discípulo *Noel Salomon*, que se destacará en la historia literaria española y latinoamericana.

La historiografía Española y Lusitana de la crónica indiana a la historiografía latinoamericana

La historiografía ibérica, así como la iberoamericana, no corresponde considerarla en los mismos términos que la historiografía general o universal.

Naturalmente que se inscribe, como las demás formas del Conocimiento, en los parámetros generales propios de la Cultura Europea Occidental, y en ese sentido razón tienen quienes, como Sánchez Alonso, inician su estudio tratando ya de Heródoto de Halicarnaso. Es cierto que la historiografía Antigua (griega o romana), no solamente es un directo antecedente, y en ocasiones incluso ciertos autores se refieren incidentalmente a temas del pasado ibérico, sino que se encuentran entre los elementos que condicionan la cultura romana provincial de la Tarraconense y la Lusitania, y después de los reinos romano-bárbaros de la Alta Edad Media, incluyendo el cristianismo primitivo.

Cuando surgen las lenguas romances, y más tarde se expresan en ella los cronistas, también habría que reconocer otras influencias como la de la cultura musulmana, sin omitir a los judíos sefarditas.

Su primera madurez estará vinculada a la influencia de la Italia del Humanismo y del Renacimiento, y en alguna manera de ahí en adelante España y Portugal hicieron suyos los progresos de la historiografía universal hasta nuestros días. Pero todo esto no puede significar que la línea maestra de la Historiografía universal, y la medida que con ella aplicamos la repetimos con españoles y lusitanos, y más tarde con lati-

noamericanos, pues los autores de esos pueblos nos son más directamente cercanos, tienen como sujeto de sus trabajos casi siempre nuestro pasado, y es a través de ellos que se reflejan a menudo los avances de la historiografía extranjera. En otras palabras, aquí la óptica debe ser distinta, y más amplia, incluso para tener en cuenta las culturas cuantitativamente menores como las catalana, gallega y vasca.

Procediendo de este modo es fácil, sin embargo, caer en el triunfalismo provinciano, y la fácil alabanza indiscriminada, cuando por el contrario el mejor servicio que puede prestarse a la historiografía es reconocer lo magro de nuestro aporte, las limitaciones que resultan objetivamente de las condiciones políticas, ideológicas y hasta económicas en que han vivido (y viven) nuestros pueblos, y el carácter periférico, marginal y a menudo imitativo que en esta materia, como en otras, nos ha tocado durante mucho tiempo.

Otro aspecto que interesa destacar es el deficiente conocimiento que este mundo (que comenzó en un rincón de Castilla o de la marca de Barcelona, y que ha terminado por ser la forma de expresión de unos cuatrocientos millones de seres), tiene de sí mismo. En principio, los lusitanos y los españoles se ignoran mutuamente y con más razón, por mediar el océano, los europeos desconocen a los americanos y estos no se interesan por los historiadores ibéricos, por considerarlos poco justificada moneda corriente, también en materia de historiografía, cuando, sin embargo, no faltan valores originales que se expresan en las lenguas ibéricas, a menudo las más indicadas cuando de la historia local, nacional o regional se trata.

Esto es grave, en cuanto denuncia que nuestra común conciencia histórica es no sólo magra sino que además es incluso deficiente.

La historiografía musulmana y sefardita

Nos interesa especialmente no sólo por la importancia histórica de la cultura árabe, sino por su vinculación con España, a través de Al-Andalus (es decir la implantación musulmana en la península ibérica entre los años 711 y 1492, que se extiende todavía con los moriscos), cuya significación resulta de las obras originales que aporta, y en especial en las bellas artes, la filosofía, las ciencias, la religión, etc.

En las cortes califales de Córdoba y de los reinos taifas de Toledo, Sevilla, Valencia, Granada hay hombres de letras que escriben en árabe, que aparte de poetas, filósofos, teólogos o viajeros suelen ser cronistas oficiales.

La edad de oro de la historiografía hispano-árabe se establece en la segunda mitad del siglo XI, no solamente en crónicas, sino asimismo en diccionarios biobibliográficos, libros de viajes, apologías, enciclopedias, anales, historias de sucesos particulares, etc.

Se destacan el cordobés *Aben Hayán* (988-1076), fecundo escritor, autor de unas cincuenta obras, y entre ellas los diez volúmenes de su *"Libro del que desee conocer la historia de España"*, y experto en los reinos de taifas. Su coetáneo y paisano fue *Aben Hazán* (994-1063), vinculado a los Omeya, y autor de una *"Historia crítica de las religiones, sectas y escuelas"*, obra que se reputa imparcial.

Habría que mencionar también a los cronistas hispanojudíos, como el toledano *Abraham Haleví ben David* (1110-1180) que en 1161 publicó en hebreo *"El libro de la cábala"*, defendiendo la tradición talmúdica.

Si estos autores, a través de la crónica mozárabe, la escuela de traductores de Toledo, o la presencia común de judíos en toda España, influye notoriamente en la cultura ibero-cristiana, tal vez no pueda decirse lo mismo del más original de los escritores históricos musulmanes de la Edad Media, *Abderráhman Ben Jaldún* (1332-1406).

Había nacido en Túnez, hijo de musulmanes españoles, y fue un político destacado en la corte de Granada, aunque

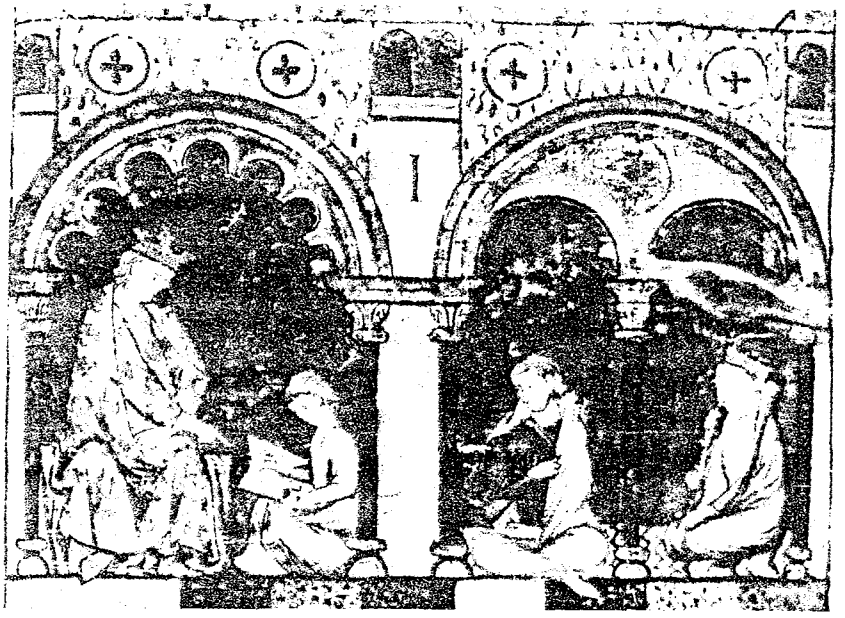
viajó por Oriente en misiones diplomáticas. Su principal obra "*Prolegómenos*", ha sido considerada la primera filosofía de la Historia conocida, y por tanto anterior al mismo Giambatista Vico, y por sus teorías se adelanta a Montesquieu y hasta a los autores de la primera mitad del siglo XIX.

A Jaldúm(7) le interesan los factores o causas históricas, y ejemplificando con la historia del Magreb, destaca la relación entre formas de vida (como el nomadismo y el sedentarismo) y la formación de los Estados, no sólo hace intervenir la geografía y la economía, sino que valoriza la importancia de los factores culturales en la interpretación histórica. Estas ideas se aprecian tanto en los citados "*Prolegómenos históricos,*" como en su "*Historia de los bereberes y de las dinastías musulmanas del Africa septentrional*".

Los orígenes de la historiografía ibérica

Decía nada menos que Ramón Menéndez y Pidal que "Mientras los historiadores árabes son precisos en la cronología, abundantes en los pormenores, muy atentos a los personajes secundarios, mostrando en todo un poder de visión extenso a la vez que penetrante, la historiografía cristiana (de la Edad Media), se encerraba en un laconismo tan desabrido, que, sin poner atención a los caracteres, a las costumbres, o a los móviles, se contentaba respecto de los procesos más grandiosos y conmovedores de la vida nacional con una breve enunciación, cuando no los pasaba en silencio; era tan árida y escasa que, como fuente seca en estío, parece que brota tan sólo para exasperar nuestra sed".

Estos cronistas cristianos (palaciegos o eclesiásticos), en su mayor parte Asturias - León y Castilla (aunque hay que tener en cuenta a Galicia, Navarra, Aragón-Cataluña y Portugal a partir de 883), se sienten herederos de la tradición universal romana, pero se ocupan casi exclusivamente de la historia política local. Son anales, crónicas, compilaciones, efemérides, biografías, genealogías, hagiografías, etc.



Miniatura del Libro del ajedrez *de Alfonso X el Sabio, rey de Castilla. El rey dicta el texto a un amanuense.*

Así como la historiografía ibero-musulmana está muy vinculada al resto del mundo árabe, la hispano-cristiana se beneficia de influencias cristiano-europeas, llegadas por "el camino de Santiago", o la "marca de Barcelona", y la presencia de las órdenes monásticas europeas, pero también esta historiografía usa fuentes árabes.

"*Las Historias*", ordenadas por el rey castellano *Alfonso X el Sabio* (1221-1284) abren una nueva era en la historiografía española" (Sánchez Alonso). En la llamada primera "*Crónica general de España*" (escrita entre 1270 y 1280) la primera parte llega a la conquista árabe y la segunda, basada en fuentes poéticas y al tiempo eruditas, se ocupa de los siglos VIII al XIII. Es una obra de mérito literario, y en definitiva la primera creación de la historiografía española en lengua castellana.(8) En la lengua gallega, en que se produce la obra poética del mismo Alfonso el Sabio, aparece en 1368 la "*Crónica general*", y en catalán la historiografía se inicia con *Jaime I* (m. 1276), con su Crónica, mientras que en Navarra comienza en 1454 con la "*Crónica de los reyes de Navarra*".

También Alfonso el Sabio hizo escribir entre 1272 y 1284 la *"General e grand estoria"*, especie de historia universal, que refunde fuentes muy diversas. A finales de la Edad Media con *Pedro López de Ayala* (1332-1407), que fue canciller mayor de Castilla, que conoció el destierro en Portugal y la prisión, y cultivó la poesía, inició la historia de su tiempo con las *"Crónicas"*, en que trata de los reyes contemporáneos castellano.(9)

La historiografía ibérica del Humanismo y Renacimiento

En el siglo XVI tenemos ahora editados en imprenta, obras muy importantes como *"La guerra de Granada"* de *Diego Hurtado de Mendoza* (1503-1575), y *"Anales de la Corona de Aragón desde la primera invasión de los árabes hasta el año 1516"*, de *Jerónimo de Zurita* (1513-1580) y ante todo se registra la presencia de autores tan destacables como *José Luis Vives* (1492-1540) y el *R.P. Juan de Mariana* (1537-1624). Estos autores (que siguen expresándose en latín), hacen aportes considerables a la historiografía. El maestro valenciano, más conocido como filósofo y pedagogo, en sus obras de 1531 *"De causis corruptarum artium"* y *"De tradendis disciplinis"*, esboza una especie de teoría de la Historia. Dentro de su repudio del escolasticismo y reivindicación del empirismo y la inducción, preconiza las vinculaciones entre la historia universal y la nacional, el carácter docente de la Historia, y la necesidad de atender al estudio no exclusivamente de los hechos militares y políticos, sino de los que actualmente consideramos culturales.

En cuanto al jesuita *Juan de Mariana* ha sido considerado con justicia estrictamente el primer historiador español, superando a los anteriores cronistas, al publicar su *"Historia de España"* en treinta volúmenes (en Toledo se publicó una forma abreviada en 1592, la edición completa es de Maguncia en 1605, y sólo se conoció en español en la edición tole-

dana de 1601). Lo mismo que Vives, había vivido en diversos países europeos, y sus publicaciones versan originalmente sobre otros asuntos que los históricos (es famoso su *"De rege et regis institutine"*, Toledo, 1590, donde sostiene la procedencia del tiranicidio). Criticado y sancionado por las autoridades reales y la misma Compañía de Jesús a que pertenecía, será en Toledo donde resida desde 1574 y donde escribirá su monumental historia de España, basada en las crónicas ya citadas e inspirada en un marcado patriotismo. Paralelamente a esta línea de autores y obras, transcurre lo que se ha denominado "historiografía indiana", y que corresponde a la producción dedicada a los asuntos de América a partir de 1492.

La historiografía indiana

Se trata entonces de una historiografía especializada, en la que participan en primer término muchos de los mismos actores del Descubrimiento de las Indias Occidentales, o autores que ya hemos citado por su labor en las cortes ibéricas, y además se incluyen creadores locales, o especialistas que tratan exclusivamente de esta nueva temática.

Descubridores y Conquistadores tan famosos como el propio *Cristóbal Colón* (m. 1506), *Américo Vespucio* (1451-1512), *Hernán Cortés* (1485-1547), *Pedro de Valdivia* (1497-1553) o *Alvar Núñez Cabeza de Vaca* (1500-1560), nos han dejado "diarios", "cartas", o relaciones que son valiosas como fuentes para los historiadores americanistas.

La Corona castellana alentó simultáneamente a profesionales como *Pedro Mártir de Anghiera* (autor de *"De orbe novo decades"*, que cubren los años 1494 a 1525), *Gonzalo Fernández de Oviedo*, autor de la *"Historia general y natural de las Indias"*, que se comenzó a publicar en 1535, primero de los llamados "cronistas de Indias", funcionarios dependientes del Consejo de Indias. En esta obra Fernández de Oviedo, une su condición de cronista de corte, informado de la documen-

tación oficial y con amplio trato con los personajes de la época, a su personal experiencia pues había cruzado doce veces el Océano Atlántico, y ejercido como gobernador de Cartagena de Indias y alcalde de la fortaleza de Santo Domingo. En su obra, que comenzó a aparecer en lengua castellana en 1535, hay una masa considerable de información no solamente histórica, sino además geográfica, botánica, zoológica, Geológica, etc.

Otro de los cronistas oficiales de Indias fue *Francisco López de Gómara* (1510-1560), con su *"Historia de las Indias y conquista de México"*, (1552) que además tiene su lugar en la historiografía española por sus *"Anales del Emperador Carlos V."* Nunca visitó América, y su fuente es ante todo Hernán Cortés, de quien fue capellán en los últimos años de su vida.

Asimismo fue Cronista de Indias el sacerdote y poeta gongorino *Antonio de Solis y Rivadeneyra* (1610-1686), que empleó veinte años en redactar una *"Historia de la conquista de Méjico"*, pero que debió a su muerte dejó incompleta, aunque no por ello ha dejado de reeditarse varias veces.

Sin llegar a culminar en obras estrictamente históricas el Consejero de Indias (y antes oidor de la Audicencia de Lima) *Juan de Solórzano Pereira* (1575-1655) en su *"Política indiana"*, y el mismo Cronista de Indias *Antonio de León Pinelo* (m. 1660) en su *"Tratado de confirmaciones reales de encomiendas"*, proveen elementos importantes, ante todo jurídicos.

Los hechos de América, en ciertos casos, hicieron aflorar vocaciones históricas, surgiendo entre los conquistadores algunos autores originales. Así sucede con *Pedro Cieza de León* (1518-1560), que participó de la conquista del Perú y publicó en 1553 la primera parte de una *"Crónica del Perú"*, que arranca de los antecedentes incaicos. Lamentablemente, los últimos dos volúmenes se publican en 1880 y 1946. El explorador *Pedro Sarmiento de Gamboa* (m. 1587), hizo una *"Historia indica"*, que fue encontrada en 1893, y que tiene la reputación de ser "la más autorizada entre las muchas que se

consagraron a las antigüedades peruanas" (Sánchez Alonso).

Pero ninguno de esos autores espontáneos tuvo, y tiene, la fama del soldado raso *Bernal Díaz del Castillo* (m. en 1582), partícipe de la infantería en la conquista de Anahuac y después encomendero a Guatemala. Ya viejo redactó sus memorias que tituló *"Historia verdadera de la conquista de la Nueva España"*, motivado por su rechazo de las obras como la de Gómara en España. Hombre de notable memoria, e innegable veracidad, da en sus crónicas una versión de primera mano de los hechos.

Capítulo aparte merecen los mestizos, resultado de las uniones de los capitanes españoles con las princesas indígenas, que en la primera generación de la conquista, y con la cooperación de sus familias maternas, escriben obras históricas.

Los más famosos son en Perú el *Inca Garcilaso de la Vega* (1539-1617), hombre muy culto, soldado en España, que escribió los famosos *"Comentarios reales"* y la *"Historia general del Perú"*. Son obras fundamentales dentro de la historiografía de lengua española, fuentes básicas para nuestro conocimiento de las culturas pre-colombinas que le consagran como escritor de alto nivel.

Otra "versión de los vencidos", ahora mexicanos, la dio el descendiente de los reyes de Tezcoco, *Fernando de Alva Ixtlilxochitl* (1569-1648), autor de una *"Historia chichimeca"* y de diversas relaciones sobre los primitivos pobladores, que fue publicada por el historiador mexicano Bustamante en el siglo XIX con el título de *"Horribles crueldades de los conquistadores de México y de los indios que los auxiliaron" (sic).*

A menudo los sacerdotes que participaron del Descubrimiento y la Colonización fueron asimismo estudiosos de las realidades americanas y algunos de ellos llegaron a conocer correctamente las lenguas indígenas y hasta nos han legado crónicas en que relatan su versión sobre aquellos acontecimientos.

No siempre, sin embargo la Corona, o las autoridades eclesiásticas autorizaron en su momento la publicación de sus

obras, que se editaron tardíamente, por lo que no pudieron ejercer la influencia cultural que les correspondía.

Se explica que esto haya ocurrido con el monje sevillano fray *Bartolomé de las Casas* (1474-1566), que vivió en América a partir de 1511, y es una de las primeras grandes figuras de la historia de los Tiempos Modernos, y prestigioso representante del espíritu humanitario ibérico. Aparte de su labor misionera, su participación en la redacción de las *"Leyes Nuevas"*, su actuación como obispo de Chiapas y sus polémicas en las Indias, Valladolid y Roma en defensa de los indios, escribió numerosas obras entre las que se destacan la *"Historia de las Indias"*, (1494-1520), que redactó entre 1523 y 1561, y *"Apologética historia sumaria"*, que terminó de escribir en 1559 y la *"Brevísima relación de la destrucción de las Indias"*. Su obra se tradujo del latín y se imprimió por vez primera por los liberales españoles Quintana y Llorente, y el mexicano fray Servando Teresa de Mier, y a partir de entonces reanuda la polémica que acompañó en su vida al ilustre sevillano, y que llega el propio siglo XX. Se le reprocha haber exagerado las informaciones que proporciona sobre el genocidio de las poblaciones indígenas y la inicua explotación a que se les sometiera en el siglo XVI, pero sin lugar a dudas sus textos son básicos para la reconstrucción de esa etapa de la historia indiana. No menos desconocido hasta el siglo XIX resultó el libro de su rival el franciscano fray *Toribio de Benavente (o de Motolínea)* (muerto hacia 1569), misionero en México, y que compuso una *"Historia de los Indios de Nueva España"*, que sólo se conoció a mediados del siglo XIX por la edición que de ella hizo el historiador mexicano J. García Icazbalceta. Lo mismo sucede con el franciscano fray *Bernardino de Sahagún* (circa 1500-1590), que también predicó en México, y nos dejó una *"Historia general de las cosas de Nueva España"*, (1577, aunque hay una segunda versión del 1785, que lleva el título de *"Historia de la conquista de México"*), obras que se publicaron en México por el año 1840.

El acreditado Rui Díaz de Guzmán, nacido en Paraguay, en el seno de las familias de los primeros conquistadores, fue

el primer historiador del Río de la Plata, con su obra *"Historia argentina del descubrimiento, población y conquista del Río de la Plata"* (escrita en 1612, pero que no se imprimió sino en 1836).

Dentro de las órdenes regulares aquellas que como los jesuitas o los dominicos sostenían seminarios y hasta universidades, o tenían como en el caso de los franciscanos importantes misiones, era frecuente que editaran crónicas, en que aparte de los sucesos estrictamente eclesiásticos no dejaban de figurar informaciones sobre las Indias.

El caso por excelencia es el del cronista jesuita padre *Pedro Lozano* (1697-1773) autor de una *"Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay"*, de imprescindible consulta para todos los que se interesan en el "imperio jesuítico" paraguayo. También dio la versión de los jesuitas sobre la *"Historia de las revoluciones del Paraguay"* (1717-1735).

En el siglo XVIII esta historiografía indiana tiende a agotarse por cuanto la Inquisición impide la publicación de obras originales de tipo crítico, que a su parecer pudieran favorecer la llamada "leyenda negra" de los enemigos de España, al considerar su obra colonizadora. Hay sin embargo algunas obras importantes, cuya historia es aleccionadora.

Los marinos españoles *Jorge Juan* (1713-1775) y *Antonio de Ulloa* (1716-1795), que fueron designados en 1734 para colaborar en tareas científicas en América del Sur, redactaron un *"Discurso y reflexiones políticas sobre el estado presente de los Reynos del Perú"*, que fue dado a conocer en 1826 y en Londres, con el título de *"Noticias secretas de América"*. No tiene una directa intención histórica, pero a menudo establece los antecedentes de los hechos más importantes de aquellos países. El profesor valenciano *Juan Bautista Muñoz* (1745-1799), desde 1770 Cosmógrafo Mayor de Indias, fue encargado por Carlos III en 1779 para escribir una fidedigna historia de América, y tuvo la iniciativa de crear el Archivo de Indias. Empezó una *"Historia del Nuevo Mundo"*, que dejó incompleta, pero que es la primera obra moderna sobre la materia. Su continuación fue encargada a la

Las Crónicas de Indias *reflejaron, como esta típica pintura indiana también lo hace, las peripecias de la Conquista, no sin fantasía y exageración.*

Academia de la Historia, con la que rivalizó durante su vida.

La expulsión en 1767 de la Compañía de Jesús por Carlos III de los dominios americanos, creó en Italia una verdadera escuela historiográfica indiana. Muchos de los expulsados eran nacidos en América, imbuidos del *criollismo* y personas muy bien dotadas para la creación intelectual, como lo demuestran por ejemplo el veracruzano *Francisco Javier Clavijero* (1731-1787) "el más elocuente y quizás el más erudito de todos los escritores exiliados" (John Lynch), autor de una "*Historia antigua de México*" (1780-1781), en cuatro volúmenes. También el jesuita chileno *Juan Ignacio Molina,* que escribió un "*Compendio de la historia geográfica, natural y civil del reino de Chile*", igualmente indianista y crítico de la administración española.

Estos autores escribieron en italiano o en latín, pero fueron traducidos y editados en castellano a principios del siglo XIX por los liberales españoles y americanos, en la corriente restauradora de la verdadera historia de las Indias, oscurecida

por las versiones oficiales españolas o por la literatura extranjera.

Historiografía española de los siglos XVII y XVIII

El siglo XVII no puede decirse que fuera un siglo propicio para la historiografía española (Sánchez Alonso), predominando la historia eclesiástica, pero debe exceptuarse, en sus últimos años al ya citado P. Mariana.

En el reino de Aragón los poetas hermanos *Lupercio Leonardo* y *Bartolomé de Argensola* (m. 1631) fueron cronistas reales, y el segundo escribió una *"Historia de las islas Molucas"*.

El conocido escritor *Diego de Saavedra Fajardo* (1584-1684) intentó, con el nombre de *"Corona gótica, castellana y austríaca"* una historia de la dinastía de los Habsburgo. Incluso *Francisco de Quevedo y Villegas,* en un opúsculo defiende a Santiago Apóstol contra quienes intentan sustituirle, como patrón de todos los españoles, por Santa Teresa de Avila... Un gran impugnador de la historiografía apócrifa fue *José Pellicer u Ossan del Trovar* (1602-1679), autor de una *"Idea del Principado de Cataluña"* (1642) y de otras obras menores.

En el siglo siguiente se destacan el longevo y fecundo *Melchor Rafael de Macanaz* (1670-1760), perseguido por la Inquisición y autor de once volúmenes de *"Memorias para el establecimiento de la Casa de Borbón en España"*, que usará en el siglo XIX el historiador Lafuente.

Otro erudito fue el monje agustino *Enrique Flórez* (1702-1773), autor de la *"España sagrada"* (29 volúmenes de 1744 a 1773), historia religiosa de las provincias españolas y lusitanas, obra que Carlos III ordenó continuar.

Se comprende bien que *Gaspar Melchor de Jovellanos* (1744-1810), en su discurso de ingreso a la Academia de la

La historia y la sociedad contemporánea

La historia que enseñan los historiadores profesionales del siglo XX es tan diferente de la que aprendían nuestros antepasados como pueda serlo la física moderna de la física de Arquímides. Historia y ciencia se asemejan, además, en otro aspecto: el número de historiadores profesionales es en la actualidad mayor de lo que nunca ha sido; incluso puede afirmarse casi con certeza que son muchos más los historiadores vivos que los muertos. La influencia social de los historiadores ha de ser, por tanto, muy grande, máxime si se considera que la gran mayoría se dedican a la enseñanza. De ahí la paradoja de un pasado en ruinas en un mundo hormigueante de estudiosos de la historia. No se trata, sin embargo, de una coincidencia: los dos fenómenos están intimamente relacionados.

J.H. PLUMB

Historia, disertando *"Sobre la necesidad de unir al estudio de la legislación el de nuestra historia y antigüedad"*, afirmara categóricamente: "Yo no tengo empacho en decirlo, la nación carece de una historia... ¿dónde está una historia civil que explique el origen, progresos, alteraciones de nuestra constitución, nuestra jerarquía política y civil, nuestra legislación, nuestras costumbres, nuestras glorias y nuestras miserias?".

La labor de demolición estuvo a cargo del jesuíta expulso *Juan Francisco de Masdeu* (1744-1817), autor de una *"Historia crítica de España y de la cultura española"* (1781, seis volúmenes en italiano). Vivió la mayor parte de su vida en Italia, debido a la expulsión de la Compañía por Carlos III.

También del siglo XVIII es el surgimiento en 1738 de la Academia de la Historia, que no tuvo mayor eficacia ni frutos.

La historiografía ibérica en la Epoca Contemporánea

Las condiciones socio-culturales españolas de la Epoca Contemporánea no han sido especialmente propicias para el desarrollo de la historiografía.

Durante el siglo XIX, desde los años de la Guerra de la Independencia, han seguido casi ininterrumpidamente períodos represivos, donde primero la Inquisición hasta 1823 y después la censura eclesiástica y gubernamental han impedido normalmente recibir las influencias culturales exteriores y manifestarse libremente a los creadores locales.

Como en otros países europeos, buena parte de la producción bibliográfica estará a cargo de liberales, que incluso usan la Historia como instrumento político en la lucha por las libertades públicas. Por otro lado, durante el largo reinado de Fernando VII buena parte, y tal vez la más importante de la vida cultural española, transcurre en el exilio de Londres y París.

Otro factor no desdeñable es que durante la Epoca Con-

temporánea desciende o desmejora la situación política y económica, pues entre 1810 y 1824 España pierde la casi totalidad de sus posesiones coloniales, y a finales del siglo, con el "desastre" de 1898, Cuba y Puerto Rico. Salvo la generación liberal de la Guerra de Independencia, prácticamente dejará de cultivarse la historiografía indiana en la península ibérica. La situación en Portugal no es muy distinta, aunque estos procesos se han hecho normalmente sin los traumas típicos de la vida política española, la influencia eclesiástica ha sido menor, y en cambio son mayores las etapas de liberalismo.

El paralelismo se reencuentra en el siglo XX, pues es en estos dos países entre todos los europeos, donde se instalarán las dictaduras más prolongadas y férreas conocidas, y por tanto donde explicablemente se repetirá el caso de la cultura exiliada, pero no hay en Portugal nada parecido a la guerra civil española de 1936-1939.

En la emergencia de la guerra de la Independencia (1808-1814) y del surgimiento del liberalismo en España, y asimismo de la crisis del imperio colonial americano, muchos de los protagonistas de esos tiempos se manifiestan interesados en la historiografía, y hacen aportes originales que renuevan su vigor en la cultura nacional.

Así *Manuel José de la Quintana* (1772-1857), connotado protagonista histórico, y también editor de *"Vida de los españoles ilustres"* (1807-1833), que inicia en España la reivindicación de fray Bartolomé de las Casas, y otros personajes americanos.

Y también *Francisco Martínez Marina* (1754-1833), que fue tres veces director de la Academia de la Historia, autor del *"Discurso sobre el origen de la monarquía"*, que sirve de introducción a la *"Teoría de las Cortes"* y que dejó un *"Ensayo histórico-crítico sobre la antigua legislación de León y Castilla"* (1808), obras ambas prohibidas por la Inquisición a partir de 1818.

Este tema de la Inquisición por primera vez se pudo tratar críticamente en España por el ex-Secretario del Santo Oficio, y connotado liberal "afrancesado" *Juan Antonio Llorente*

(1756-1823), autor de una famosa "*Historia crítica de la Inquisición*" (1817-1819) y editor de los escritos de Bartolomé de las Casas en tierra francesa.

Como el más laborioso de los historiadores liberales de la primera mitad del siglo XIX español ha sido considerado *Martín Fernández de Navarrete* (1765-1844), autor entre otras de una "*Vida de Cervantes*" y de una extensísima "*Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles, desde fines del siglo XV, con varios documentos inéditos concernientes a la historia de la marina castellana y de los Establecimientos españoles en Indias*" (1825-1837).

No falta en el primer momento liberal la reivindicación del pasado árabe de la península ibérica.

El liberalismo de la segunda mitad del siglo mezcló asimismo a políticos con historiadores y por vez primera sus obras dispusieron de un público nutrido y apasionado por la evocación histórica.

Es el caso en primer lugar de *Emilio Castelar* (1832-1899), más conocido como orador político, pero en su momento exitoso autor de obras históricas como "*Historia de Europa*" (1860) e "*Historia de la civilización en los primeros cinco siglos del cristianismo*" (1880). El más importante es sin lugar a dudas *Modesto Lafuente* (1806-1866), de origen clerical, aunque consecuente liberal, que intentó completar la historia española del padre Mariana de finales del siglo XVI, con su "*Historia general de España*" en 29 volúmenes (1850-1867) en que llega a la muerte de Fernando VII, y que fue continuada por el literato y crítico *Juan Valera* y otros colaboradores.

También *Francisco Pi y Margall* (1831-1891) incursionó en la historia con su "*Historia general de América*" (1878) y la "*Historia de España en el siglo XIX*" (1902, 8 vols.), obra póstuma, en colaboración con su hijo Pi y Arzuaga. Pero será del campo conservador y católico de donde surgirá el autor más erudito y original del siglo XIX español con la figura de *Marcelino Menéndez y Pelayo* (1856-1912) que concilió el método del positivismo con una ideología tradicionalista. Sus

grandes obras "*La ciencia española*" (1876), en la que refuta a los krausistas, "*Historia de los heterodoxos españoles*" (3 vols. 1880-1882), e "*Historia de las ideas estéticas en España*" (1883-1901, en cinco volúmenes), no solamente han quedado como libros fundamentales para el estudio del pasado español, sino que han servido para proveer de una ideología coherente a la ultraderecha española.

A su lado tienen una actuación minúscula sus contemporáneos *Antonio Cánovas del Castillo* (1828-1897), historiador de la literatura como *José Amador de los Ríos* (1818-1878), a pesar de sus afinidades ideológicas. En España, salvo el anotado caso de Pi y Margall, no se asoma en el siglo XIX una coherente historiografía positivista, y menos socialista, como en el resto de Europa y América Latina, por lo menos en el primer plano que venimos siguiendo.

La historiografía portuguesa del siglo XIX está dominada, como el resto de Europa Occidental, por las grandes e innovadoras corrientes del racionalismo liberal y del positivismo, y de ambas ofrece algunos ejemplos destacados.

La gran figura de principios de siglo es *Alexandre Herculano de Carvalho Araujo* (1810-1877), que en su juventud debió expatriarse por sus opiniones políticas a Inglaterra y Francia, y estuvo entre los vencedores liberales de 1833, llegando a diputado y director del "Diario do Goberno" de Lisboa. Entre 1842 y 1859, publicó sus obras fundamentales "*Historia de Portugal*" e "*Historia del origen y del establecimiento de la Inquisición en Portugal*", obra ésta última que le valió enconadas polémicas con las jerarquías eclesiásticas. Interesado en el aspecto documental y erudito (como lo demuestran sus "*Cartas sobre la Historia de Portugal*"), le corresponde el mérito de iniciar la edición de los "*Portugaliae Monumenta Historica*", al estilo de los *monumenta* germánicos.

Entre sus discípulos se distinguieron Luis *Augusto Rebelo da Silva* (1822-1871) y *José Ramos Coelho* (1822-1914).

En la generación siguiente tenemos la interesante personalidad de *Joaquim Pedro de Oliveira Martins* (1845-1894),

escritor fecundo, y no solamente en Historia, político que pasó del liberalismo al socialismo, y en quien es apreciable la influencia positivista. Su manual *"Historia de la civilización portuguesa"* (1870), muchas veces reeditado y traducido, sus obras sobre mitos, razas o navegaciones, y ante todo su *"Portugal contemporáneo"* (1881, en tres volúmenes), le muestran escritor culto, de formación científica, y al tiempo ensayista original.

Tal vez, más incluso, que en la misma España, se admira en la historiografía portuguesa un acusado interés por el tema de las navegaciones de los tiempos Modernos, el proceso de Conquista y Colonización y formación del imperio colonial.

En la historiografía portuguesa del siglo XX se aprecia —como en la española— el impacto de una prolongada dictadura autoritaria (1926-1974), lo que explica que buena parte de los autores de más prestigio hayan vivido en el mundo del exilio.

Es el caso, por ejemplo de *Jaime Cortesão* (1884-1960), que por su actuación democrática debió exiliarse en 1927, instalándose en Brasil, país en que dio a conocer una obra extensísima sobre el mundo lusitano; *Vitorino Magalhaes Godinho* (nacido en 1918), que fue ante todo profesor en Francia, a cuya escuela de los *"Annales"* sigue en historia económica y social portuguesa; o *Antonio José Saraiva* (nacido en 1917), especialista en historia cultural, y exiliado también en Europa Occidental.

La vitalidad de la cultura española, y el vigor de su conciencia histórica, le demuestra la supervivencia de una línea historiográfica maestra que en el siglo XX supera las crisis de la guerra civil y de la prolongada dictadura franquista (1936-1976).

En el exilio latinoamericano historiadores tan destacados como *Claudio Sánchez Albornoz* (nacido en 1893), sigue cultivando la historia medieval y emprende una polémica significativa a través de su libro *"España: un enigma histórico"* (1956), con el historiador de la cultura *Américo Castro* (1885-1972), autor de *"España en su historia. Cristianos,*

Jaime Vicens i Vives, con Enric Borrás, realizando tareas de editor.

moros y judíos" (1948). Los temas españoles, y a similar altura, son cultivados dentro de España en esos años por autores como el medievalista *Ramón Menéndez y Pidal* (1869-1968), cuya edición de "*El cantar del Mio Cid*" es de 1908, y en Cataluña la escuela francesa tiene un introductor de la talla de *Jaime Vicens Vives*, (1910-1960) animador de empresas como la "*Historia social y económica de España y América*" (1957), y de un discipulado extenso y devoto. La historiografía española se *transtierra* con *José Gaos* (1902-1969), que en México inicia en 1940 el estudio de los temas de la historia de las ideas latinoamericanas, punto de partida de una escuela frondosa. Vicente Llorens, historiador de la literatura romántica y de los exilios españoles, actúa en ambas Américas.

La historiografía latinoamericana de la Epoca Contemporánea

La Revolución Independentista Latinoamericana de 1790 a 1824 desató fuerzas sociales y políticas poderosas, que llevaron a la constitución de las nuevas repúblicas.

La generación que participó en tales hechos tuvo conciencia de su significación histórica, y a menudo lo reflejó en la producción historiográfica. Desde entonces el tema de la Independencia se ha constituido en el central entre los considerados por los historiadores políticos. La necesidad de fortalecer los nuevos Estados, y usar de la educación como instrumento de afirmación nacionalista, han estimulado asimismo el desarrollo de la Historia, su rápida incorporación a la enseñanza, y facilitado la elaboración de obras originales.

Finalmente, la apertura hacia el mercado económico exterior, ha ido acompañada de un contacto estrecho con países como Inglaterra y Francia, recibiendo a través de ellos la renovación de la historiografía que les caracterizan. Tras el liberalismo romántico y el racionalismo ecléctico, pronto se conocieron en América Latina las novedades del socialismo utópico, el positivismo y demás manifestaciones típicas del siglo XIX.

Aunque no faltaron en el siglo XIX "pronunciamientos" y dictaduras, los exilios políticos de los intelectuales se cumplieron en los países vecinos facilitando la integración regional. Así los argentinos de la llamada *generación del 37* vivieron, y produjeron, en Uruguay y Chile. Hacia 1850 y tantos se había afirmado el liberalismo en casi toda América, favorecido por el crecimiento demográfico, el ascenso económico y las condiciones generales de paz del mundo victoriano. El positivismo será una fórmula extendida en países como Brasil, México, Argentina, etc., en la segunda mitad del siglo, y todo ello se advertirá en la obra historiográfica.

La historiografía hace una importante contribución al acervo de la conciencia histórica de los nuevos países hispa-

noamericanos en los albores del siglo XIX. Esto se produce en dos vertientes: por una parte la recuperación de autores, libros e interpretaciones heterodoxas, negadas por la censura colonial, como era el caso de los sacerdotes historiadores (Bartolomé de las Casas, Bernardino de Sahagún, los jesuitas expulsos, etc.), o de viajeros extranjeros, què dan a conocer sus impresiones americanas, y por otra parte los mismos actores liberales de la revolución independentista dan a conocer su versión de los sucesos, como es el caso de los mexicanos fray *Servando Teresa de Mier* (1763-1822) autor de la *"Revolución de Anahuác"*; *Lorenzo Zabala* (*"Ensayo histórico de las revoluciones de México"*, 1831) y *José María Luis Mora* (*"México y sus revoluciones"*, 1836); el venezolano *Rafael María Baralt* (1810-1869) con su *"Historia de Venezuela, 1810-1860"*; el colombiano *José Manuel Restrepo* autor de la *"Historia de la revolución en la república de Colombia en la América Meridional"* (1827), y en el Río de la Plata el dean de la catedral de Córdoba *Gregorio Funes* (1740-1829) autor de *"Ensayo de la historia civil del Paraguay, Buenos Aires y Tucumán"*. La generación platense del 37 (que por su activismo político fue también llamada *de los proscriptos)* incluirá historiadores de la talla de *Bartolomé Mitre* (1821-1906), liberal pragmático autor de la *"Historia de Belgrano y de la independencia americana"* (1857) y la *"Historia de San Martín y la emancipación americana"* (1887) y *Vicente Fidel López* (1815-1903), con su *"Historia de la República Argentina"* en 10 vols., como asimismo los uruguayos *Andrés Lamas* (1817-1891) y *Alejandró Magariños Cervantes* (1825-1893) con su obra *"Estudios históricos, políticos y sociales sobre el Río de la Plata"*.

A mediados del siglo en el ambiente de las clases altas terratenientes y clericales, se hace una nueva lectura de los acontecimientos históricos, favorable a la reivindicación del pasado colonial hispano, como es el caso del gran historiador mexicano *Lucas Alamán* (1792-1853) autor de una *"Historia de México"* (1849-1853) en 5 vols. Lo mismo el uruguayo *Francisco Bauzá* (1851-1899) con su *"Historia de la domina-*

El futuro a largo plazo en la historia y la importancia de las ideas en la ciencia histórica

"Yo creo que la ciencia histórica puede ayudar a prever el futuro siempre que pensemos en el análisis histórico a largo plazo y la previsión en el largo plazo. Lo que la historia no puede hacer es predecir el futuro inmediato en el corto plazo, y quizá difícilmente también en el mediano plazo.

"Yo creo que Marx subestimó el papel de las ideas (con minúscula) porque estaba obsesionado con la Idea hegeliana (con mayúscula). Yo creo, en cambio, que la dinámica histórica es un juego entre la realidad y las ideas, múltiples y diversas, que son interpretaciones de la realidad y al mismo tiempo proyectos —utópicos o practicables— para cambiarla. Hablo de "juego" porque no pienso en una dialéctica de los contrarios, sino en una dialéctica múltiple y plural, más variada y menos lógica que aquella".

JOSE LUIS ROMERO

ción española en la Banda Oriental" y los argentinos Lucio V. Mansilla, que escribe en 1896 sobre su familiar Juan Manuel de Rosas; *Adolfo Saldías,* que publica en 1898 *"La época de Rosas"*. En Chile esa corriente es vigorosamente refutada por la obra de una pléyade de autores brillantes, dedicados a la historiografía política, entre los que se destacan *Miguel Luis Amunátegui* (1828-1888) autor de *"La dictadura de O'Higgins"*, *Benjamín Vicuña Mackenna* (1831-1886) con su *"Historia general de la república de Chile desde su independencia hasta nuestros días"* (1884-1902), y ya inspirado por el positivismo *Diego Barros Arana* (1830-1907) autor de la *"Historia general de Chile"* en 16 vols. y de un *"Compendio de historia de América"* (1865) que se usó en todo el continente. En otros países tenemos otros autores afiliados a esa misma escuela como el argentino *José Ingenieros* (1877-1925) autor de *"La evolución de las ideas argentinas"* (en 2 vols.), el uruguayo *Eduardo Acevedo* (1857-1940), autor de *"Anales de historia del Uruguay"* (en 6 vols.) y el cubano *José Antonio Saco, "Historia de la esclavitud"* (1875-1892).

La erudición apunta con el italo-argentino *Pedro de Angelis* (1784-1859), el uruguayo *Clemente Fregeiro* (1853-1923), el italo-uruguayo *Luis Desteffanis* (1839-1899), el franco-argentino *Paul Groussac* (1848-1929) y el chileno *José Toribio Medina* (1852-1930), estudioso y bibliógrafo de la historia de la imprenta, de la Inquisición americana y de los viajes del Descubrimiento.

De lo que no hay dudas es de que la historiografía hispanoamericana contribuyó a personalizar la cultura de la región, favoreció su identidad espiritual y contribuyó al desarrollo del civismo y de la conciencia institucional en las nuevas naciones de lengua española.

La historiografía en lengua portuguesa en el Nuevo Mundo se cultivó ya en el siglo XIX por numerosos autores brasileños, que ya en la época del Imperio fueron alentados por la fundación del Instituto Histórico y Geográfico de Río de Janeiro (1838), que publica una revista desde el año siguiente, y su memoria anual desde 1845.

Una escuela de historiadores políticos (y palaciegos), provee figuras e investigadores caracterizados como *Francisco Adolfo de Varnhagen* (1816-1878), autor de una *"Historia general del Brasil"* y de una *"Historia de las luchas con los holandeses en Brasil desde 1624 a 1654"*.

En el siglo XX —y ahora más que en las academias y los institutos oficiales en las universidades— hay autores destacables como el vizconde de *Taunay*, con su *"Historia general de las "bandeiras" paulistas"* (1949) y una *"Historia de la ciudad de San Paulo"*, hasta los contemporáneos como el sociólogo histórico, aunque también antropólogo, el pernambucano *Gilberto Freyre*, con su tesis *"Casa grande y senzala"* (1933), que lo mismo que *"Raíces históricas del Brasil"* (1936), de *Sergio Buarque de Holanda* interesan a nuevos lectores por la historia colonial. Tenemos asimismo a *José Honorio Rodrígues*, de obra múltiple y erudita, los historiadores de la economía como *Celso Furtado*, y los autores marxistas *Caio Prado Jr.* y *Nelson Werneck Sodré*, siempre sobre temas brasileños, cuyas obras alcanzan numerosas ediciones.

Observa el profesor Amaral Lapa que "La Historia en Brasil, no fue como la Sociología y la Ciencia Política, por ejemplo, condicionada o motivada por la inestabilidad política o las crisis de los sistemas de poder para poder avanzar como ciencia. El refugio en los temas del pasado, le libró de compromisos con el presente".

Más difícil es sintetizar, o dar por lo menos una idea panorámica de la historiografía hispanoamericana del siglo XX, atento a su volumen, diversidad y riqueza de tendencias, escuelas y campos de investigación.

A título de ejemplo citemos, a principios de siglo, al mejicano *Justo Sierra* (1848-1912), inspirado en el positivismo, y autor de una obra tan sugestiva como *"Evolución política del pueblo mexicano"* (1900-1902).

La primera obra del peruano *Jorge Bassadre* (nacido en 1903), se publicó en la revista "Amauta" de *José Carlos Mariátegui* (1891-1930), introductor del marxismo historizante de Gramsci en la lengua española, pero actualmente ha co-

brado reputación erudita por su *"Historia de la República del Perú"* (1939) en 18 volúmenes, repetidas veces reeditados.

El argentino *José Luis Romero* (1909-1977), de amplio discipulado y no sólo en su país, se inició como medievalista (*"La revolución burguesa en el mundo feudal"*, 1967), incursionando después en la historia de las ideas latinoamericanas. Entre los contemporáneos, el uruguayo *Carlos M. Rama*(nacido en 1921), practica la historia social latinoamericana y la teoría de la historia, aunque en España se le conoce más por sus obras de historia de las ideas (*"La crisis española del siglo XX"*, 1960, *"Ideología, regiones y clases en la España contemporánea"*, 1958, etc.).

A modo de conclusiones

A lo largo de estas páginas hemos procurado dar los hitos de la contribución de la historiografía a la formación de la consciencia histórica, en primer lugar de los pueblos de lenguas ibérica, para lo cual es imprescindible conocer los antecedentes que se remontan al mundo helénico, sin perjuicio de tener en cuenta influencias venidas de todos los cuadrantes imaginables.

Estos dos mil quinientos años que nos separan del surgimiento de los primeros historiadores en el Mediterráneo Oriental muestran un esfuerzo racional acumulativo, que sin perjuicio de etapas de crisis, han mejorado considerablemente nuestros conocimientos sobre el pasado de la sociedad humana, y sus avances através del tiempo. Explicablemente, a medida que nos aproximamos a nuestros días, el trabajo intelectual es más sistemático y continuado, y todo hace pensar que se están cumpliendo bajo nuestros propios ojos etapas muy significativas, pero que solamente podemos conocer en la medida que mejor indiquemos sus antecedentes, y por otra parte se haya suficientemente desarrollado nuestra consicneica histórica colectiva.

Como hemos visto optamos por aplicar en la exposición de este libro la tesitura implícita del maestro Lucien Febvre: "no hay Historia, hay historiadores," pero creemos no haber perdido de vista el origen colectivo de las ideas generales de los creadores intelectuales, y pensamos que especialmente han sido fecundos en su investigación, aquellos que —como

decía Martí— han actuado "Con todos y para el bien de todos".

Si la contribución de los historiadores que se expresan en las lenguas ibéricas no ha sido muy considerable, pues guarda relación con el desarrollo cultural de nuestros países y las difíciles condiciones políticas en que se ha desarrollado buena parte de su historia, hay sin embargo fundadas esperanzas —especialmente teniendo en cuenta a la nueva generación de contemporáneos— en esperar que en la etapa próxima su aporte guarde relación con las calidades creativas de su cultura, y con el desafío que implica interpretar debidamente la consciencia de un mundo social casi planetario.

En todo esto —como en tantos otros dominios— no se improvisa, y el camino de la creación parte necesariamente del previo conocimiento crítico y del estudio. Ojalá esta modesta obra contribuya a popularizar estos problemas en las nuevas generaciones de lectores, que serán los actores de las próximas etapas del mundo histórico.

NOTAS

(1) Hay versiones portuguesas de ambos libros. De *"La Historia y la novela"* (São Paulo, "Revista da Historia", 1967) y de *"Teoría de la Historia"* (Coimbra, Almedina, 1980).

(2) Nos remitimos a nuestro ensayo *"El nacimiento de la Historia"*, pp. 118-123, de la ob. cit. *"La Historia y la novela y otros ensayos historiográficos"*.

(3) Nos remitimos a nuestro ensayo *"El pensamiento histórico de Huizinga"*, incluido en la ob. cit. *"La Historia y la novela y otros ensayos historiográficos"*, pp. 124-133.

(4) Véase nuestro ensayo *"La historia de las ideas en la historiografía contemporánea"*, incluido en ob. cit. *"La Historia y al novela y otros ensayos historiográficos"*, pp. 51-61.

(5) Véase nuestro ensayo *"Mathiez, historiador de la Revolución Francesa"*, incluido en pp. 134-140, de la ob. cit. *"La Historia y la novela y otros ensayos historiográficos"*.

(6) Sobre la orientación ideológica de este grupo nos remitimos a nuestros artículos *"Historiografía marxista e historiografía postmarxista"*, "El viejo topo", Barcelona, n.º 37, 1979; *"La historia del campesinado rebelde,* "Historia 16", Madrid, y *"Revolución industrial y revolución agraria"*, Madrid, "Historia 16".

(7) En algunos manuales, siguiendo la grafía francesa, a veces se le cita como Ibn Khaldún, pero en España se le nombra correctamente como Aben Jaldún, por lo que es aconsejable recordarle por su apellido: Jaldún.

(8) El real autor ha explicado iniciando su obra "Y nos, Don Alfonso, por la Gracia de Dios Rey de Castilla y de Toledo, y de León y de Castilla... hijo del nobilísimo rey Don Fernando y de la reina Doña Beatriz, recogimos cuantos libros hemos podido tener de historias que narraron algo sobre los hechos de España, y tomamos la crónica del arzobispo Don Rodrigo Jiménez de Rada, de Toledo... y compusimos este libro".

(9) Si por obvias razones nos limitamos a los cronistas ibéricos, cabe anotar que en las de más regiones de Europa Occidental en esos mismos siglos brillaron autores de similar importancia.

BIBLIOGRAFIA

ROBERT B. TATE - *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*, Madrid, Gredos, 1970.
FRANCOIS CHATELET - *La naissance de l'histoire*, Paris, 10 x 18, 1973, 2 vols.
GEORGE LEFEBVRE - *La naissance de l'historiographie moderne*, Paris, Flammarion, 1971.
RICHARD DIETRICH (ed.) - *Teoría e investigación históricas en la actualidad*, Madrid, Gredos, 1966.
CARLOS M. RAMA - *Inventario para una historiografía crítica del pensamiento histórico*, en pp. 89-118; *La Historia y la novela*, Madrid, Tecnos, 1975, 2da. ed.
DE GUBERNATIS - *Historia de la historiografía universal*, Buenos Aires.
E. FUETER - *Historia de la Historiografía Moderna*, Buenos Aires, Nova, 2 vols.
G.P. GOOCH - *Historia e historiadores en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1942. (primera reimpresión, 1977).
F. MEINECKE - *La génesis del historicismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
JAMES SHOTWELL - *Historia de la Historia en el mundo antiguo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1940.
FRITZ WAGNER - *La ciencia de la Historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1958.
JEAN EHRAD Y GUY PALMADE - *Histoire de l'histoire*, Paris, Colin, 1965.
ROMULO D. CARBIA - *Historia crítica de la historiografía argentina. Desde sus orígenes en el siglo XVI*, La Plata, Biblioteca Humanidades, 1939.
B. SANCHEZ ALONSO - *Historia de la historiografía española*, Madrid, C.S.I.C., 1947-1950, 3 vols.
D. NISARD - *Los grandes historiadores latinos*, Buenos Aires, Intermundo, 1946.

F. ESTEVE BARBA - *Historiografía indiana*, Madrid, Gredos, 1964.
A.H. DE OLIVEIRA MARQUES, (ed.), *Antologia da historiografía portuguesa. De Herculano aos nossos dias*, Lisboa, Europa-América, 1975, 2 vols.
JOSE HONORIO RODRIGUES - *Teoría da História do Brasil*, São Paulo, Nacional, 1969, 3a. ed.
JOSE ROBERTO DO AMARAL LAPA - *A história en questão. Historiografía brasileira contemporânea*, Petrópolis, Vozes, 1976.
ALBERT SOBOUL - *Jaurés, Mathiez et l'histoire de la Révolution Française*, Paris, "Bulletin de la Société d'Etudes Jaurésiennes", no. 68/70, 1978.
ALBERT SOBOUL - *Georges Lefèbvre (1874-1959). Pour le centième anniversaire de sa naissance*, Paris, "Annales historiques de la Révolution Française", n.º 1, 1975.
FERNAND BRAUDEL - *Aportación de la historia de las civilizaciones*, en el volumen *La Historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1970, 2da. ed.
RICHARD HOFSTAFTER - *Los historiadores progresistas*, Buenos Aires, Paidós, 1970.
JAMES FRIGUGLIETTI - *Albert Mathiez, historien, révolutionnaire (1874-1932)*, Paris, Société des Etudes Robespierristes, 1974.
LEO VALIANI - *L'historiographie de l'Italie contemporaine*, Génève, Droz, 1968.
HARRY ELMER BARNES - *A historical of historical writings*, New York, Dover, 1963, 2da. ed.
NANCY WHITHIER HEER - *Politics and history in the Soviet Union*, Cambridge (Ma.), MIT, 1971.
FRANCO VENTURI - *Historiens du XXe. siècle*, Génève, Droz, 1966.
PETER GAY-GERALD J. CAVANANGH - *Historians at work*, New York, Harper, 1972, 3 vols.
CARLO ANTONI - *L'historisme*, Géneve, Droz, 1963.
JACQUES LE GOFF Y OTROS - *La nouvelle histoire*, Paris, CEPL, 1978.
JUAN JOSE CARRERAS Y OTROS, *Once ensayos sobre la Historia* Madrid, Fundación Juan March, 1976.
BENOIT VERHAEGEN - *Introduction à l'histoire inmédiate*, Bruxelles, Duculot, 1974.
MIQUEL BATLLORI - *Galeria de personatges. De Benedetto Croce a Jaume Vicens Vives*. Barcelona, Vicens Vives, 1975.

Indice

Prefacio 7
Definición de la historiografía en el mundo clásico . . . 11
La historiografía de los tiempos modernos 28
La historiografía del XIX: "el siglo de la Historia" . . . 45
La historiografía contemporánea 74
La historiografía Española y Lusitana de la crónica indiana a la historiografía latinoamericana 105
A modo de conclusiones 131
Notas 133
Bibliografía 134